

EL MISTERIO DE UNA VIDA

SANGRE DEL PASADO



**UNA NOVELA de SUSPENSO,
CRIMEN, MISTERIO Y LOCURA**

JOSÉ ALBERTO GUTIÉRREZ

EL MISTERIO DE UNA VIDA

SANGRE DEL PASADO



**UNA NOVELA de SUSPENSO,
CRIMEN, MISTERIO Y LOCURA**

JOSÉ ALBERTO GUTIÉRREZ

José Alberto Gutiérrez

**SANGRE
DEL PASADO
EI MISTERIO DE UNA VIDA**



**UNA NOVELA DE SUSPENSO, CRIMEN,
MISTERIO Y LOCURA**



PRIMERA EDICIÓN

Puerto Rico, 2019

Copyright © 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DERECHOS RESERVADOS

QUEDA PROHIBIDA la reproducción total o parcial de esta obra, su tratamiento informático, su transmisión de cualquier forma o medio, ya sea electrónico, mecánico,

por fotocopia, registro u otros métodos sin el permiso escrito del titular de los derechos de autor.

Título de la obra:
“SANGRE DEL PASADO”

Autor:
JOSÉ ALBERTO GUTIÉRREZ

Corrección y edición:
Ediciones De La Parra

Primera edición:
Mayo, 2019

DERECHOS RESERVADOS
Copyright © 2019

Dedicatoria

No son tantos, pero si importantes, aquellos que de alguna forma u otra apoyaron y creyeron en este hermoso proyecto. A mis primeros críticos; a mis primeros seguidores en esta nueva faceta de mi vida; a mis primeros lectores, y además, ¿por qué no? a los detractores, a los incrédulos, porque ellos han sido motivadores de un corazón que no se cansa de luchar.

Sus nombres en este momento son parte de este primer sueño hecho realidad: Mi esposa Noelia, por siempre mi cuidadora vigía; mis tres hijos: Thiana, Gabriel y Joel, quienes, con sus expresiones juveniles, me dejaron conocer su apoyo; a mi nuera Shakira, por su siempre sincera opinión; a Raymundo López, gracias por creer y darme su apoyo incondicional cuando las cosas se pusieron pesadas en el camino; a Wilmer Gonzales, por su motivación en la distancia y por ser parte fundamental de la crítica en el buen sentido de la palabra y por ayudar a tomar una mejor decisión.

A la familia Montalvo, amigos y familia; a Luis por siempre empujarme, y a su esposa, amante de la lectura, mi primera lectora y crítica. Gracias a todos sencillamente por ser quienes son conmigo.

Gracias a todos

CONTENIDO

[DERECHOS RESERVADOS](#)

[Dedicatoria](#)

CONTENIDO

CAPÍTULO I

LA RUEDA DE LA FORTUNA

CAPÍTULO II

LA PARADOJA DE UNA DESGRACIA

CAPÍTULO III

UN FANTASMA ENTRE LOS LIBROS

CAPÍTULO IV

UN VIAJE INESPERADO

CAPÍTULO V

DOLOROSO REENCUENTRO

CAPÍTULO VI

UNA LARGA NOCHE

CAPÍTULO VII

TEMIBLE DIAGNÓSTICO

CAPÍTULO VIII

DOLOROSA NOTICIA SARA

CAPÍTULO IX

EL DOCUMENTO

CAPÍTULO X

PESADILLA

CAPITULO XI

SANGRE EN LA MANSIÓN

CAPITULO XII

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO

[CAPITULO XIII](#)

[CRISIS EN LA OSCURIDAD](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[ALTA TENSION](#)

[CAPITULO XV](#)

[EL MISTERIO DE UNA VIDA](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

CAPÍTULO I

LA RUEDA DE LA FORTUNA

A veces la vida juega con nosotros a la rueda de la fortuna. Nuestra vida gira y gira sin que advirtamos qué sorpresa nos traerá. Siempre esperamos ganarnos el gran premio y, sin embargo, nuestra vida gira y gira. Mientras esperamos, no nos damos cuenta de que estamos en la rueda de la fortuna de la vida...

José Gabriel era un joven que, pudiéramos decir, la vida le sonrió desde un principio. Parece como si su rueda se detuvo en el gran premio: Nació en cuna de oro y fue mimado por ser el único hijo varón de una familia muy bien acomodada en esta sociedad. Un niño al que no le faltó nada. Tuvo los juguetes de último momento, ropa delicada, buena educación, y, sobre todo, el amor y el cariño de sus padres. Su familia era una de las pocas que con sudor y mucho trabajo acumularon una gran fortuna sin que el éxito les corrompiera el alma.

Es costumbre ir al templo siempre que el tiempo lo permita. ¡Es bueno sacar tiempo para cumplir con lo que se cree! Nunca le faltó tiempo a José Gabriel en la agenda tan ocupada de su padre, tan querido y respetado en su pueblo, con el teléfono siempre sonando, firmando papeles y rodeado de personas. José Gabriel pasó su infancia tranquila y sin carencias, acostumbrado a lo mejor. No era egoísta, tenía un buen corazón y era un buen hijo, uno de esos que no defraudan a sus padres, ni toman el mal camino. De ese modo pasaron los años y José Gabriel creció hasta convertirse en un atractivo y bien formado hombre: alto, de cabello oscuro algo rizado, siempre vestido a la última moda y bien perfumado. ¡No le faltaban las pretendientes! Él solo se enfocó en sus estudios, hasta que el destino lo entrampó entre los lazos aturdidores del amor cuando Sara, una joven que en circunstancias algo extrañas entró en su vida.

En esa etapa de su vida, José Gabriel, con buena posición económica y con un buen auto, pudo ser un joven de esos engreídos, pero por su formación él era un joven humilde y con un futuro asegurado. Una mañana, quizás, el soltero más codiciado de

aquel pequeño pueblo, estuvo a punto de ser atrapado por la sencillez de una joven.

Quizás ella, no era la más popular, pero la vida se propuso, al parecer, unir lazos entre ellos. Bueno, ¡así son las cosas del destino!

Como todas las mañanas, José Gabriel llegó a la universidad y de inmediato se dirigió a la cafetería por su café favorito. En el camino no le faltaron los saludos y los besos de sus compañeras de clases. Al llegar a la cafetería, pidió un café y un pedazo de pastel de manzana.

“¡Mmm! Esto es lo mejor de la mañana, este exquisito café...” —se dijo después de sentarse en la silla de su mesa favorita. Era su mesa favorita porque todas las mañanas llegaba, pedía su café y se sentaba en la misma mesa.

Mientras disfrutaba su acostumbrado café, una joven se le acercó y se detuvo delante de él. José Gabriel levantó la mirada y se fijó en ella.

—¡No te quedes mirándome! ¿Me invitas a sentarme o qué? —le dijo ella.

José se quedó como tonto. Era una joven con una cabellera rubia bien cuidada, con una de esas minifaldas que hacían pensar si lo que veíamos era real o solo un sueño. Pasados algunos segundos y él reaccionó.

—¡Sí, claro!, siéntate —le dijo.

Ella, de inmediato se sentó, cruzó sus piernas y tomó una postura seductora. Con sus manos jugó con sus cabellos y con su mirada, le envió mensajes subliminales, delatando el gran interés que tenía en él. Finalmente le dijo:

—Hola, José Gabriel, ¡siempre en la misma mesa! Por fin te encuentro solo.

José Gabriel la miró sorprendido mientras ella comenzó un monólogo sin detenerse:

—Durante los dos últimos años te miré infinidad de veces, me crucé frente a ti, me senté en la mesa de al lado, en la del frente, en la del otro lado, tropecé contigo en más de cinco ocasiones y tú no te fijaste en mí, ¿o sí? —le preguntó.

Cuando José se disponía a contestarle, decir algo en su favor, le fue imposible. La joven continuaba hablando... ¡Hablabla y hablaba!

—Bueno, supongo que sí me viste, es difícil que un hombre no se fije en mí —dijo ella con altivez, mientras se miraba en un pequeño espejo que sacó de su cartera, una de esas en que cabe todo un mundo.

Esta vez él la miró con mayor asombro.

—Es que... —el pobre José Gabriel trató de hablar, pero... ¡misión imposible! Ella lo interrumpió de nuevo:

—Era de suponer que estabas aquí; inclusive, aunque hayan comenzado las clases vienes por tu café...

Pasados algunos minutos, la joven por fin dejó de hablar y miró fijamente a José Gabriel. El pobre a su vez miró a la joven y luego, miró a todos lados, dando señales de estar desconcertado, ¡Todos estaban observándolos! En una reacción algo graciosa, los demás presentes cambiaron su mirada al notar que él se dio cuenta de que lo estaban observando. En ese momento la joven preguntó:

—¿Qué? ¿No vas a decir nada?

—Sí, te pregunto: ¿quién eres tú?

Grave error el de José Gabriel; la joven le contestó con una sonrisa orgullosa.

—¡No lo puedo creer! ¿No sabes qué una pregunta no se responde con otra pregunta?

Como si le hubieran encendido un motor, ella comenzó de nuevo su interminable parloteo.

José Gabriel se vio desesperado y un tanto confundido... De repente, sucedió algo insólito: ¡casi un milagro!

—Hola, mi amor...

Y se escuchó el sonido de una bofetada que se plantó en la mejilla de José Gabriel. Él se quedó de una sola pieza con el suceso. La parlante se petrificó, miró a José Gabriel, quien se tocaba la mejilla. Con la boca media abierta, él miró a la joven que se encontraba de pie justo frente a él, haciendo sonar sus zapatos.

Observándola desafiante, la parlanchina sintió un frío que le recorrió el cuerpo y de pronto reaccionó.

—Bueno —dijo—, supongo que eres la novia y si lo eres, para nada quiero problemas.

La joven que acababa de llegar le respondió con un gesto y un sonido como:

—¡Ujum!

La habladora le dio la espalda y caminó algunos pasos, se detuvo, dio la vuelta y miró de arriba abajo a la joven que acababa de llegar, como inspeccionándola. Luego, miró sensualmente a José Gabriel y finalmente dijo:

— Saray, me llamo Saray.

José Gabriel la miró mientras ella dio la vuelta y se alejó. Luego miró a la otra joven que se encontraba justo a su lado y le comentó:

—No sé quién eres, pero gracias, creo que me acabas de librar de una gran histeria, aunque no entiendo la bofetada.

La joven, sonriendo y algo avergonzada, le dijo:

—Sí, lo sé, te estaba observando desde la esquina y me resolví por la bofetada. No te quejes, soy muy creativa y fue una buena ocurrencia. Bueno, perdón por lo de la bofetada. De inmediato besó su mejilla: la misma mejilla donde antes le pegó, lo miró con ojos tiernos, introdujo sus dedos en su pelo y lo acarició suavemente. Sin decir nada más, la joven dio media vuelta, bajó su cabeza, se arregló algo el pelo que caía sobre su rostro y se fue.

Atónito, sorprendido, José Gabriel no podía dejar de pensar: “¿Qué fue todo eso?”

Petrificado por unos segundos, él miró cómo la joven que le salvó la vida se alejó, mientras se tocó la mejilla donde ella lo besó. Pensó: “¿Qué fue lo que sentí cuando esa joven me besó? ¿Qué es esto que ahora siento?”

Como si una voz interior le hablara escuchó: “No la dejes escapar, no la dejes escapar...” José Gabriel dio un salto y como un loco desesperado corrió tras la joven.

—¡Espera! —le gritó José Gabriel— ¡Detente un segundo!

La joven se detuvo y lo miró fijamente. En ese momento sus miradas se unieron y José Gabriel, tartamudeando, la invitó a tomarse un café.

—Lo siento, pero en estos momentos no es posible —le respondió ella. —Además, ¿no te molestaría que te vieran sentado con una recién llegada?

—Para nada. Por favor, insisto...

La joven bajó la cabeza y desde esa postura miró al joven como si su deseo fuera contestar “sí”; sin embargo, algo se lo impidió y con un profundo suspiro respondió:

—Quizás en otra ocasión...

José Gabriel se entristeció un poco, se notó en su rostro. Fue como una decepción por no haber conseguido lo que quería. La joven, entonces, le mostró una sonrisa y se marchó. Se detuvo una vez más y de espaldas a él le dijo:

—Sara, me llamo Sara —De pronto, la joven añadió: — Coincidencia...

José Gabriel permaneció como tonto y le preguntó:

—¿Qué dijiste?

La joven le respondió enfáticamente:

—¡Coincidencia!

—No entiendo, —dijo José Gabriel un tanto confuso.

—¿No recuerdas? Hace algunos minutos: ¿Cómo dijo que se llamaba la cotorrita que estaba en tu mesa? —preguntó Sara.

¡Claro! Él recordó que la joven que unos minutos antes casi le provocó un colapso porque no paraba de hablar, le dijo que se llamaba Saray y que, casualmente, su nombre era casi igual a “Sara”.

Sara salió por entre las dos hojas de cristal de la entrada de la cafetería y mientras se marchaba, José Gabriel le miró como aturdido, aunque a la vez, asombrado por lo que antes sucedió.

Aunque José preguntó por ella y la buscó durante días por todo el plantel, nadie conocía a Sara.

Pasaron algunos días y José Gabriel no dejaba de pensar en la joven. Se le notaba a leguas. Sus amigos le preguntaban qué le sucedía, pero José se hacía amigo del silencio.

Esa noche, José Gabriel decidió visitar a sus padres y cenar con ellos. Estaba diferente al momento de la cena, no era difícil notar su estado.

—Hola, mamá, papá —y les dio un beso. Se tomaron de las manos para dar gracias como era la costumbre las noches que se reunían. Daban las gracias y comenzaban sus charlas: ¿Cómo te va en la universidad? ¿Cuáles son las noticias del día? Y, claro está, discutían sobre los negocios de la familia.

Pasaron unos minutos, pero José Gabriel parecía enajenado por el tema de la conversación. No transcurrió mucho tiempo cuando la pregunta no se hizo esperar:

—Hijo ¿te sucede algo? —le preguntó su padre.

—No, nada, papá.

Su madre interrumpió con un gesto de interrogación en su rostro:

—¡Ay, hijo! Esos suspiros y esos ojos perdidos en la nada no son otra cosa que una chica, ¿O me equivoco?

José Gabriel sonrió un poco avergonzado.

—Sí, mamá, nunca te pude engañar. —Con una sonrisa suspicaz miró a su padre:

—En cuanto a ti, papá, no puedo decir lo mismo.

Su papá lo miró un poco enojado y al cruzar las miradas entre ellos, se escuchó una marejada de sonrisas. Luego de unos segundos, se retomó la conversación, claro, con la insistencia de la madre. Ella dijo:

—Bueno, hijo, y ¿quién es la chica que tiene a mi muchacho tan pensativo?

—Es una joven que conocí en la universidad, no puedo decir nada más, pues no la conozco en realidad —explicó José Gabriel.

—Y ¿cómo se llama la joven?

—Sara.

—Bonito nombre... —el padre interrumpió afanado. — Pues bueno, tienes que invitarla a la casa.

Su madre añadió:

—Sí, me parece muy bien. ¡Espera a que tus hermanas se enteren!

—Mamá, por favor, apenas la conozco.

—Pues, entonces: ¡Vamos, cuéntanos! ¿Cómo la conociste?

José Gabriel comenzó su relato de cómo conoció a la joven y esa noche fue una noche de familia.

Al poco tiempo llegó una de sus hermanas y se reunió con ellos. Todos conversaban, se reían de lo sucedido con el humilde muchacho. Se notaba que eran una familia muy unida. Era cuestión de tiempo para que esa joven, de la que tanto se habló esa noche (sin que ella lo supiera), fuera parte de sus vidas.

Pasaron algunos meses y mientras el tiempo cursó su camino haciendo su trabajo, la joven pareció haberse desaparecido de la tierra. José Gabriel la buscó con ansias, pero ella pareció ser un fantasma que llegó a su vida solo una vez, para luego dejarle la vida perturbada. Sin embargo, el destino les tenía preparada una sorpresa a ambos.

Un sábado en la mañana, la familia se reunió para pasar unos momentos juntos. Decidieron visitar un lugar llamado “Bosque Verde”, a las afueras del pueblo; uno de esos lugares de relajación donde el ser humano se acercaba a la madre naturaleza; un lugar que existía para que las personas disfrutaran. Había cabañas y cabalgatas en el campo. Era un lugar rodeado de árboles con un hermoso río cruzándolo. En fin, un paraíso escondido.

Pasaron algunas horas del día y la tarde cayó, así que después de un largo día compartiendo y disfrutando de las actividades del área, la familia se separó: cada cual se dirigió a su cabaña. El destino le propició una buena jugada a favor de José Gabriel.

De camino a su cabaña, el joven logró ver a una chica a unas tres cabañas de la suya. No fue difícil para él reconocer a aquella joven, así que se le acercó en silencio por su espalda, como cuando un gato asecha su presa. La joven se encontraba doblando unas sábanas sobre una especie de carrito, en el cual, además, se encontraba un sinnúmero de toallas limpias y sucias. Al parecer por su vestimenta, un tipo de uniforme doméstico, la joven era empleada del lugar. José se acercó a ella y le susurró al oído:

—Sara...

La joven de inmediato volteó y cuál no fue su sorpresa cuando se topó con el joven cara a cara. Parecía que sus hermosos ojos se le fueran a salir de sus cuencas y su rostro mostró lo sorprendida que se encontraba. Ella trató de disimular su asombro con mucho esfuerzo, o por lo menos eso pareció.

—Hola, José —le contestó.

—¿Cómo has estado, Sara?

—Bien, muy bien, como verás, trabajando mucho.

La joven pareció tratar de evitar la conversación, pero José no estaba dispuesto a dejarla escapar esa vez. Continúo caminando con ella y logró que aceptara reunirse con él al terminar su turno.

Así, tuvieron una afable conversación durante un largo rato. Ella le explicó, que el día que se encontraron en la universidad, estaba acompañando a una amiga. Ella desistió de estudiar porque tenía que trabajar para cuidar y mantener a su madre, que se encontraba muy enferma padeciendo cáncer del seno.

José Gabriel la invitó a cenar y ella accedió. Lo que sucedió después es fácil de entender. Fue el comienzo de una bonita amistad que con el pasar del tiempo, terminó en una boda muy comentada en el pueblo.

La familia de José Gabriel quedó encantada con la humilde joven. Todo parecía marchar muy bien con el compromiso y la boda. El padre de José le ofreció una plaza en la compañía de la familia, como segundo al mando, con un salario difícil de igualar en el país. Él no pudo rechazar la oferta. La ruleta de la fortuna de la vida le premió hasta ese momento.

Pero la sangre del pasado le estaba preparando una encrucijada que en su momento develaría el misterio de una vida.

CAPÍTULO II

LA PARADOJA DE UNA DESGRACIA

Pasaron varios años, José y Sara llevaban una vida feliz. Lamentablemente la madre de Sara partió de esta tierra. Fue un momento muy doloroso para ella, pero le quedó la satisfacción de haberla ayudado y cuidado hasta sus últimos días.

Ellos concibieron un hijo que llamaron Esteban como su abuelo. En aquel momento contaba con 10 años de edad. José Gabriel fue muy exitoso como vicepresidente de la millonaria compañía de su familia y ya casi estaba a cargo de todo lo que tenía que ver con ella.

Su padre decidió tomar unas merecidas vacaciones y por esa razón convocó a una reunión con su hijo para dialogar de los pormenores del asunto y dejar todo en orden antes de su viaje.

Sonó el teléfono y José Gabriel contestó.

—Hola papá, ¡qué sorpresa que me llames tan temprano!

—Sí, hijo, es que quiero hablar contigo un momento; dime ¿dónde te encuentras?

—Me encuentro en Miami, en nuestras oficinas de Estados Unidos, llegué hace algunos días, pero tengo planeado volver mañana. Pero, dime ¿qué quieres hablar conmigo?

—Bueno, hijo, tengo deseos de verte y de hablar contigo en persona, ¿Qué te parece si mañana temprano me recoges en el aeropuerto, desayunamos juntos y ahí dialogamos?

—Bueno, no hay problema, papá, te veo mañana.

La mañana siguiente José Gabriel recogió a su padre en el aeropuerto de Miami, como acordaron. Se fundieron en un abrazo padre e hijo, como uno solo (con tal cariño y amor que pocas veces se ve entre padre e hijo). Decidieron el lugar para desayunar y comenzó la conversación.

—Muy buen desayuno y aquí el café es exquisito —comentó el padre.

—Sí, papá, acostumbro a desayunar en este lugar, es muy acogedor y tranquilo.

Dialogaron sobre algunos temas triviales de la compañía, hasta que el padre tomó el tema por el cual en realidad viajó.

—Bueno hijo, quise reunirme contigo porque, además del gran deseo que tenía de verte y compartir contigo una taza de café, quería informarte de una decisión que tomé. Como ya sabes, llevo muchos años dedicados a esta empresa. Tu madre y yo hemos trabajado muy duro; todo para darles a ti y a tus hermanas una mejor vida. Han sido muchos años de sacrificio y esfuerzos, así que quiero este año darle a tu madre unas merecidas vacaciones. De modo que, con mucho cariño y amor, voy a regalarle un viaje a Nepal; también así celebraremos nuestros cuarenta años de casados.

—Me parece muy bien, papá, tanto mamá como usted se merecen eso y mucho más, pero pregunto: ¿Dónde queda ese lugar? He escuchado de él, pero no sé en realidad dónde queda.

—Nepal es un lugar de ensueño, un país...

José Gabriel lo interrumpió y le dijo:

—Así que es un país; yo pensaba que era una ciudad china.

El padre sonrió y a José no le quedó de otra que sonreír también, levantó sus ojos y recogió sus hombros como pensando: «¡Perdona mi desconocimiento!»

El padre continuó:

—Como te dije: Nepal es un país que se encuentra entre China y la India, desde ahí se puede apreciar el Himalaya. Uno de sus atractivos es el hermoso lago de Nepal y el templo de tres gargantas. El país es rico en cultura y uno de los más ricos del mundo, si no me equivoco...

—¿Y cómo sabes tantos detalles de ese país?

—Hijo, porque llevo casi 40 años escuchando a tu madre hablar de Nepal. En muchas de mis noches soñé con ese país.

De pronto, el padre hizo silencio y se quedó mirando fijamente a los ojos a su hijo. José lo miró extrañado.

—¿Sucede algo, papá?

El padre se mantuvo callado, así que José volvió a preguntarle lo mismo. Su padre, como quien, saliendo de un letargo, le dijo:

—Hijo ¿quieres saber algo? La he escuchado tantas veces hablar de Nepal que casi me convierto en un zombi cuando ella me habla de él. Me abstraigo de todo para escapar a ese martirio... Hijo, no le digas eso a tu madre, por el bien de 40 años de matrimonio. Siempre ha sido el lugar donde ella soñaba ir. ¡Se lo merece!, Ella ha sido la mejor esposa que un hombre ha soñado tener y la mejor madre también.

—No te equivocas papá.

Envueltos en risas por el comentario del padre, dialogaron por algunos minutos más.

—Bueno, hijo, me regreso. Tengo que darle la sorpresa a tu madre.

José lo llevó al aeropuerto.

—Ya sabes —le dijo su padre—, quedas a cargo de todo, pero nos mantendremos en

comunicación.

—Muy bien papá, dale besos a mamá, y que disfruten el viaje. ¿Cuándo se van a Nepal?

—El lunes en la mañana.

Se abrazaron y el padre desapareció entre la línea de revisión del aeropuerto.

El lunes a primera hora, José y Sara llamaron a los padres de José y dialogaron unos minutos con ellos (ya se encontraban en el aeropuerto). Luego de colgar el teléfono, José se sentó a desayunar junto a Sara y el pequeño Esteban. José estaba pensativo y Sara, que lo conocía muy bien, no tardó en preguntarle:

—¿Qué sucede, mi amor?

—Nada, Sara, nada...

—Mi amor, te conozco muy bien y sé que te preocupa el viaje de tus padres.

—Y no te equivocas, es que pienso que es un lugar tan lejos. Si les sucede algo, yo no podría hacer prácticamente nada.

Sara lo miró con ojos amorosos y rodeándolo con sus brazos por la espalda, lo besó y le dijo:

—No te preocupes estarán bien; ellos se merecen esas vacaciones.

—Sí, lo sé; pero creo que debí, por alguna razón, decirles lo que pensaba.

Sara entendió que él estaba preocupado y no era para menos por lo apegado que él siempre fue con su familia. Sara se dedicó esa mañana, antes de que José se fuera a la oficina, a tratar de disminuir su preocupación. Al parecer dio buenos resultados. José se despidió de su esposa:

—Bueno, mi amor, me voy a la oficina. Por las próximas semanas me toca estar a cargo de todo y siempre hay mucho trabajo, quiero llegar temprano hoy. El viaje a Miami y el trabajo me dejaron muy agotado.

—Haz como creas que es lo mejor, amor, estoy segura de que a Esteban no le molestará que su padre esté temprano en casa.

A lo que José le respondió con un poco de picardía:

—Sí, claro, solo a Esteban, ¿no?

—Sabes que a mí más que a nadie me gusta que llegues temprano.

Con un gesto de cariño y coquetería, de esos que logran que un hombre haga lo que una mujer quiere, mientras le ajustaba suavemente la corbata, se acercó como provocándolo.

Ni corto ni perezoso, José se acercó para besarla, pero Sara se le salió de entre los brazos y lo empujó un poco y con su peculiar sonrisa le dijo:

—Vamos galán, que la oficina te espera.

Y así aquel hombre que se convirtió en un gran empresario, se marchó a otro día de labores.

Después de un día de afanes y trabajo, la tarde cayó temprano y tranquila, el otoño visitó la ciudad sin hacerse notar. Mientras Sara jugaba con Esteban en el suelo, se oyó el sonido del timbre anunciando que alguien había llegado.

El pequeño Esteban corrió a la puerta y miró a Sara con un brillo muy peculiar en sus ojos y gritó emocionado entre sonrisas y carcajadas

—¡Papi, papi!

—Es muy temprano para que papi esté en casa, hijo —le dijo Sara. El niño desconocía que su padre llegaría temprano a la casa.

Pero que sorpresa para Sara cuando miró por el visor de la puerta, José Gabriel estaba frente a la puerta (llegó mucho antes de lo esperado) y ella rápidamente abrió la puerta y Esteban sin dar tiempo a que el padre entrara, le saltó a los brazos.

José Gabriel le dio un abrazo y un beso y con el niño en los brazos, besó a su esposa. De esta manera entró a la tranquilidad de su hogar.

Al entrar, su esposa le ofreció un vaso de jugo y algún aperitivo previo a que la cena estuviese preparada, pero José Gabriel se negó a comer algo y prefirió darse un baño. Pasaron algunos minutos cuando José se sentó en la sala frente al televisor.

—Voy a informarme de lo que pasa en el mundo —hizo referencia al programa informativo de las tardes.

Todo transcurrió con normalidad como debía ser en un hogar. Sara le llevó su aperitivo y regresó a la cocina a terminar la cena del día. Mientras, el niño jugaba con bloques de madera y juguetes pequeños en la alfombra frente al televisor, sin estorbar al padre ya que el televisor quedaba alto en la pared.

De pronto se presentó un silencio desconcertante. Solo se podía escuchar el sonido de los bloques de madera, con los que el niño jugaba, chocando entre ellos. El televisor estaba con volumen alto en la sala, mientras ella cortó unos vegetales, recibiendo la caricia de una fresca brisa que entraba por la ventana, abierta frente a ella. El silencio

fue interrumpido por el trillar de un vidrio al romperse. Sara se espantó por el sonido y de inmediato preguntó:

—Mi amor ¿está todo bien?, me pareció escuchar que se rompió un vidrio.

La despreocupación de Sara no era para menos, ella sabía que José estaba en la sala con el niño y toda su confianza estaba en él, pero no hubo respuesta y el silencio se intensificó, ya no se escuchaba el sonido de los bloques de madera, sino solo la voz del reportero de noticias en el televisor, a lo lejos. Eso le causó preocupación y extrañeza a la sencilla mujer, quien de inmediato soltó el cuchillo con el que trabajaba, se secó las manos en una pequeña toalla y caminó hacia la sala.

Al llegar se encontró con una escena que le cambió la vida para siempre, no solo a ella, sino a toda la familia. Al mirar, Esteban estaba sentado en el suelo mirando fijamente a su padre que miraba la televisión como en estado de shock, desvanecido y con una expresión inexplicable en sus ojos. El vaso se le cayó de las manos y el jugo que tomaba se derramó en el suelo. Fue en ese momento cuando el niño miró fijamente a la madre y le preguntó:

—¿Qué le sucede a papi?

—No sé, hijo, no te preocupes sube a tu cuarto que todo está bien —le contestó Sara.

El niño de inmediato recogió los bloques y subió corriendo la escalera hasta su cuarto. Mientras tanto, Sara se acercó a su esposo para preguntarle qué le sucedía. José Gabriel levantó su mano lentamente, señalando la televisión. Sara se enfocó tanto en su esposo e hijo que no prestó atención al noticiario de la tarde que observaba José Gabriel.

Tal fue su sorpresa y espanto al escuchar lo que aquella persona mayor y bien parecida reportaba como noticia de último momento. Sara permaneció en el mismo estado de su esposo, mientras el reportero continuó dando la noticia de último momento: —...Al momento no se tienen todos los detalles del desafortunado accidente del vuelo 674 de Sky Air Line con rumbo al sur de Asia. Lo que sabemos es que iban en el vuelo un total de 87 personas incluyendo la tripulación. Repetimos: el vuelo 674 con rumbo al sur de Asia se perdió del radar a eso de las 9:45 a.m., sobre aguas del océano Atlántico, según el informe de la torre de control. Les pedimos a los oyentes que estén atentos a la edición de esta noche para más detalles. Nuestras oraciones por lo ocurrido... Y en otras noticias...

El silencio fue aterrador y el único sonido que se escuchó fue el del televisor al apagarse. Sara se acercó a su esposo y lo abrazó fuertemente. Fue cuando ambos estallaron en llantos, pero el dolor de José Gabriel era notable, inconsolable; crujían sus dientes y gemía con gran desesperación, mientras Sara trataba de consolar su corazón sin lograrlo. Ella, aferrada a él, persistió en su misión de no dejarlo escapar de entre sus brazos, como quien se aferra a la vida en medio de la cercana muerte.

Comprimió su pecho al de ella, en tal abrazo que muy pocos seres humanos son capaces de experimentar en toda sus vidas. Mientras él se desmoronaba más y más, lentamente ambos se deslizaron hacia el suelo como el agua que se escapa de entre las manos. La escena era demasiado dolorosa y sus gemidos no cesaron por horas.

Escasamente, pasados unos minutos, el teléfono no dejó de sonar. Familiares y amistades trataban de comunicarse con ellos. Las horas pasaron y Sara no dejó de contestar el teléfono. Sus hermanas llegaron a la casa de su hermano para así consolarse unos con otros y continuar en la amarga espera de noticias. La fe y la esperanza se hicieron presentes en el hogar; los buenos pensamientos y el positivismo fueron latentes en el ambiente y José Gabriel, un poco más calmado, esperó inmóvil por nuevas noticias.

El noticiero de la noche llegó y no llevó buenas noticias: “En la noticia del momento la pérdida del vuelo 674 ha consternado a toda una Nación. Se sabe que uno de los pasajeros del vuelo 674 era el afamado y conocido empresario latinoamericano Esteban Valentino, fundador y dueño de una de las empresas de salud más prósperas de los últimos veinte años.

El empresario, muy querido por su sencillez es conocido como un hombre muy desprendido y siempre cooperador con diferentes entidades sin fines de lucro. Dios quiera que no sea así, pero con la pérdida de este hombre el mundo perdería a una gran persona. Dios quiera que en algún lugar se encuentre vivo. El empresario dejaría un imperio en manos de sus 2 hijas y su hijo. Pidamos por él, por su esposa y todos aquellos que hasta el día de hoy no se han encontrado.”

El televisor fue apagado por Sara y el hogar se convirtió en un mar de llantos y dolor.

Los minutos, las horas, y los días pasaron como una eternidad, sin que se hallara el gigante artefacto que los transportaba. No se encontraron sobrevivientes. La fe, casi menguada, la esperanza calló en silencio, mientras que los pensamientos ya aparecían como buenos y gratos recuerdos, dando así señales de resignación entre la familia y las amistades. Ya pasó el tiempo suficiente, cuando la temible y esperada noticia se escuchó en todas las cadenas de los Estados Unidos y Latinoamérica: “Y en una noticia lamentable, la búsqueda de la aeronave que hace un poco más de cinco semanas desapareció sobre aguas del océano Atlántico, fue suspendida dando como resultado la fatal noticia para familiares y amigos de los pasajeros del vuelo 674 de no haberse encontrado sobrevivientes. Se destaca la noticia que antes mencionamos que entre los pasajeros se hallaba el empresario Esteban Valentino y su esposa. En otras informaciones...”

Como un baño de agua fría cayó la noticia sobre José Gabriel, pero el tiempo de la resignación llegó. No pasó mucho tiempo desde la última noticia, cuando se reunieron él y sus hermanas, junto a sus abogados para resolver lo del testamento. Esteban, el padre, como un hombre muy inteligente y precavido, dividió el capital de tal manera que el día que él faltara no tuvieran por qué entrar en ningún tipo de pleito.

Pero, para José Gabriel el lamentable suceso marcó su vida, pasando a ser su recuerdo más doloroso. Fue como una paradoja, porque también pasó a ser el más importante al heredar la millonaria empresa, convirtiéndose en el dueño de un imperio multimillonario.

CAPÍTULO III

UN FANTASMA ENTRE LOS LIBROS

La muerte de Esteban Valentino fue una noticia que acaparó la atención de todo un continente, pero su tiempo pasó. José Gabriel obtuvo el mando del conocido imperio de la salud. Siguiendo los pasos y el ejemplo de su padre, extendió el imperio más allá de los mares y fue el sustento de diferentes entidades sin fines de lucro.

La fama del joven empresario no tardó en darse a conocer entre la ciudadanía mundial, pero el destino le tenía una jugada con la cual su vida fue nuevamente conmovida.

Cayó la tarde en Miami y José Gabriel se disponía salir a su apartamento cuando su secretaria y mano derecha llamó su atención. Ella era una joven de apariencia sencilla con grandes espejuelos, con hermosos ojos azules y cabello negro. Su nombre era Verónica. Ella se acercó a él y le dijo:

—Señor Valentino.

—Dime, Verónica.

—Perdone el atrevimiento, señor, pero usted se ve muy cansado. Hace meses que no toma un descanso, ¿por qué no se va unos días y descansa con su familia?

—Gracias, pero no puedo dejar de venir a la oficina; tengo muchos papeles y propuestas por leer y examinar, entre otras cosas que debo hacer —respondió José Gabriel.

Verónica le contestó:

—Señor, me sorprende; sabe que no tiene nada de qué preocuparse. El Señor Augusto, es de su entera confianza. Él y yo nos podemos hacer cargo por unos días y organizarle aquí todas las cosas. Además, su próximo viaje no es hasta dentro de tres semanas y, como sea, pienso que ya es tiempo de que comience a delegar un poco más en nosotros. Usted se encuentra muy atareado y se le nota agotado. Últimamente ha estado muy estresado. ¡No queremos visitarlo en un hospital! —con un tono emotivo, característico de esa joven, acentuó con firmeza sus palabras.

José Gabriel, literalmente pasmado, miró a la joven por lo que le dijo. El silencio tomó sus labios, él pensativo, la observó.

La joven lo miró seria y firme, pensando: “No me mires de esa manera porque sabes que tengo razón”. Él se quitó los lentes y con sus dedos se masajeó la frente entre los ojos, como si hubiera leído sus pensamientos. Repentinamente, con un gesto de resignación en su semblante, dijo:

—¡Ya sé...! ¡Sí, tienes razón! Hablaré con Augusto y lo pondré al tanto. Esta misma noche volaré a mi casa para estar con mi familia las próximas dos semanas. Eso sí: me mantendré en comunicación contigo.

—No hay problema, Señor, me alegra que haya tomado esa decisión —expresó la joven.

José Gabriel le dio la espalda y se alejó cruzando la gran puerta de cristal, que permaneció como un muro invisible separándolos. Verónica lo contempló al caminar y a pesar de que su boca guardaba el secreto, sus ojos delataban sus escondidos sentimientos hacia él.

Mientras ella, parada en el mismo lugar, observaba como él desaparecía, llegó Augusto, se le acercó silencioso y le susurró al oído:

—Espero que mis ojos se equivoquen en lo que me hizo pensar tu mirada. Por un momento pude observar un mensaje en tus hermosos ojos azules...

Ella se sorprendió, pero haciéndose la desentendida le dijo:

—No sé de qué hablas; además, ¿dónde estabas? Ven, vamos por un café que el señor Valentino tomará un descanso por algunos días. Tú y yo tendremos que representarlo.

—¿Cómo dijo?

—Lo que escuchaste. Vamos por el café y allá te explico.

Esa misma noche, José Gabriel tomó su avión privado y se marchó a su casa.

Aun el sol no comunicaba sus primeros rayos de calor cuando José Gabriel llegó a su hogar. Abrió la puerta silenciosamente para sorprender a Sara, sin imaginar que el sorprendido sería él. Ella, caminando sigilosa y paulatinamente entre las grandes y hermosas cortinas, de un salto cayó sobre él, arrojándolo al suelo con fuerza. José Gabriel la miró espantado, pero ella lo besó apasionadamente. Ambos se involucraron en un ritual de juegos y pasión, con ese mismo amor que se tienen aquellos amantes que se aman sin condiciones. Los muebles, las paredes, las ventanas con sus grandes cortinas púrpuras fueron testigos silenciosos de cómo el amor entre ellos se manifestaba en su mayor expresión.

Pasaron algunos días y José Gabriel disfrutó de lo lindo con su familia en una hermosa expansión de tierras que se compró en una zona boscosa en las afueras de la ciudad

de su pueblo natal. Montaron a caballo, jugaron con los perros (un lindo labrador marrón y una chiguagua muy pequeñita, de mal carácter), y hasta hizo una parrillada en la piscina, junto con sus amistades y hermanas.

Mientras José Gabriel se encontraba con su familia, en las oficinas centrales de la compañía en Miami Verónica y Augusto se encargaron de su negocio con gran diligencia. José Gabriel no se equivocó al tomar la decisión de dejar la empresa a cargo de sus empleados por un par de semanas. Todo marchaba en orden y él lo sabía, ya que a diario le comunicaban los pormenores de lo que allí ocurría.

Esa tarde, como de costumbre, Verónica y Augusto tomaban un café en el lobby del edificio y discutían algunos asuntos referentes al trabajo, cuando Augusto se quedó mirando fijamente a Verónica. La miró como si tratara de encontrar algo oculto. Así lo percibió ella.

—¿Qué? —preguntó Verónica con un gesto gracioso.

—¿Qué?, perdona, pero me he preguntado: ¿Qué significado tuvo la mirada que le diste al Señor Valentino el día de su partida? Y no me digas que ningún significado tuvo ya que hace más de 4 años trabajo contigo. Hemos sido amigos y te conozco lo suficiente como para saber que aquella mirada nunca antes la vi en ti.

Verónica trató de eludir la pregunta y evitar dar una respuesta, pero la mirada de Augusto la incomodó y aunque se mostró un poco retraída, las palabras que Augusto le dijo más adelante le sacaron el secreto.

—Sabes, eres mi amiga, y sé que algo te está afligiendo. Lo noté en ti, aunque tratas de disimularlo y te felicito porque por poco no lo noto. En estos días que he estado más cerca de ti, sé que algo pasa contigo y lo que sea...

En ese momento se detuvo, tomó sus manos y mirándola fijamente, con un gran cariño presente en sus palabras, le dijo:

—Es de adentro, de tu corazón y no me digas que no.

Verónica desconcertada, bajó su cabeza, dio un suspiro y con sus ojos húmedos contestó: —Nada más cerca de la verdad, amigo mío, he sufrido en secreto durante el último año. Al principio todo era admiración a un gran hombre, pero según pasaron los días, inevitablemente mi corazón me ha traicionado y he sucumbido ante las atenciones que sin ningún interés me proporciona. Cómo me habla, cómo me trata, su respeto, su cariño al hablar, nadie me trató de esa manera y sé que soy una tonta, pero no lo he podido evitar. Sabes, tengo miedo de que algún día se entere y he pensado hasta en renunciar; pero no puedo; estoy muy bien en mi posición y me gusta mi trabajo.

Verónica se sintió afligida y estuvo al borde de romper en llanto, pero continuó manifestando su sentir:

—¿Sabes quién le dio la idea al Señor Valentino de que se fuera a su casa unos días? ¡Fui yo! Sabes, no fue solo por cómo se veía, lo cansado que estaba, sino porque quería que se alejara de mí por unos días. Intento convencerme de que todo esto que me ocurre es una absurda locura, que no puede ser y nunca podrá ser...

En ese momento Verónica no pudo más y comenzó a llorar. Augusto movió la silla hacia ella y se acercó poniendo su brazo sobre su cuello, la haló hacia él y la abrazó.

—¡Ay Verónica...! Son las cosas del corazón que a veces nos hacen estas jugadas: nos engaña sin que nos demos cuenta para luego hacernos sufrir... —dijo él cerca de su oído.

Lejos de allí, José Gabriel disfrutaba de sus días libres junto a sus familiares y amigos. En un momento dado, Sara comenzó a buscar a su esposo ya que tenía un largo rato que no lo veía. Luego de unos minutos, ella pasó junto a la habitación matrimonial cuando escuchó un sollozo salir de ella. Al acercarse y abrir la puerta, se sorprendió: José Gabriel se encontraba sentado y cabizbajo llorando al pie de la cama. Sara no salía de su asombro, pues solo lo vio una vez en esas condiciones: el día que sus padres desaparecieron.

—¿Qué te sucede, mi amor? —le preguntó.

—Nada, mi amor —contestó él entre sollozos, mirando el suelo y masajeando sus manos sudadas. Estaba verdaderamente afectado.

—¿Cómo que nada? Eres mi esposo y te conozco... —dijo Sara, pero la pregunta era solo un anticipo para llegar al fondo, que ella creyó conocer. Sin embargo, ella nada dijo, esperó que la respuesta saliera de los labios de su esposo, o por lo menos, eso fue lo que Sara pensó.

Por un momento José Gabriel se notó confuso y molesto, lo que sorprendió a Sara, pues nunca antes reaccionó de esa manera. Él siempre se distinguió por ser ecuánime y tranquilo. En aquel momento se convirtió en su propio antónimo: opuesto a lo que siempre demostró ser.

Sara lo observó unos segundos. No era para menos, con un vasto conocimiento en psicología (luego de la boda, retomó sus estudios al morir su madre, pero al quedar embarazada decidió dedicarse de lleno a su familia), trató de ayudarlo en la mejor manera que conocía.

—Me encuentro muy estresado con el trabajo —dijo él—, y al ver a nuestra familia y amistades, recordé cómo compartíamos con mis padres... ¿Lo recuerdas Sara?

—Sí, mi amor —contestó ella con una sonrisa entre sus labios, mientras José Gabriel la miró fijamente. Él interrumpió sus palabras y dijo:

—Sí, eran como niños y disfrutaban la vida a plenitud... ¡Se amaban tanto...! (calló

durante unos segundos). Claro está, cuando tenían tiempo ya que papá muy poco lo tenía por su trabajo. Pero así, de esa manera, fue como él pudo darnos una mejor calidad de vida... —se detuvo un momento y se quedó pensativo frente a Sara. Mirándola fijamente dijo: —Durante todo este tiempo he tratado de aceptar la manera tan trágica de su muerte y me he preguntado en secreto: ¿Por qué, Sara, por qué unas buenas personas como lo fueron ellos, mueren tan trágicamente y ni siquiera se encontraron sus cuerpos para darle una digna sepultura?

José Gabriel se levantó y dio un golpe sobre una pequeña mesa de noche que había en la habitación y salió caminando apresuradamente. Eso sorprendió aún más a Sara, pues no era la forma habitual de proceder de su esposo; Sin embargo, le restó importancia por el momento y se dispuso a salir nuevamente al jardín, donde encontró a José Gabriel compartiendo con sus amistades como si nada hubiera ocurrido. Eso le extrañó a Sara, claro, por aquel cambio de ánimo tan repentino, pero de nuevo, le restó importancia. Aun recordando lo que sucedió algunos minutos antes, ella decidió dejar todo como si nada hubiera ocurrido.

Un día después todo transcurrió con normalidad y Sara no tocó más el extraño suceso con José Gabriel.

Mientras Sara preparó el desayuno para la familia, José Gabriel, sentado en la mesa, se comunicó con Verónica por medio del chat para ponerse al tanto de cómo estaban las cosas en la compañía. Sara, de pronto se quedó pensativa y se volteó hacia José Gabriel y le preguntó:

—Amor, en estos días que has estado aquí ¿recogiste la correspondencia?

—No, mi amor, no lo hice —contestó José Gabriel.

—Pues, ¡qué extraño! Hace varios días que no recibimos correspondencia. Eso es extraño, aquí siempre llega alguna carta, facturas o revistas.

—La verdad que sí: es extraño —comentó José Gabriel, pero no le prestó atención, ya que estaba muy entretenido con la conversación que tenía con Verónica por el teléfono.

A Sara le pareció extraño el asunto, así que decidió que ese día esperaría hasta la hora en que comúnmente llegaba el correo, para preguntarle al cartero por el inusual suceso. Eran como las dos de la tarde cuando Sara observó que el cartero llegó a su buzón, y se acercó al portón delantero de la casa. La conversación que tuvo con el empleado del correo la dejó perturbada:

—Buenos tardes, señor —saludó Sara.

—Buenas tardes —respondió el cartero.

—Le quería hacer una pregunta.

—Sí, diga, ¿en qué le puedo ayudarla? —dijo el cartero de inmediato.

—Bueno, es que hace días que no recibo correspondencia y eso es extraño, al menos para esta familia. —dijo Sara con una suspicaz sonrisa y agregó: —Creo que hace como ocho días que esto está sucediendo.

—Bueno, es que desde hace algunos días el mismo Señor Valentino personalmente recogió las correspondencias.

La aclaratoria perturbó a Sara y su rostro se le desfiguró por la sorpresa. El cartero, al verla, pensó que había cometido un error. Se excusó:

—Señora, perdóneme si me equivoqué, pero ¿el señor Valentino vive en este lugar?

—Sí, claro, es que... nada, no es nada. Gracias por su ayuda —dijo Sara y de esa forma lo despidió.

Sara, de inmediato entró a la residencia en busca de José Gabriel. Lo buscó por toda la casa, pero no lo encontró. Decidió buscar en el patio y ahí lo encontró, durmiendo una siesta en una hamaca. Se disponía a preguntarle sobre el suceso, pero desistió de la idea y lo dejó dormir. Se marchó a la cocina, se preparó una taza de café y se sentó en la antesala pensativa: “¿Por qué no me dijo que recogió la correspondencia? ¿Qué hizo con ella? No lo entiendo...” —hablaba sola y no dejaba de pensar. Trató de hallar una explicación lógica cuando, de repente, tuvo una idea: “¡Ya sé! Iré al cuarto de cámaras para ver las grabaciones de los últimos días y veré si es cierto lo que dijo el cartero.”

En ese momento se escuchó sonar el auricular del portón principal. Qué sorpresa para ella: era su mejor amiga: Victoria Lugo, una hermosa mujer, refinada, de clase alta. Se conocieron en los años cuando Sara retomó sus estudios. Tenían grandes lazos de amistad. Sin dudarle ni un segundo, Sara le abrió el portón y su amiga entró.

Al entrar, Sara la tomó de la mano y debido a la confianza que había entre ellas, la llevó de inmediato a la recámara y le platicó sobre el extraño comportamiento de su esposo.

Victoria era también una conocida y exitosa psiquiatra. Así que Sara, más que una amiga para conversar, buscaba la opinión de un profesional. Victoria llegó en el momento adecuado.

—¿Crees que lo de sus padres lo afectó tanto como para crearle un problema psicológico? —le preguntó Sara a su amiga.

—Bueno, es muy temprano para dar un diagnóstico y yo no he hablado con él. Si lo que me cuentas es así, como tú dices, definitivamente algo no está bien con él, aunque pudiera ser solo un hecho aislado. Pero nunca está de más precaver.

—¿Qué me aconsejas, amiga mía?

—¿Consejo? Obsérvalo y mantenme al tanto de todo lo que suceda con él y ya veremos en algunos días —contestó Victoria.

Sara acentuó con su cabeza y dijo:

—Cuando llegaste me dirigía al cuarto de cámaras para verificar las tomadas del portón principal. Quería saber si realmente José Gabriel recogió la correspondencia.

Se dirigieron al cuarto de cámaras y mientras caminaban, Victoria le preguntó por José Gabriel:

—Y él, ¿dónde está ahora?

—Desde hacen algunos días duerme mucho —contestó Sara mientras introducía la llave en la cerradura del cuarto de cámaras.

Por unos minutos observaron el contenido de las cámaras y para sorpresa de ellas, ahí estaba José Gabriel saliendo de entre unos arbustos para recoger la correspondencia. Adelantaron la cinta y día tras día se repetía el mismo patrón. Sara estaba muy desconcertada y confundida. Le dijo a Victoria:

—En este momento iré directamente donde está él y le preguntaré el por qué me ha estado mintiendo.

—Tómalo con calma, Sara.

Sara salió del cuarto a toda prisa, acelerando el paso por el largo pasillo que la llevaba hasta la puerta que da al patio. Cuando agarró la cerradura de la hermosa puerta de madera, Victoria logró tomarla de un brazo y con un susurro, pero con fuerza en sus palabras, le dijo:

—¿Qué haces? ¿Estás loca? Tómalo con calma; ya te lo dije: no sabemos qué está sucediendo con él, ni cómo lo afectará una confrontación de esa magnitud. Piensa por un segundo en lo que le dirás... ¿Y si te dice que no las recogió él, aunque las pruebas dicen que sí fue? ¿Y si no está mintiendo y simplemente no recuerda algunas cosas? ¿Qué vas a hacer? Eso lo pondría peor, no sabemos cómo reaccionaría. Ya me contaste que ha estado un tanto violento, lo que no es usual en él.

Sara se quedó paralizada mirando a su amiga, se llevó las manos al rostro y se arregló su pelo hacia atrás. Sus manos sudaban y se notaba descompuesta.

Victoria le habló muy calmadamente:

—Sara, si él está padeciendo de algún trastorno, es ahora cuando necesita de tu apoyo y ayuda.

—Tienes toda la razón, perdona mi comportamiento, es que es tan atípica su forma de

actuar...

Victoria la interrumpió:

—Sara, soy mujer igual que tú y sé que estás celosa, pero por favor, conoces a tu esposo, o ¿me equivoco?

—No te equivocas en nada de lo que dices; entonces ¿qué haremos? —preguntó Sara.

—Ya te dije, solo obsérvalo y mantenme al tanto, guarda las grabaciones de esos días y esperemos. Quizás, con lo que me puedas decir de su comportamiento, podamos sacar un diagnóstico sin que tenga que ir al consultorio, que, de hecho, se va a negar. Por lo que me has contado, estoy casi segura de que está en una depresión.

—Sí, pensé lo mismo.

Caminaron hasta la puerta y se despidieron, quedando sellado entre ellas el acuerdo al que llegaron.

Cayó la tarde. Sara fue en busca de su esposo, ya que acordaron que esa noche visitarían el teatro para disfrutar de una obra. José Gabriel (después de una siesta) estaba de pie merendando, pero no recordaba el compromiso que tenía esa noche.

—Perdona, mi amor, es que he estado un poco distraído en estos días —le dijo José Gabriel.

—Sí lo he notado, pero nada: prepárate que nos vamos a las siete. La obra comienza a las ocho —dijo Sara.

—Muy bien —dijo José Gabriel, dándole un beso y un abrazo. Así, mientras José Gabriel se preparaba, Sara se encargó de Esteban. En unos minutos estuvieron listos y partieron. La obra se presentaba en el teatro de la ciudad.

Al llegar, notaron la majestuosidad de aquel hermoso salón con sus grandes cortinas y unos amplios ventanales en lo alto. ¡Era impresionante! El pequeño Esteban estaba fascinado pues era su primera visita al teatro. No cesaba de mirar hacia todos lados.

La obra estuvo excelente y al terminar, una ovación de pie creó un estruendo de aplausos que llenaron el salón, mientras el reparto que intervino estimulando los más profundos sentimientos del público, hizo reverencia inclinándose frente a ellos.

Al salir del lugar, unos metros más adelante y por la misma calle, se encontraba una heladería comúnmente frecuentada por aquellos que salían del teatro en la noche.

El pequeño Esteban se percató del lugar y le pidió a su padre que lo llevara a comerse un helado. José Gabriel no pudo negarse. En familia, se acercaron a la heladería y compraron varios helados. Aunque el lugar se encontraba colmado de personas, por

suerte encontraron una mesita desocupada con tres sillas... Frente a donde ellos había una pequeña librería, que permanecía abierta hasta tarde en la noche, debido a que, en su interior, había un pequeño café donde servían aperitivos artesanales.

Mientras José Gabriel disfrutó de su helado y de una tranquila conversación con Sara, algo pasó de repente: José Gabriel se quedó petrificado, tieso, mirando fijamente la pequeña librería. Sara lo observó y le preguntó:

—¿Qué sucede, amor?

José Gabriel cambió la mirada y miró a Sara por un segundo. No se podía definir lo que reflejaba su mirada. De pronto, en segundos, volvió a mirar /hacia la librería. Su aspecto cambió aun más. Se levantó de la mesa de prisa, incluso se le derramó su helado y tropezó abruptamente con algunas personas, lo que les causó molestia a algunos presentes. Continuó hasta la entrada de la heladería mirando la librería, cruzó la calle y se aproximó hasta la vitrina de la librería. Miró a través del cristal. Había en ella siete filas de libros. Él miró como si buscara algo; parecía como si hubiera perdido algo de vista.

En ese momento Esteban le preguntó a Sara:

—Mami ¿qué le sucede a papi?

Sara lo miró y notó lo asustado que estaba por la abrupta reacción de José Gabriel.

—Tranquilo hijo, yo voy por papi, tú espera aquí y no te muevas. Me verás a través del cristal, ¿sí?

Esteban aceptó moviendo la cabeza de arriba abajo.

Sara cruzó la calle y se le acercó muy despacio a su esposo.

Él continuaba mirando y buscando. En un momento dado se dispuso a entrar en la librería, cuando Sara lo tomó de la mano y le dijo:

—José Gabriel, ¿qué pasa contigo? ¿Qué te sucede? ¿Qué buscas?

—Suéltame —le dijo José Gabriel como confundido y continuó con su intención de entrar.

—¡José! —exclamó Sara en un tono más intenso y a la vez, molesta debido a su conducta.

José Gabriel reaccionó y Sara no perdió la oportunidad: En voz baja, muy molesta, le dijo cerca del oído:

—Todas las personas nos miran...

Efectivamente, todos los que se encontraban en la heladería estaban de pie en la calle mirando a José Gabriel pegado al cristal, incluso el empleado de la librería lo miraba desde la puerta.

—Me avergüenzas, José Gabriel; dime, ¿qué sucede?

José Gabriel la miró fijamente y la agarró por los hombros.

—Sé que no vas a creer lo que te voy a decir, pero debes creerme.

—Ven conmigo, caminemos y así me cuentas —le dijo Sara.

Él permanecía sujetándola por sus hombros.

—¡Me estas lastimando! —dijo ella— Suéltame y caminemos.

José Gabriel la soltó. Al parecer no se dio cuenta de lo fuerte que la sujetó. Mientras caminaban, él le contó lo que sucedió:

—Cuando nos encontrábamos en la heladería miré hacia la librería y te juro que ¡ahí estaba yo, mirándome fijamente! Sara era yo, o por lo menos alguien que se parecía mucho a mí. Lo más increíble fue que estaba vestido con la misma ropa que llevaba papá al morir, ¡Sara era yo! ¡Me vi a mí mismo vestido con las ropas que llevaba el viejo al morir! Lo recuerdo muy bien, era la ropa que llevaba papá el día de su viaje...

Sus manos sudaban y temblaban. Miró a Sara y luego al suelo. Este patrón se repitió varias veces. Sara estaba confundida y asustada.

—Vamos, mi amor, vamos a casa —le dijo Sara.

Sara recogió a Esteban y se marcharon.

Al llegar al hogar, Sara acostó al niño, que ya dormía. José Gabriel la esperaba en la ducha, Sara entró con él y mientras le lavaba su espalda él miró cómo el agua y la espuma desaparecían por el desagüe.

—Sara, fue como si hubiera visto un fantasma entre los libros... —dijo él.

Esa noche Sara no pudo dormir pensando en lo que le ocurría a su esposo. Esperó con impaciencia la salida del sol para llamar a Victoria.

CAPÍTULO IV

UN VIAJE INESPERADO

Temprano en la mañana, Sara se comunicó con su amiga Victoria. Le comunicó lo que

ocurrió la noche anterior. Sara estaba seriamente preocupada por su esposo, así que Victoria le pidió que se vieran en su consultorio esa misma la tarde. Ella accedió de inmediato.

Sara fue a la habitación para encontrarse con José Gabriel. Lo encontró frente al espejo, preparándose para salir.

—¿Qué haces, mi amor? —le preguntó Sara.

—Tengo que salir de prisa, acabo de recibir una llamada de nuestras oficinas en Nueva York, pidiendo que me reporte para una junta referente a las nuevas oficinas en China.

—Pero, mi amor, estás de vacaciones, no entiendo por qué tienes que estar presente. ¿No tienes personas a cargo allá, en Nueva York? —preguntó Sara.

—Sí, y muy buenas personas, pero quien me llamó me explicó que era muy importante y requisito indispensable que yo estuviera presente; además, recuerda que son muchos los empleados y no siempre se conoce a todos.

José Gabriel se acercó a Sara y la abrazó como era característico en él y le susurró al oído con una sonrisa:

—Además, yo soy el jefe ¿o no?

—Sí, mi amor, lo eres; pero no te olvides que también eres el jefe de mi corazón —respondió Sara.

—No te preocupes, estaré aquí para el miércoles, solo serán dos días, a lo sumo tres.

Al terminar de arreglarse, José Gabriel hizo una llamada, se despidió de su esposa, y partió hacia el aeropuerto.

Mientras José Gabriel estaba por llegar a la sucursal de su empresa en Nueva York, Sara, como de costumbre, fue por la correspondencia. Se sentó en el balcón junto a Esteban para comenzar sus clases (el niño estudiaba en su casa), cuando recordó que semanalmente ella verificaba las cuentas bancarias.

Dejó a Esteban jugando y pidió a dos trabajadores que se encontraban haciendo labores de limpieza en el patio, que le echaran al niño un ojito de vez en cuando.

Sara entró en la red, abrió las páginas de sus bancos y entró en sus cuentas. ¡Qué sorpresa para ella! Retiraron de una de sus cuentas, dos días antes, la suma de veinticinco mil dólares. Sara no tenía conocimiento de aquel retiro, pues ni ella ni su esposo lo hicieron. Así que tomó el teléfono, llamó al banco de inmediato y pidió hablar con el Gerente.

—Sí, buenos días, le habla la Señora Sara de Valentino, lo estoy llamando referente a

un retiro de veinticinco mil dólares efectuado hace dos días en mi cuenta.

—Bien, ¿y en qué puedo ayudarla? —dijo el Gerente.

—¿Quisiera saber quién realizó ese retiro?

Después de hacer las preguntas correspondientes y certificar que Sara era la persona que decía ser, el Gerente preguntó:

—¿Señora Valentino, sigue usted ahí?

—Sí, claro, aquí estoy.

—Según nuestro sistema y el cajero de turno ese día, el Señor Valentino en persona realizó el retiro.

—¡Eso es imposible! Él estuvo los últimos días en la casa y no salió... —dijo Sara muy sorprendida.

—Señora Valentino, nosotros conocemos muy bien a su esposo y el cajero dice que él en persona realizó el retiro —repitió el Gerente.

—Si no es mucha molestia, ¿me podría comunicar con el cajero, por favor? —preguntó Sara.

—¡Claro que sí! De inmediato la comunico.

Efectivamente, le pasó el teléfono al cajero.

—Sí, diga.

—Hola, le habla la Señora Valentino, ¿está usted seguro que mi esposo fue quien realizó el retiro hace dos días?

—Muy seguro y sin temor a equivocarme. Lo recuerdo muy bien porque olvidó el número de cuenta. No importó porque ustedes dos no requieren señalarla; son los únicos que gozan de ese privilegio ya que los conocemos desde hace muchos años —explicó el cajero.

—Bueno, muy bien, gracias. Ha sido usted muy amable.

—Una cosa más, ¿notó algo extraño en él? —preguntó Sara.

—Bueno, ya que lo menciona y aunque no me pareció de importancia, noté que usaba guantes de tela y eso no es común en el Señor, o por lo menos, nunca lo vi antes en el banco utilizando guantes.

Sara estaba aun más perturbada y pensativa se preguntó: “No entiendo por qué José

Gabriel hizo ese retiro... ¿Para qué? ¿Por qué no me dijo nada?” —Otras preguntas inundaron su cabeza.

Mientras aquello ocurría, José Gabriel, que se suponía que llegaría a New York, llegó a Miami. Gran sorpresa recibieron Verónica y Augusto al verlo llegar. José Gabriel llegó de pronto, caminando de prisa, volteó su rostro hacia los empleados con gesto de molestia y fue directo a su elevador privado (solo para él y los altos ejecutivos) y entró a su oficina.

José Gabriel se sentó y se recostó, subiendo los pies y colocándolos sobre el escritorio. Lo acompañaba una extraña sonrisa maléfica, gesto muy extraño en él. Pero así estaba y así se mantuvo durante varias horas.

Ninguno de sus empleados se atrevió a molestarlo. Por la cara y la actitud que mostró al llegar, Verónica y Augusto estuvieron de acuerdo en continuar trabajando como si él no se encontrara en el edificio. Esperarían hasta que él requiriera de sus servicios.

Durante varias horas, solo se escucharon susurros y comentarios por el pasillo del piso de ejecutivos. No era para menos, la llegada del jefe causó gran extrañeza, sobre todo por su actitud. Todos se preguntaban: “¿Qué le sucede al Señor Valentino?”

Al caer la tarde, casi a la hora de salida, sonó el teléfono en la oficina de Verónica.

—Hola, Universal Health Family ejecutiva, Verónica habla.

—Hola, Verónica, soy yo ¿podrías venir a mi oficina? —era José Gabriel.

—Claro, ¡cómo no! —contestó Verónica.

De inmediato, subió a su oficina y al entrar, se encontró con José Gabriel sentado, con los pies sobre el escritorio. A Verónica le pareció muy extraña la posición de José Gabriel, quien de inmediato, portando extraños guantes que nunca le vio usar, le hizo una seña para que se acercara.

Verónica no pudo evitar la mirada que, por unos segundos, fijó directamente en los ojos de él. Fue una mirada que delató los sentimientos que desde hacía tanto tiempo mantenía ocultos. Esta vez, José Gabriel no le quitó la mirada de encima y la observó cuando caminó hasta acercarse al escritorio. Fue fácil que Verónica se diera cuenta que él la observaba con lujuria ya que él no lo disimuló. Eso provocó que la sencilla joven se pusiera muy nerviosa, hasta punto de que sus manos comenzaron a temblar. Al acercarse, José Gabriel bajó los pies y puso sus manos sobre el escritorio; se levantó lentamente, se inclinó hasta ella y le dijo:

—Verónica, necesito que esta noche se quede un tiempo más, para hacer unos trabajos importantes.

Verónica rápidamente respondió:

—Señor todo está en orden y ya le tengo su agenda preparada. Lo que faltaba por hacer estas últimas semanas me lo llevé a mi apartamento.

—Bueno, el caso es que quiero quedarme un poco más esta noche, meditar sobre varios asuntos que tengo que decidir y pensé que quizás tu tenías un trabajo pendiente por hacer y también te quedarías. Bueno, para serte sincero, necesito con quien hablar sobre los mencionados asuntos que tengo que resolver y por eso te pido que te quedes. Esta noche necesito compañía; ¿qué me dices?

José Gabriel se aproximó a su secretaria y le colocó su brazo alrededor de los hombros. Luego, se acercó a su oído y le susurró:

—Por favor, ¡no digas que no!

Verónica estaba anonadada por el comportamiento de su jefe, pero sus sentimientos la traicionaron y aunque sentía y sabía que aquello podía ser una proposición deshonesta, la ilusa se hizo sorda ante sus instintos. No quiso creerle a su sentido común, que le susurraba la verdad... y no se equivocaba. Ella le dijo:

—Sí, señor Valentino, muy bien, lo que usted diga.

Seguidamente ella se marchó de la oficina.

Al pasar por el pasillo, se encontró de frente con Augusto, quien muy interesado le dijo:

—Cuéntame, ¿por qué estuviste tanto tiempo en el palacio? (así le decían los empleados a la oficina de José Gabriel.)

—Me pidió que me quedara un poco más después de la hora de salida, para ayudarlo con algunos trabajos retrasados —le contó Verónica.

Continuaron conversando por el pasillo, mientras Verónica le siguió contando la conversación que tuvo con José Gabriel, sin mencionarle, por alguna razón, algunos detalles.

La hora de salida llegó y Verónica se despidió de su amigo Augusto. Tomó unos pocos sobres y papeles, fue por dos cafés y subió directamente a la oficina de José Gabriel. Allí, José Gabriel la esperaba y le dio las gracias por el café. De inmediato, Verónica se sentó en una silla que el mismo José Gabriel colocó a su lado y comenzó a trabajar. Él la observó a la vez que hacía garabatos sobre un papel. Unos 45 minutos después, Verónica terminó su trabajo pendiente y fue cuando José Gabriel comenzó una jocosa conversación con ella. Mientras reían, José Gabriel, de pronto, se quedó callado seriamente, observando a Verónica.

—¿Qué le sucede, señor? —preguntó Verónica.

—Nada, es que estoy sumamente sorprendido.

—¿Sorprendido?

—Sí, sumamente sorprendido, porque nunca me había fijado en lo hermosa que eres
—dijo José Gabriel.

Verónica se sonrojó y bajó la cabeza. Entonces, José Gabriel se acercó a ella y tomándola delicadamente por la mandíbula con una mano, hizo que lo mirara y, con la otra mano, le quitó los espejuelos. Sus hermosos ojos azules brillaban como el claro cielo azul al amanecer. Ella estaba sonrojada, tímida y callada, pero cuanto más se acercaba él, su respiración se aceleraba a la par de su corazón. Él se acercó aun más y plantó en sus labios un sutil beso.

Pareciera que el tiempo se detuvo por un instante. Ella intentó luchar, pero sin fuerzas, sus sentimientos hacia él estaban a punto de traicionarla.

José Gabriel sonrió, la tomó entre sus brazos y volvió a besarla. Verónica luchó, pero sin éxito. Finalmente quedó rendida entre sus brazos.

Ella deslizó sus brazos lentamente en su espalda y respondió el beso con pasión. Entrelazados dejaron de ser dos para ser uno... José Gabriel se movió como si fuera un pincel, entre su cuello y su pecho, besándola como si fuera un depredador oliendo su presa... Respiraba sobre su piel...

Sin tener ninguna delicadeza él le quitó la ropa; sus manos acariciaron sus muslos y con fuerza la volteó para besar su espalda y cintura. Verónica no pudo resistir, ni evitar demostrar placer cuando la colocaron sobre el escritorio, mientras José Gabriel con una mano desplazó algunos retratos de Sara y Esteban, tirándolos al suelo como si fueran plumas. Él la agarró y la volteó de nuevo, quedando frente a frente; ella, entre sus piernas, para así comenzar el acto de mayor placer entre ambos, quedando muslo con muslo, piel con piel, mientras ella dio signos de placer, al quejarse, cuando sintió a José Gabriel dentro de ella, sacudiéndola con fuerza. Al paso del tiempo, él cayó rendido entre sus piernas. Ella estaba igualmente cansada y ambos llenos de sudor se dieron las últimas caricias y besos. Así dieron por terminado uno de los actos más hermosos de la creación. Él se levantó y tranquilamente se puso su ropa. Ella, por unos minutos se mantuvo callada, mientras se llevaba las manos a la cabeza, pensando: “¿Qué hice?” Levantó su cabeza, miró fijamente a José Gabriel y le preguntó:

—Y, después de esto, ¿qué?

José Gabriel la miró con una sonrisa sarcástica, caminó alrededor de ella (mientras Verónica lo siguió con la mirada), y él sin mirarla le dijo:

—Después de esto ¿qué...? Te diré qué: Sales por esa puerta pensando en lo bien que la pasaste, regresas a tus labores cotidianas y mañana esto será como si nunca hubiera ocurrido.

Verónica no podía creer lo que escuchó, se encontraba al borde de un ataque de

nervios. Sus ojos se cristalizaron al punto de que, casi sin parpadear, brotaban de sus ojos las más amargas lágrimas que una mujer ofendida podía derramar. Y ella tenía gran culpa porque cedió a la tentación. Jamás en su vida se sintió tan mal. Se levantó de la silla donde se encontraba sentada, recogió sus papeles y documentos, y temblorosa se paró frente a él y le dijo:

—Nunca pensé que fueras esa calaña de hombre; tanta distinción y respeto ante los demás... ¿Quién lo diría...? ¡Eres una basura...!

En ese instante se le acercó y lo abofeteó.

José Gabriel volteó la cara por el golpe, pero rápidamente la tomó del brazo, la llevó a la puerta y la echó bruscamente hacia afuera, gritándole:

—¿Y tú, qué? ¿Qué clase de mujer se acuesta con su jefe y, además, conociendo que es casado? ¡No me vengas con palabrerías vanas, porque tú no eres mejor que yo! Por lo menos, agradece que quizá esto te dé un aumento en tu salario.

Rápidamente José Gabriel cerró la puerta mientras Verónica corrió despavorida por el pasillo, envuelta en llanto y dolor.

José Gabriel parecía otra persona, se sentó en la silla que estaba detrás de su escritorio y regresó a su postura anterior: colocó los pies sobre el escritorio y pensó: “Todo está saliendo a la perfección...”

Esa misma noche Sara se encontraba en su casa acostada mirando el techo, sin poder conciliar el sueño. Debido a lo preocupada que se encontraba por su esposo, decidió llamarlo.

—Hola —contesto él.

—Hola, amor. Te llamo para saber cómo estás.

—Estoy muy bien, pero ya que me llamas te aclaro que hubo algunos problemas con los permisos correspondientes a las oficinas en China, nada serio, pero nos atrasará algunas semanas. Sabes, el tiempo es dinero, así que me fui para Miami a otra junta. Espero estar esta noche allá.

—Bueno, amor, ¿cuándo regresas? Te extraño mucho y, además, rompiste tus vacaciones antes de tiempo.

—Espero verte en un día más y no te preocupes, tomaré los días necesarios para estar contigo y con Esteban —le contestó él.

—Por mí está bien, te espero con ansias.

Sara calló por unos segundos. Pensó en cuestionarlo por el retiro del dinero, del cual

ella no tuvo conocimiento, pero sospechando que algo no andaba bien con él, decidió esperar a que estuviera en la casa para tocar el tema. Prefirió preguntarle por el suceso de la librería, para escuchar cuál era su explicación.

—Hola, hola —se escuchó a José Gabriel con un tono insistente, debido al silencio de su esposa.

—Sí, mi amor, estoy aquí. Es que quería preguntarte ¿te has sentido bien después del suceso en la librería? No has vuelto a tocar el tema.

—Bueno, sí, de maravilla, pero amor, otro día hablamos de ese tema. Te dejo, ya salgo, descansa.

Su respuesta le pareció a Sara muy genérica, como un escape para evitar hablar del suceso. A pesar de que ya era entrada la noche, ella decidió llamar a su amiga Victoria, quien sin reproches la atendió y escuchó. Hablaron por algunos minutos y Sara le hizo saber del suceso del retiro de dinero, lo cual a Victoria le pareció muy interesante; pero no suficiente para juzgar a José Gabriel.

La manera de pensar de Victoria cambió muy pronto, pues las cosas no siempre son lo que aparentan ser, y cuando nos confiamos demasiado en una apariencia, podemos descubrir que la vida está llena de sorpresas y, a veces, solo a veces, suelen ser muy desagradables.

CAPÍTULO V

DOLOROSO REENCUENTRO

Al amanecer, José Gabriel llegó a las oficinas en Miami y, como de costumbre, pasó por los pasillos, saludó a algunos empleados y de inmediato, entró a su oficina; se sirvió un café y se sentó detrás de su escritorio.

De pronto, se quedó mirando extrañado el escritorio y comenzó a cambiar de lugar los retratos de su familia, que lo decoraban. Se encontraban en desorden. Tomó el teléfono y trató de comunicarse con Verónica, pero no la consiguió. No había llegado aún. Al no poder comunicarse con ella, llamó a Augusto, quien le informó que ella no se había presentado a trabajar. Augusto sabiendo que ella se había quedado la noche anterior con él en la oficina, la llamó. El teléfono sonó cuatro veces y ella por fin contestó.

—Hola —se escuchó al otro lado de la línea. Era Verónica que se escuchaba apesadumbrada.

—Hola, Verónica soy yo, Augusto, ¿todo está bien? —preguntó él.

—Sí, todo está bien.

—¿Cómo que todo está bien?, No has llegado a la oficina y ya son casi las ocho.

—Perdóname, Augusto, pero en estos momentos no quiero hablar con nadie ni me voy a reportar a la oficina.

—Pero, es que el Señor Valentino ha estado preguntando por ti y convocó a una junta de emergencia con los directivos.

Verónica permaneció callada al otro lado de la línea, pero se escuchó un sollozo.

—Verónica ¿qué sucede? Dime ¿qué sucedió anoche? Me parece que te sucede algo; anoche, antes de subir a la oficina del Señor Valentino, estabas muy bien... En ese momento: ¡pun, cran...! se escuchó. Verónica colgó el teléfono y dejó a Augusto con la palabra en la boca.

Augusto miró el teléfono e insistió en verificar si Verónica aun se encontraba en la línea. “¿Qué habrá pasado anoche? —pensó él—. Estoy seguro de que algo sucedió...”

No le quedó otra alternativa que explicarle al Señor Valentino que ella estaba indispuesta. A las nueve de la mañana empezó la junta sin Verónica, quien, aunque era la secretaria del Señor Valentino, además, era su mano derecha. Durante la junta se tocaron varios puntos y se tomaron algunas decisiones importantes. Pasaron varias horas de diálogos y discusiones, cuando de pronto, la puerta principal fue abierta abruptamente. Todos los ojos se fijaron en la persona que se encontraba parada en aquella puerta, mientras José Gabriel sorprendido (a tal magnitud que no se puede describir su rostro), fijó su mirada sobre la recién llegada. Era Verónica. Sus manos temblorosas, su rostro bañado de lágrimas y su mal arreglo personal, denotaban su estado de ánimo. Casi se podía escuchar el crujir de sus dientes al llorar, mientras miraba fijamente a José Gabriel.

Se escucharon los murmullos de los empleados al comentar entre ellos. Verónica no era desconocida. Augusto se levantó de su silla y apresuradamente se acercó a Verónica, la tomó de la mano y halándola (ella no quería moverse), la sacó al pasillo, cerró la puerta detrás de él y la miró fijamente con compasión.

—¿Qué sucede contigo? ¿Qué te ocurre? —Verónica lo miró fijamente, y con esa expresión de estar atravesando un gran dolor; cubierta de lágrimas, gimiendo, pero con un fuerte tono de voz, le dijo: —Ese hombre que está de pie en ese salón no es digno de que se le llame “hombre”, ¡es un bastardo!

Augusto se sorprendió con la declaración de Verónica. En ese momento José Gabriel salió al pasillo a verificar qué pasaba y al ver el estado en que se encontraba Verónica, intentó acercarse a ella. Verónica no se lo permitió.

—¡No te acerques a mí! —le gritó.

—Pero, ¿qué sucede contigo? —le preguntó José Gabriel

—¿Cómo te atreves a preguntar tal cosa? ¿No tienes sentimientos?, ¿No te da vergüenza? Acaso no ves el dolor que estoy sintiendo... Ya no tengo nada qué hablar contigo; toma aquí tienes mi renuncia...

Mientras eso sucedió, Augusto no podía creer lo que estaba viendo y escuchando.

—No acepto tu renuncia, no puedo. No tengo la menor idea de lo que hablas —le dijo José Gabriel conmocionado.

Ella entonces sonrió, pero con desprecio, le dio la espalda y tiró detrás de ella el sobre con la carta de renuncia. José Gabriel trató de acercarse a ella, pero Augusto intervino y lo detuvo y le dijo:

—Señor, permítame ir y hablar con ella.

—¡Sí! Ve por ella y trata de averiguar lo que le ocurre.

De inmediato, Augusto corrió tras ella y al alcanzarla, en el estacionamiento, abrió la puerta del pasajero del vehículo y se sentó.

—¿Qué haces? —le preguntó Verónica.

—Tratando de encontrar la manera de ayudar a mi mejor amiga —contestó Augusto.

Verónica lo miró y su semblante cambió; se tranquilizó un poco (definitivamente las palabras de Augusto hicieron efecto en ella). Con un suspiro, Verónica comenzó a narrar lo acontecido la noche anterior. Augusto no salía de su asombro al escucharla. Después de unos treinta minutos, Augusto le preguntó:

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿La verdad? No lo sé; me daré un espacio y supongo que comenzaré a buscar un nuevo empleo.

Augusto se despidió de ella y regresó a la junta que, al parecer, acababa de terminar. José Gabriel le pidió a Augusto que almorzaran en su oficina, para así dialogar referente a lo sucedido con Verónica. José Gabriel parecía en serio no recordar nada, o por lo menos, eso aparentaba...

Durante el almuerzo, Augusto le contó lo que Verónica le dijo, sobre lo acontecido la noche anterior. Debido a la amistad que había entre ellos (más allá de una relación de patrono y empleado), no era difícil que Augusto se abriera con su jefe y amigo. De esta manera tuvo la oportunidad de escuchar la versión de los hechos por parte de José Gabriel. Gran sorpresa se llevó cuando él le dijo:

—Me sorprende lo que ella te dijo, realmente me sorprende. Anoche no estuve aquí, en este edificio. Me quedé en un hotel, acababa de llegar de Nueva York...

Augusto lo miró asombrado ante lo que le dijo su jefe. Le explicó de inmediato:

—Señor, le tengo gran estima y aprecio, pero usted estuvo anoche aquí, yo lo vi y no solo lo vi yo, la gran mayoría de los empleados lo vieron llegar. Inclusive Verónica me comunicó el hecho de que usted le pidió que se quedara después del turno para realizar algunos trabajos.

—Lo que estás diciendo es imposible —respondió José Gabriel con tono enfático. Se levantó de su asiento muy molesto. —Sígueme —le dijo.

Augusto se levantó de inmediato y fue detrás de él. José Gabriel caminó apresurado, entró en el elevador y bajó varios pisos, para presentarse donde laboraba la mayoría de los empleados; un área llena de escritorios, divididos en cubículos. Los teléfonos sonaban muy a menudo y se escuchaba el sonido que hacían las impresoras al imprimir documentos, como también las voces de quienes hablaban de temas laborales. Muchas personas lo hacían al mismo tiempo.

En el momento en que los empleados se dieron cuenta de que el mandamás caminaba entre ellos, todos callaron y depositaron su mirada en quien los mantenía laborando y pagando sus salarios. José Gabriel caminó en medio de todos, se detuvo, dio tres palmadas y dijo:

—Atención todos por favor, gracias por su trabajo y por hacer de esta compañía la mejor en los últimos tres años, en calidad y servicio. Vamos, dense un aplauso —todos se miraron unos a otros, como quien piensa: ¡qué rayos sucede!

—¿Qué hacen? Vamos, no los oigo —enfaticó José Gabriel y de pronto, un mar de personas comenzó un estruendoso sonido de aplausos: hasta algunos silbaron tan alto como pudieron. El festejo se extendió por unos minutos y cuando todo se calmó, José Gabriel se dirigió a ellos formalmente.

—Quisiera hacerles una pregunta, para así darle un desenlace a una conversación que tuve con un amigo hace unos minutos —dijo mientras miraba a Augusto— ¿Quiénes de ustedes me vieron llegar ayer a estas oficinas? —José Gabriel parecía muy seguro, pero gran sorpresa se llevó cuando la mayoría de los empleados levantaron sus manos.

Se pudo notar el desconcierto en sus ojos, mientras miró a su amigo hacer un gesto, como quien dice: “¡Se lo dije!”.

—Es todo —dijo José Gabriel y regresó a su oficina acompañado de Augusto. Se sentó, se reclinó en su cómoda y gran silla de escritorio, y mirando a Augusto le dijo:

—Que tú te equivocaras amigo mío, o que Verónica estuviera loca e inventara tal falsedad, no lo puse en duda. Pero ahora que la mayoría de los empleados confirmó que estuve aquí ayer, no lo puedo pasar por alto. Te digo, en estas últimas semanas algo raro ha pasado conmigo, no tengo la certeza de lo que es, pero creo que tengo un

problema y tengo que buscar ayuda.

—¿Qué tipo de problema crees tener, amigo? —preguntó Augusto.

—La verdad es me da hasta miedo pensar en eso. Te digo lo que haremos: Desde este momento estás a cargo de todo; resolveré lo que sea que está sucediendo conmigo — se le notó en sus facciones lo preocupado y confundido que estaba.

—Estarás a cargo de la compañía —le repitió a Augusto— y me tendrás al tanto de todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Augusto.

José Gabriel se acercó a su amigo y casi como una súplica le dijo:

—Presta atención: no sé qué tendrás que hacer, pero busca la forma de que Verónica vuelva a esta compañía; si se nos escapa, estaremos perdiendo un gran recurso, amigo mío. Y por favor, que me perdone por lo que sea que sucedió entre nosotros.

—Así lo haré —dijo Augusto.

José Gabriel recogió algunas pertenencias y se marchó. Esa misma noche, llamó a su esposa y le dio la noticia de que regresaría a su casa. Tuvo una conversación con ella sobre lo sucedido, sin entrar en muchos detalles.

Debido a los sucesos de los últimos días y la preocupación de Sara por su esposo, esta vez no tuvo confianza en lo que José Gabriel le contó y le explicó. Sara insistió en seguir cuestionándolo, pero José Gabriel no respondía con claridad, así que, siendo ella una mujer inteligente, supuso que él le mintió en algún momento durante la conversación. Sin embargo, trató de que él no lo notara y continuó hablando como si todo estuviera bien a pesar de que su corazón palpitaba a toda prisa por los pensamientos que invadían su mente.

—Mi amor, he estado muy preocupada por ti; por lo de las cartas, el suceso en la librería, lo que me acabas de decir y eso que aun no sabes lo del retiro...

—¿Qué retiro, Sara?

—Mi amor, hace algunas semanas se realizó un retiro de una de nuestras cuentas bancarias, por la cantidad de veinticinco mil dólares...

—Pero, ¿quién lo hizo? ¿De qué estás hablando, Sara? ¿Cómo sucedió eso? ¡Yo no retiré esa cantidad de dinero —enfaticó él!

Sara, para no perturbar aun más a su esposo, no le explicó que él, personalmente, hizo ese retiro. La negativa de su esposo le confirmó que algo andaba mal en él.

—No te preocupes, mi amor, ya pedí la investigación y todo estará bien —le dijo Sara—

Tú, tranquilo... Regresa a casa, aquí te espero.

Ella actuó con mucha prudencia. Muchas veces en la vida hay que actuar de esa manera, por el bien de quien se ama.

CAPÍTULO VI

UNA LARGA NOCHE

Al llegar el día siguiente, José llegó a su casa en la mañana. Sara lo esperó como de costumbre. La noche anterior, luego de haber hablado con él, ella llamó a Victoria y le comentó sobre la conversación con su esposo y le dijo que él no recordaba lo del retiro del dinero.

Victoria le dijo que quería ver personalmente a José Gabriel, así que ahora Sara trataría de convencerlo de visitar un psiquiatra. En su caso, ¿quién mejor que Victoria?

Ese día transcurrió normalmente. Esa noche, luego de acostar al niño, ambos fueron a su recámara. Sara buscó todo el día el momento propicio para conversar con él y pedirle que visitara a un psiquiatra. El momento había llegado.

—Mi amor, debemos hablar. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos anoche por teléfono? —preguntó Sara.

—Sí, Sara, la recuerdo.

—Es que, debido a lo que te ha estado pasando y sabes a lo que me refiero, me parece que deberías visitar a un médico, a un psiquiatra.

—Era lo único que me faltaba. ¡Ahora mi esposa piensa que estoy loco! —comentó José Gabriel mientras la miraba sonreído.

Sara se molestó. Se acercó a él, con el ceño fruncido y con un tono fuerte de voz y muy segura de sus palabras, lo confrontó:

—Yo te amo, pero lo que te estoy diciendo es muy serio: ¡No has estado bien y lo sabes!

—Solo es estrés... —repuso él sin tomar muy en serio las palabras de su esposa.

—¡Te repito que no estás bien! —enfaticó ella.

Él permaneció indiferente.

Ella continuó:

—Has hecho cosas y estado en lugares y no lo recuerdas... ¿Qué esperas? ¿Empeorar? Solo Dios sabe qué otra cosa puedas hacer. ¡Reconócelo! Cuando estás conmigo en el hogar eres el mismo hombre que conocí: cariñoso, afable, un hombre sosegado, ecuánime y de gran corazón. Pero, al parecer, cambias cuando no estás en la casa... El gerente del banco está seguro de que tú realizaste el retiro del dinero del banco y no solo él lo reconoce, sino también el cajero. Esa gente nos conoce; ¿desde hace cuánto tiempo? José Gabriel, tus padres fueron clientes del banco, te vieron crecer. Ellos me comentaron que fuiste tú quien personalmente se presentó... Ellos te vieron, José Gabriel, pero también dijeron que en ocasiones parecías otra persona y que usabas unos guantes de tela... ¿Qué es eso? Nunca usaste guantes. Estoy preocupada por ti... ¿Me entiendes?

José Gabriel estaba paralizado y por unos segundos no pronunció palabra alguna. De pronto, algunas lágrimas salieron de sus ojos, se sentó sobre la cama, permaneció unos segundos cabizbajo y se llevó las manos a su cabeza como acariciando su cabello. Le contestó:

—Sabes, yo también te amo ¡eres la luz de mis ojos!, no solo tú, sino también nuestro hijo. Sabes muy bien qué clase de hombre soy y siempre debes recordarlo. ¡Es muy importante! Sí, creo que he hecho cosas de las que no me acuerdo y he pensado en todo lo que me dices. Ahora lo del banco me preocupa más, pero no es sencillo, no lo es...

Se levantó de la cama, miró a su esposa con compasión, se puso sus sandalias y caminó hasta la puerta.

—Voy a salir a caminar y a pensar en lo que me dijiste de visitar a un psiquiatra —le dijo José Gabriel con una corta sonrisa en sus labios a manera de resignación.

Salió de la habitación y se dispuso a ir al patio, un espacio muy grande, con jardines bien arreglados, una piscina no tan pequeña, árboles con columpios en ellos y una pequeña casa de herramientas a unos cincuenta metros de la casa, con un hermoso labrador amarrado junto a ella. Era tarde, casi media noche y había poco alumbrado en las áreas más lejanas de la casa, precisamente, por donde José Gabriel decidió caminar.

La noche estaba serena. Una fresca y agradable brisa podía sentirse. José Gabriel cerró los ojos por un momento y levantó su rostro hacia el cielo, para así sentir la caricia de la brisa en su rostro.

Su acción le provocó una gran sensación de confort, su rostro apuntó directamente al inmenso cielo. De pronto, abrió sus ojos, pero la noche no le tenía preparado un gran espectáculo; apenas había estrellas y hasta la luna le negó su resplandor al no estar presente... Él se conformó con la agradable caricia del viento y su susurro entre los árboles.

De pronto, el labrador que se encontraba amarrado cerca de la casa de herramientas, comenzó a ladrar eufórico. A José Gabriel le pareció extraño, por la forma tan desesperada que ladraba el canino. Pensó que podría estar presente un gato o cualquier otro animal. Se acercó para ver cuál era la razón de su euforia, cuando inesperadamente vio cruzar a alguien por entre los árboles. Se quedó quieto por unos segundos, pensó que era el reflejo de alguna rama o de cualquier otra cosa. Fuera lo que fuera seguía moviéndose y su aspecto era el mismo: la figura de una persona. Parecía que alguien se escondía entre los arbustos. Él sintió algo de temor, pero la duda le infundió valor. Caminó muy despacio hasta que, “supuestamente” vio a una persona caminar. Ahí, entre la oscuridad y los árboles, apreció con más claridad lo que parecía ser una persona parada detrás de uno de los árboles. Él tuvo el presentimiento de que alguien lo observaba y preguntó:

—¿Quién está ahí?

En respuesta, se escuchó un silbido que entonó una melodía. José Gabriel la recordó de inmediato: era la tonada de una de las sinfonías de Beethoven, que su padre entonaba en sus momentos de ocio, cuando se reclinaba en un viejo mueble, en su balcón.

—Papá ¿eres tú?, no, no puede ser posible, ¿quién anda ahí? —La melodía lo perturbó demasiado; el silbido continuó sin parar.

José Gabriel sintió temor, su piel se le puso “como de gallina”, pero aun así se acercó más al sitio de donde partía el silbido. Mientras más se acercaba más se intensificó el silbido. “¡Ahora sí enloquecí...!” —pensó.

Su curiosidad fue tan grande que no pensó con cordura. Estaba descompuesto y continuaba preguntándose si era su padre el que estaba allí. Se repetía una y otra vez la misma pregunta y en algunos momentos sintió la impresión de que nada de lo que sucedía era ser real...

—No puede ser... —movió su cabeza de lado a lado en señal de negativa, mientras continuaba caminando hacia el árbol.

Cuando se acercó lo suficiente para observar con claridad quién o qué se encontraba en aquel lugar: ¡Pum...! Se escuchó un fuerte sonido de algo que golpeó su cabeza. José Gabriel se desplomó precipitadamente.

Sara estaba despierta, miraba por la ventana a su esposo, pero lo perdió de vista unos minutos antes. Sara se acercó a la puerta sin abrirla: era de cristal, miró hacia afuera tratando de localizar a José Gabriel. Mientras ella intentaba encontrarlo, la electricidad se cortó de repente. Alguien o algo había cortado el servicio eléctrico de la casa. De inmediato, una planta de emergencias se encendió para mantener funcionando los artefactos eléctricos de primera necesidad. La casa se mantuvo prácticamente en tinieblas, salvo algunas luces de emergencia que iluminaban los pasillos. Sara

rápidamente encendió una alarma que tenía la casa instalada en puertas y ventanas, que operaba por una batería externa. Enseguida fue a la habitación contigua para buscar a Esteban, cerró la puerta, tomó al niño en sus brazos, se acercó a la ventana y llamó a su esposo. Él no respondió.

Luego de unos minutos, Sara, presa del pánico, escuchó unos pasos dentro de la casa y entró en desesperación. “¡Dios mío, hay alguien en la casa!” —pensó. Continuó llamando a José Gabriel, cada vez más fuerte.

—José Gabriel, ¿eres tú, mi amor? —logró en llamarlo en su desespero.

El silencio contestó con su peculiar vacío, mientras los pasos hicieron eco llevados por el viento a cada rincón de aquella casa oscura.

—Contesta, ¡por favor, dime que eres tú! —insistió Sara, pero no hubo respuesta. Mientras los minutos se hicieron eternos, el pánico la abrazó más y más.

El ritmo de los pasos se aceleró hasta llegar a la escalera y, lentamente, escalón por escalón, se escuchó el terrorífico sonido de los pies golpeando cada peldaño. La madera se enseñoreó del tiempo con su singular sonido. Sara comenzó a llorar y a gritar:

—¡Mi amor! ¿Eres tú? ¡Maldición, dime que eres tú!

Ella estaba presa del pánico, pero fijó sus ojos en Esteban, quien, aferrado a su cintura, lloraba desconsolado por el miedo que sentía. “¡Por Dios! Hay alguien en la casa y entró antes de que conectara la alarma.” —pensó ella a la vez que se escuchó una melodía en un tono muy bajo. Era su teléfono que sonaba en su habitación.

“¡Mi teléfono...! ¿Dónde está mi teléfono?” —pensó ella sin recordar que lo había dejado en su cuarto. El sonido de los pasos se escuchaba al subir la escalera. Fue entonces cuando alguien abrió la puerta de la casa y una voz preguntó:

—¿Qué pasó aquí, por qué todo está tan oscuro? —era José Gabriel que se encontraba en la entrada, con la cara bañada en sangre y sin camisa, desconcertado y aturdido.

Sara, al escuchar su voz, de inmediato abrió la puerta. José Gabriel preguntó:

—Sara, ¿eres tú? —Él sintió que alguien, corriendo, pasó por su lado y salió por la puerta.

Sara se encontraba arriba; todo era muy confuso. Ella caminó hacia el pasillo y al observar que era su esposo el que estaba en el piso de abajo, corrió de prisa hacia él. Bajó las escaleras con su hijo cargado, pero al llegar hasta donde él se encontraba, notó su condición y se quedó paralizada. Guardando distancia, le preguntó:

—Y a ti ¿qué te ocurrió?

Sin perder tiempo, Sara activó la alarma. La policía llegó rápidamente al lugar. Los biombos dejaron pasar su color azul por entre los cristales de la casa, creando la sensación de estar en alguna discoteca o algo parecido. Esteban no cesaba de mirar las paredes que, por segundos, se teñían de azul. Al entrar, el oficial les explicó que cuando la alarma se activó, el personal encargado de monitorear las alarmas trató de comunicarse con ellos, pero al no recibir respuesta decidieron trasladarse al sitio. José Gabriel se sentó aturdido, Sara fue por unas gasas para curarle las heridas.

Los oficiales, por su parte, se comunicaron con los paramédicos debido a que, al parecer, José Gabriel necesitaba sutura. Una vez llegaron los paramédicos, le dieron las atenciones necesarias y le recomendaron visitar a un hospital. Él no accedió. Luego comenzó el interrogatorio.

Tanto José Gabriel como Sara narraron todos los hechos acontecidos esa noche. Se tomaron las notas necesarias y se hicieron las preguntas pertinentes. José Gabriel llevó al personal de investigación al área donde, según él, le dieron un golpe en la frente.

Al llegar, el oficial a cargo decidió cumplir con una ronda preventiva por el patio exterior, para buscar de evidencias que pudieran, de alguna manera, corroborar el relato de la pareja. Al llegar al área donde José Gabriel, supuestamente recibió el golpe, encontraron una pala en la falda del árbol, junto a unas raíces que brotaban de la tierra. La pala se encontraba manchada con sangre, y procedieron a tomar muestras. El oficial a cargo de la investigación, observó la pala y el área donde ocurrieron los hechos. Luego de observar por unos minutos, le dijo:

—Señor, al parecer usted se tropezó aquí con alguna de estas raíces y al caer se golpeó en la cabeza con esta pala, me parece que eso fue lo que ocurrió.

José Gabriel, molesto, le dijo:

—¿No le parece muy apresurada su conclusión? Me parece poco profesional de su parte.

El detective lo miró muy serio. Mientras José Gabriel insistió en que eso no fue lo que sucedió. Sara reforzó sus palabras al explicar que un extraño entró en su casa esa noche.

Ante la presión de ambos, el detective de la policía decidió tomar el caso y comenzar una investigación más exhaustiva.

—Bueno, tengan mi tarjeta, soy el detective William Vernant, comenzaremos de inmediato con la investigación, ya se tomaron muestras de sangre de la pala encontrada en el patio; además, levantaremos evidencias en la casa: cabellos, huellas dactilares en las cerraduras y ventanas y, si es posible, nos gustaría ver los videos grabados por las cámaras, claro está, si es posible ya que no hay servicio eléctrico en

la casa.

José Gabriel accedió de inmediato y mientras caminaron hasta el pequeño cuarto donde se encontraban los monitores, explicó que al igual que el sistema de alarma, las cámaras tenían una batería externa que funcionaba hasta por ocho horas después de que el servicio eléctrico era interrumpido, que además, había cámaras en diferentes partes de la casa, pero que solo había vigilancia a los alrededores de la vivienda y no en las áreas internas de los patios.

La declaración le causó curiosidad en el detective y preguntó: ¿Por qué tomó esa decisión?

—¿Qué decisión?

—No colocó cámaras en el patio exterior ni en el área de la casa de herramientas.

—Me pareció innecesario poner cámaras en el patio porque es muy grande, parece una finca; además, este vecindario es muy tranquilo —contestó José Gabriel.

—Entiendo —afirmó el detective.

Sara se sentó en una de las sillas y José Gabriel a su lado, mientras tanto, el detective permaneció de pie. Comenzaron de esa manera a verificar los videos de las últimas tres horas. Eso duró alrededor de una hora. Lo que encontraron fue extraño y a su vez, aterrador.

Se pudo ver a José Gabriel saliendo de la casa; luego, entrando en ella sin camisa. Lo extraño fue que ¡parecía ser otra persona! Salió nuevamente y pasados algunos minutos, volvió a aparecer en otra toma con la pala en sus manos, miró hacia la cámara, tomó lo que parecía ser un cubo de agua y lo derramó sobre unos receptáculos que se encontraban en la pared. De inmediato se notaron chispas saliendo del muro y la electricidad se interrumpió por unos segundos. A continuación, tomó la pala y rompió la cámara.

La cámara ubicada enfrente mostró, unos minutos después, a José Gabriel rompiendo la cámara frontal con la misma pala. La cámara interna de la casa lo captó al entrar y aunque no había mucha visibilidad, parecía que el individuo que veían era él. Se observó, además, cómo subía las escaleras lentamente, de pronto, se detuvo y bajó por la misma escalera deteniéndose frente a la puerta. Luego, volvió a entrar. Fue cuando se encontró con Sara (en la cámara que capta el pasillo) que salió del piso de arriba. Todo era muy confuso y la escasa luz no ayudó mucho. En el cuarto imperó el silencio hasta que José Gabriel rompió con él. Dijo:

—No entiendo lo que estoy viendo. Les puedo asegurar ¡que ese sujeto no soy yo! Cuando salí, alguien me golpeó y me desmayé. Cuando volví en sí, estaba sin camisa y con la cara ensangrentada —explicó muy preocupado.

Sara lo miró anonadada, no podía creer lo que sus oídos escucharon.

—¿Cómo que no eres tú? ¿No lo acabas de ver con tus propios ojos? Sin dudas que eres tú, estás peor de lo que pensé. ¡Si mañana a primera hora no vas a visitar a Victoria, me iré de la casa y Esteban se irá conmigo! ¡Yo no puedo vivir así! —Sara comenzó a llorar, José Gabriel trató de acercarse a ella para consolarla, pero ella no se lo permitió.

—Calmémonos, por favor —dijo el detective, mientras Sara salió del cuarto.

En esos momentos, José Gabriel le dijo al detective:

—Señor, estoy consciente de lo que vimos en esas pantallas, pero créame, no sé lo que pasa, pero, le repito, ese sujeto no soy yo. Le pido, por favor, que continúe con la investigación y me comunique lo que descubra, no importa lo que sea.

—Créame que así lo haré. Ahora le doy un consejo: Haga lo que su esposa dice, sea lo que fuere que ella quiera. No conozco a la doctora que ella quiere que visite, pero hágalo; usted tiene aquí algo muy hermoso y no puede perderlo.

Aquellas palabras dejaron pensativo a José Gabriel. El detective se marchó. Mientras se marchaba, conversó con su compañero sobre lo sucedido en el cuarto de monitores y le dijo:

—Santana, lo que vi es de locos y a mi parecer que el Señor Valentino no está bien de la cabeza.

—Si usted notó que él no está bien, ¿por qué dejó que la señora permaneciera en la casa y no optó por sacarla de ahí? —preguntó Santana.

En ese momento William se detuvo. Expresó duda en su mirada. Se llevó la mano derecha a la barbilla y dijo:

—No sé, algo me dice que el Señor no miente del todo... Está tan seguro de que él no es quien aparece en el video... Y te digo que por momentos parece que fuera otra persona... No sé, algo muy extraño sucede... ¿Y si realmente no está loco? ¿Y si existe una explicación razonable para lo que sucedió que no sea su demencia? Santana, estoy seguro que ella no hubiera accedido, lo noté en su mirada, ama demasiado a ese hombre, aunque se veía asustada.

Continuaron caminando y conversando sobre el caso.

Esa noche José Gabriel durmió solo en la habitación para huéspedes. Sara se lo pidió. Fue entonces cuando él entendió que aquel asunto era peor de lo que él pensó, tanto lo era que comenzaba a afectar su matrimonio. Él no podía permitir que eso sucediera.

Hay momentos en que llegamos al punto de que toda nuestra vida puede pender de un

hilo, de una decisión. Y esa decisión nos afectará el resto de nuestra vida. Solo hay que descubrir el momento preciso para tomarla.

CAPÍTULO VII

TEMIBLE DIAGNÓSTICO

José Gabriel se levantó muy de madrugada, casi sin haber dormido; se dio un baño y se preparó para salir. Tomó una libreta y escribió la siguiente nota para Sara: “Querida esposa, no sabes cuánto lamento todo esto que está sucediendo, en especial lo sucedido anoche. No sabes el dolor que me causó verte tan asustada. No sé qué pasa conmigo, pero durante el día visitaré a tu amiga Victoria, la psiquiatra, para hablar con ella sobre lo que sucede. Te amo con entrañable amor.”

Al terminar de escribir la nota, fue a la cocina y preparó el desayuno para Sara y Esteban: unos sabrosos huevos blanditos, con tostadas y tocineta, un café y dos vasos de jugo, los colocó sobre una pequeña mesa plegadiza y la llevó a la puerta del cuarto donde Sara y Esteban dormían, le tocó la puerta y cuando sintió que Sara se levantó a responder, dejó la nota por debajo de la puerta y se marchó.

Sara tomó la nota y la leyó, irremediamente comenzó a llorar. Su sollozo, aunque era silencioso, despertó a Esteban quien la llamó:

—¡Mamá! ¿Por qué lloras?

—Por nada, mi amor; vamos, acuéstate que es muy temprano —le dijo Sara. Lo cargó y apretó contra su pecho. Se acercó a la puerta y qué sorpresa para ella cuando, al abrirla se encontró con el desayuno. Sonrió aun con los ojos húmedos y miró a los lados buscando a su esposo. Ya él se había marchado.

José Gabriel se apresuró en llegar al consultorio de Victoria, todavía era muy temprano y ella no había llegado. Estacionó su vehículo frente al consultorio y esperó durante más de una hora hasta que llegó la secretaria. Aquel consultorio se encontraba en una avenida muy transitada, en un segundo piso. Cuando él vio llegar a la joven, se bajó de su vehículo y se acercó a ella.

—Buenos días —saludó él.

—Sí, buenos días. ¿En qué le puedo ayudarle? —contestó la joven muy atenta.

—Vengo a ver a la doctora.

—Sí, como no. ¿Tiene cita? —preguntó la joven secretaria.

—Bueno, la verdad es que no tengo cita, pero no creo que haga falta pues soy amigo de ella.

—Bien, ella llega como en media hora, pero puede acompañarme si quiere, ya voy a abrir. Las facilidades y los demás pacientes deben estar por llegar —explicó la joven.

José Gabriel la siguió por el lobby del edificio que albergaba más oficinas médicas, y tomaron el elevador al segundo piso. La joven abrió la puerta y al entrar encendió las luces.

“La oficina es muy bonita” —pensó José Gabriel, con un terrazo color marrón deslumbrante y detalles en madera en las paredes, dos pequeñas lámparas a media luz en cada esquina del cubículo de la secretaria, hermosos cuadros de pinturas de arte sublime y un olor a lavanda y limpieza que comunica comodidad y un sentimiento de bienestar y tranquilidad.

Victoria no tardó en llegar, como también los demás pacientes. En cuestión de minutos la oficina estaba llena y se escuchó el susurro de algunos pacientes conversando. Victoria se dio cuenta rápidamente de la presencia de José Gabriel, pasó a su oficina luego de dar los buenos días. Al encontrarse lista, hizo pasar a José Gabriel.

Al momento de entrar, él se quedó asombrado mirando la sala: creaba un agradable ambiente, como si estuviera en una casa de campo, con detalles en madera y una chimenea simulada en el centro, algunos cuadros de paisajes, un hermoso sofá victoriano junto a una silla reclinable, con un pequeño escritorio donde se encontraba la doctora.

—Buenos días Señor Valentino, ¿en qué lo puedo ayudar?

Ella tenía conocimiento de lo que estaba pasando, así que la pregunta solo fue una manera de comenzar con la sesión.

—Siendo honesto, no estoy muy cómodo en esta visita y me sorprende mucho el hecho estar aquí, ante usted, en esta sala —dijo José Gabriel con tono apesadumbrado.

Victoria, dándose cuenta de que la presencia de José Gabriel en aquella oficina corría peligro, comenzó una especie de monólogo:

—Entiendo, Señor Valentino, estoy aquí para ayudarle en la medida que usted me lo permita, quiero que se sienta en confianza, por la amistad que nos une desde hace ya varios años y mucho más, por la amistad que me une a su esposa.

José Gabriel escuchó muy atento a las palabras de Victoria, mientras ella continuó:

—Señor Valentino la psiquiatría es una especialidad de la medicina. Yo soy médico, en mi caso una doctora, que me especializo en el área mental del ser humano. A veces las personas piensan que el visitar a un psiquiatra da por resultado el ser internado en un hospital por demencia. De antemano le digo que son malas interpretaciones que se tienen sobre la salud mental. Le digo: estoy aquí para ayudarle; si hay alguien que lo puede ayudar en estos momentos, esa soy yo. Así que, si usted me lo permite,

podemos comenzar.

Él la observó fijamente y acentuó con su cabeza un apesadumbrado “sí”.

En ese momento ella le pidió que fuera al sofá y se pusiera cómodo como si estuviera en su casa y se relajara tanto como pudiera. Ella le daría unos minutos para hacerlo y cuando él estuviera listo, se lo indicara.

Él miró el viejo sofá con gesto de conformidad, hizo lo que la doctora le pidió y en cuestión de minutos, le dijo que se sentía cómodo. En ese instante comenzó la sesión.

—Señor Valentino, comienzo haciéndole algunas preguntas: ¿Cómo se ha sentido de salud, físicamente hablando?

—Muy bien, nada fuera de lo común, excepto por unos leves dolores de cabeza que últimamente me han estado agobiando.

—Muy bien, ¿y en su estilo de vida ha notado algún cambio? Por ejemplo: algo que antes no hacía ahora lo hace. Para ser más específica: quizás antes no fumaba, pero ahora sí.

—No, nada diferente —contestó José Gabriel.

—Y la familia, ¿cómo están las cosas en el hogar?

El bajó su cabeza, comenzó a friccionar sus manos una contra la otra y se descompuso; al parecer, el vaso se llenó... Él suspiró y dijo:

—Últimamente han ocurrido una serie de sucesos que me han preocupado tanto a mí como a mi esposa y pienso que lo que sucedió anoche colmó la copa. Estoy seguro de que ya usted tiene conocimiento de lo que sucedió, claro está, por la amistad que tiene con mi esposa. Sé que usted es un gran apoyo para ella.

Victoria asintió con su cabeza, mientras José Gabriel continuó hablando:

—Al parecer, todo eso, que ni yo mismo lo entiendo, está afectando seriamente mi hogar, pero hasta ahí es que puedo soportarlo, yo amo demasiado a mi esposa y a mi hijo, y me aterra la posibilidad de perderlos...

José Gabriel se abrió por completo y le narró los diferentes sucesos que ocurrieron durante los últimos meses. Victoria lo escuchó con suma atención durante algo más de una hora, mientras hizo apuntes en su libreta.

—Al final de cuentas, ¿qué piensa usted que esté pasando conmigo? — le preguntó José Gabriel.

— Señor Valentino, a mi parecer, ha estado usted muy estresado y ansioso, mi primera recomendación es que se aleje de su trabajo y que consiga alguien que se haga cargo.

Él la escuchó atentamente. Ella continuó:

—Alargue sus vacaciones. Por lo que he escuchado me parece que está usted pasando por una leve depresión; por eso, quizás, el desánimo que sentía y que me explicó hace unos minutos. Le recetaré unos antidepresivos y seguiremos con las visitas; o sea: lo quiero ver una vez por semana, ¿le parece bien?

—Me parece bien, doctora —contestó él.

En ese momento José Gabriel se despidió de ella y abandonó la sala mientras Victoria lo observó partir. Al cabo de unos 25 minutos, él regresó, entró por la puerta principal mirando a la lejanía. La secretaria trató de detenerlo diciéndole que no podía pasar ya que la doctora se encontraba con otro paciente, pero él pareció no escucharla. La sala se encontraba llena de pacientes y se escuchó por un momento el susurrar de ellos conversando por lo que estaban presenciando. Ninguno se atrevió a intervenir. Él continuó caminando y con gran indecencia abrió la puerta de la sala de consultas, donde se encontraba la doctora en medio de una consulta con una dama. Victoria fijó los ojos en él. José Gabriel se quedó parado frente a la puerta, dentro de la sala de consulta, mirándola fijamente. Esta vez algo cambió: él no parecía ser el mismo. Victoria se dio cuenta de inmediato, le susurró algo al oído a la paciente, que miraba sorprendida. Se levantó y se marchó. Al pasar por su lado, él la miró frunciendo el ceño. Eso causó que la dama sintiera temor y apresuró el paso. La joven secretaria se encontraba detrás de él tratando de detenerlo, pero él no le hizo caso.

Victoria le dijo a la secretaria que se fuera y que luego la llamara por el teléfono. Ella lo hizo de inmediato.

José Gabriel permaneció parado en el mismo sitio, como un árbol con fuertes raíces. Parecía que apenas respiraba, con su cabeza medio baja y su mirada hacia arriba, buscando a Victoria. Parecía estar poseído. La escena fue perturbadora y así lo percibió Victoria.

Mientras él permaneció parado, como un lobo que asechaba su presa y esperando el momento oportuno para atacar, se escuchó sonar el teléfono. Victoria se acercó lentamente al teléfono y lo agarró sin quitarle la mirada a José Gabriel.

—Hola... Sí, presta atención, necesito que te quedes detrás de la puerta, atenta: pero no hagas nada al menos que yo te lo pida. Si me oyes gritar, llama a seguridad de inmediato y a la policía. ¿Me escuchaste? —le dijo Victoria a su secretaria.

—Muy bien, lo que usted diga —contestó ella y permaneció detrás de la puerta.

Luego de colgar el teléfono, mirando fijamente a José Gabriel y con un tono autoritario le preguntó:

—¿Se encuentra usted bien?

Él no le contestó. Ella continuó observándolo y él sonrió, se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta específicamente en su lado derecho (una chaqueta negra larga que él acostumbra a utilizar cuando tenía compromisos como el de este día), y sacó un par de guantes negros. Lentamente comenzó a colocárselos mientras caminaba hacia Victoria.

Victoria, al notar las intenciones de acercársele, se levantó y sin quitarle la vista, se colocó detrás de la silla del escritorio. Ella no solo lo observaba, sino que también lo estudiaba. Mientras él se acercaba a ella, del otro bolsillo de su chaqueta sacó una caja de cigarrillos y un encendedor. Se llevó un cigarrillo a la boca y lo encendió. Ella le dijo que no podía fumar en ese lugar. Él la miró y se llevó un dedo a la boca, indicándole que se callara mediante el sonido:

—“¡Shhhhhhh!”.

En ese momento fue cuando Victoria dio la señal de temor y perturbación ante lo que ocurría. Él se acercó hasta el escritorio, de un golpe puso sus dos puños sobre él empujándolo de tal manera que casi ella queda aprisionada entre el escritorio y la pared. Luego él se inclinó sobre el escritorio y como era un hombre alto de estatura, se aproximó a ella y le lanzó una bocanada de humo en su rostro, provocando que ella volteara su cabeza. Él estaba tan cerca de Victoria, que ella podía casi escuchar el latido de su corazón. Él se acercó a su oído... Victoria cerró sus ojos por el terror que sentía...

—Realmente este soy yo. Soy mi propia sangre olvidada en el pasado... —le dijo él entre dientes y con rabia.

Victoria estaba petrificada.

Él se volteó, se paró firme y muy erguido. Dejo caer el cigarrillo al suelo y lo pisó. Luego, comenzó a caminar muy rápido, cruzó la puerta y la cerró detrás de él tan fuerte, que casi saca el marco de su sitio. El estruendo fue tan intenso que provocó que algunos cuadros se cayeran al suelo. Al salir del edificio José Gabriel cruzó la calle y se perdió entre la multitud.

Victoria respiró profundamente y se llevó las manos al pecho, expresando así la gran conmoción que sintió durante aquel inesperado encuentro con José Gabriel.

Lejos de aquel lugar, en su casa, Sara realizaba labores hogareñas y el niño Esteban jugaba en el patio, cuando sonó el teléfono. Para su sorpresa era Victoria quien llamaba y se mostraba muy agitada.

—Hola, ¿eres tú, Sara? — preguntó Victoria con voz acelerada.

—Sí claro, soy yo, dime, ¿sucede algo? —preguntó Sara.

—Sí, Sara, sucede algo. Te tengo noticias que te perturbaran, amiga.

—Me estás asustando.

—Perdona mi poco profesionalismo, pero lo que me acaba de suceder con tu esposo nunca antes me ocurrió. Él llegó muy normal y en un principio me pareció que solo estaba pasando por una leve depresión, estrés por su trabajo, y hasta un poco de ansiedad. Inclusive le receté algunos medicamentos. Fue todo lo que noté en él y allí terminó la cita. Se fue, pero al pasar unos veinte minutos, regresó totalmente cambiado...

Victoria le narró lo ocurrido con José Gabriel cuando regresó y Sara se sintió morir. ¡No podía creer lo que su amiga le estaba narrando!

—Victoria, no puedo creer lo que me dices, ¡es como si fuera otra persona! —le dijo Sara en total asombro.

—Ese es el problema, Sara, me temo que esto es peor de lo que pensábamos.

—Bueno, dame una solución, Victoria, ¿Qué tiene? ¿Qué podemos hacer? —preguntó Sara muy alterada.

—Sara, por el suceso de hoy no me cabe duda de que no es solo una depresión, me parece que tiene algún tipo de TLP, un trastorno límite de la personalidad. Eso puede ser causado por un desbalance químico en el cerebro. Me parece que es severo. Estoy preocupada por ti y por Esteban, conmigo se portó muy agresivo y te digo que ¡era otra persona...!

—¡Dios mío! ¿Cómo puede ser posible? — dijo Sara, muy alterada.

—Eso me temo amiga y a mi entender, la solución es hospitalizarlo.

—No, Victoria, de ninguna manera. No dejaré que mi esposo sea recluido en un psiquiátrico.

—Sara, ¡él es muy peligroso! Dime: ¿Esto te recuerda algo: emociones inestables? Me hablaste de que él llora en ocasiones cuando se encuentra solo, es impulsivo y tiene dificultad para controlar la ira. ¿Lo has presenciado? ¿Sí o no?

—En cierta manera sí, pero...

Mientras Sara hablaba, Victoria la interrumpió. Le dijo:

—Inclusive, sabes que él ha estado alucinando y eso puede ser muy peligroso. Otra cosa más: Él dijo: “Soy mi propia sangre olvidada en el pasado.” ¿Eso significa algo para ti?

—No, para nada, no sé qué significa, pero le preguntaré.

—No lo hagas aun, es muy peligroso; tal vez tengamos que internarlo...

Sara no estaba dispuesta a internarlo, no quería decirle a Esteban que su padre se encontraba en un sanatorio mental. Aun ella tenía fe en que podía ayudarlo de alguna otra manera.

—¡Ay Sara! — con un profundo suspiro Victoria añadió: —Estoy preocupada por ti, pero en este preciso momento estoy tratando de ponerme en tu lugar. Bueno amiga, solo por ti te digo que lo más apropiado es que él permanezca en tu casa bajo medicamentos. Yo lo visitaré una vez por semana para ver cómo sigue, le daremos antidepresivos y él se los tomará como se lo indique, sin fallar.

—Gracias, amiga, por entender —le dijo Sara con cierto alivio.

—Espero no equivocarme con esta decisión, amiga —dijo Victoria.

Luego de aquella conversación, Sara fue por una taza de café. Mientras meditaba a través de una ventana, miró a Esteban jugar en el patio y se dijo: “Tendré que tomar las riendas de esta familia por el bien de todos, en especial por mi hijo. No puedo sentarme a llorar mientras el estado de mi esposo empeora, aunque espero que mejore con el tratamiento que Victoria le suministrará. Tomaré las riendas de la empresa y buscaré la manera de dejar a José Gabriel lo mejor cuidado posible mientras viajo a Miami”

Ese mismo día, al llegar José Gabriel, Sara le expresó su sentir abriendo su corazón. Le dijo que ella tomaría las riendas de la empresa. Era de conocimiento público que perdieron algunos millones debido a retrasos en las sucursales que abrirían en el oriente. José Gabriel no estuvo del todo de acuerdo con esa decisión, pero aceptó reconociendo que, por mucho, Sara era la mejor alternativa para llevar las riendas de la compañía.

Sara contrató los servicios de una ama de llaves y una enfermera para que se encargara del cuidado de José Gabriel mientras ella se encontraba en Miami. Además, lo arregló todo para que Esteban permaneciera en la casa bajo el cuidado de la nana. Al estar todo convenientemente arreglado, Sara salió de viaje a un nuevo reto, por ella y por quienes amaba.

La vida es todo un reto, hay que aceptar su llamado y nunca dejar de luchar.

CAPÍTULO VIII

DOLOROSA NOTICIA SARA

Varios días después Sara estaba lista para partir. Le dio un gran abrazo y un beso a su hijo, y luego fue al patio de atrás, donde se encontraba José Gabriel, recostado en un sillón reclinable de patio.

—¿Cómo estás mi amor? — le dijo y le dio un beso en la mejilla. Luego lo abrazó con

mucho amor sin dejar de besarlo mientras él se encontraba aturdido por los medicamentos.

—Estoy bien, aun con algo de sueño... —contestó él.

—Es por los medicamentos. Bueno, ya me marchó, todo está en orden y Cintia se encuentra en la casa junto a Lupe. Te dejo en buenas manos y sé que estarás bien.

José Gabriel la miró con una expresión de molestia, levantándose le dio la espalda. Él no estaba del todo de acuerdo con la partida de su esposa para Miami, pero no tenía alternativa, ellos tuvieron varias conversaciones sobre el asunto y él le pidió que se reuniera con Augusto al llegar a Miami.

Al llegar la tarde, Sara salió hacia su destino.

Una vez Sara llegó a Miami, recibió una llamada en su móvil. Era el detective William Bernard.

—Hola detective, esperaba su llamada hace algunos días —le dijo Sara.

—Disculpe usted, es que he estado un poco ocupado; pero, en fin, la llamo porque me acaban de hacer entrega de los resultados de las pruebas de ADN y las huellas dactilares.

—Dígame detective, estoy ansiosa.

—Las huellas dactilares que encontramos por toda la casa son las de su esposo y la prueba de ADN que le hicimos a los cabellos son también de su esposo, o sea que, al parecer, no había nadie más en la casa esa noche, solo ustedes dos y su hijo, claro está.

—¿Quiere decir que mi esposo mintió sobre lo del golpe que recibió? Eso me asusta más. Quiere decir también que la persona que escuché subir la escalera y me atemorizó tanto esa noche ¡fue mi esposo! —dijo Sara preocupada.

—¡Bueno, Bueno! No sé, tengo mis dudas, las pruebas están ahí y la evidencia no miente, pero, por alguna razón, mi sentido y experiencia me inquietan y quisiera su permiso para investigar un poco más a su esposo —dijo el detective.

—¡Claro que lo tiene! Siempre y cuando pueda yo confiar en su confidencialidad y me mantenga al tanto de todo —contestó Sara.

—Pues así será, no tiene de qué preocuparse, soy un profesional en lo que hago. Eso sí, necesitaré más información sobre su esposo.

—Señor Bernard, tendrá toda mi cooperación.

Así terminó aquella conversación. Sin perder un minuto, ella se dirigió a las oficinas de

la empresa. Era impresionante ver aquel gran edificio y sus ventanales de cristal con un gran rótulo color azul cielo, que identifica el edificio de la Universal Healt Family Corporation.

Sara sabía que era la representante de su esposo y se arregló como nunca. Como era una mujer alta llamó la atención al entrar en el edificio. Cuando entró atravesando la gran puerta de cristal, los empleados y visitantes que se encontraban en el lobby la vieron y preguntaron quién era. Esa fue la primera ocasión que visitó aquellas oficinas, pero conocía donde estaba el elevador ejecutivo. Se acercó al elevador con su llave particular, entró en él y se dirigió al último piso que era donde estaba la oficina de su esposo. En ese momento comenzaron los mormullos. Parecía que llovía dentro de aquel piso por el ruido tan denso que hacían todas las voces a la vez.

El momento llegó. Las puertas del elevador se abrieron y allí se encontró Sara mirando el largo pasillo que comunicaba a la oficina de su esposo.

Ella comenzó a caminar cartera en mano, cuando se encontró con un caballero que salía de los baños que se encontraban en ese pasillo. Por su forma de vestir, muy elegante y el piso en que se encontraban, sin duda se trataba de un alto ejecutivo.

Sara se topó de frente con él, lo saludó con los buenos días, que de inmediato le fue contestado. Pero, ¡qué sorpresa y qué ironía! ¿Quién podía suponer que aquel caballero tan bien vestido tenía una personalidad tan jovial? De inmediato comenzó a hablar con un tono gracioso y rápido. Le dijo:

—Tú debes ser la nueva secretaria del grande, que en este caso es el Señor Augusto, porque el grande de los grandes, el Señor Valentino, hace semanas que no se ve ni se sabe nada de él. No es que me guste el bochinche y los dime y diretes, pero las malas lenguas dicen que el Señor Valentino tuvo una aventurita con su secretaria anterior... (le tocó el hombro con su mano en una forma algo delicada), se detuvo unos segundos, se rascó la cabeza pensando. Hizo un extraño gesto con la boca y continuó: —Sí, ¡ya recordé!, con Verónica, una chica muy brillante, aunque no muy bonita que digamos. Bueno no es que fuera fea, pero un tanto mal arreglada; mejor digamos que no se arreglaba a la altura del Señor Valentino. El caso fue que, según dicen, ella renunció por presión de él, y que, para colmo está embarazada... Bueno, ¡qué se va a hacer!

Sara estaba estupefacta. No podía creer lo que acababa de escuchar. Sin hacerse esperar le dijo:

—Es usted todo un personaje ¿no?

—¡Ah! ¡Perdón! Qué descortés de mi parte, me llamo Simón Manuel y ¿usted es...?

—Sara, la esposa del grande de los grandes, como usted lo llamó.

Valía millones el ver en ese momento la cara del tal Simón Manuel. Casi se le salen los ojos de sus cuencas. Su sorpresa fue inigualable; se sonrojó hasta el punto de verse

color carmesí.

Sara lo miró muy seria. Él, al ver la cara de ella, no le quedó otra que, con un “perdón, me retiro” dio la espalda y se marchó.

El sujeto se detuvo por unos segundos, se volteó y miró a Sara mostrando ese gesto de “creo que metí la pata”. Continuó caminando por el pasillo en dirección opuesta a la de Sara, murmurando para sí y muy apesadumbrado y preocupado. No era para menos.

Sara entró en la oficina de su esposo, dejó a un lado su cartera y se sentó en aquella gran silla ejecutiva, observó que todo estaba un tanto desorganizado, lo que le extrañó, pues José Gabriel no era desorganizado. Tomó una foto de ella y de Esteban. que se encontraban caídas sobre la superficie del escritorio y las acomodó mientras las observó con amor. Todavía la herían las palabras que escuchó sobre la noche de pasión de José Gabriel y su secretaria. (Sara lo desconocía). Ella se recostó pensativa y de pronto, tomó el teléfono y mirando una lista de extensiones, marcó la correspondiente a Augusto.

—Hola, ¿es usted Augusto?

Ante la respuesta afirmativa del oyente, le dijo:

—Suba de inmediato a la oficina del Señor Valentino. Soy su esposa y por un tiempo estaré a cargo de esta oficina.... Está bien, sí, gracias, lo espero.

Pasaron unos ocho minutos cuando tocaron la puerta de la oficina del Señor Valentino. Era Augusto respondiendo a la llamada de Sara.

—Hola, un placer, yo soy Sara de Valentino. Así que usted es Augusto —dijo ella mientras lo invitaba a pasar a la oficina.

—Sí, para servirla —contestó Augusto.

Luego de invitarlo a sentarse, Sara le dijo:

—Señor Augusto, sé que apenas nos conocemos, pero sé que usted es un buen amigo de mi esposo y él no suele equivocarse al escoger sus amistades. Voy a ir al grano: Sé que mi esposo tuvo una relación con su antigua secretaria y, además, sé que ella renunció. Quiero que me consiga cualquier información que me lleve a ella. Necesito verla.

Augusto estaba anonadado, petrificado, no lograba entender cómo ella se enteró de lo ocurrido y mucho menos que lo tomara con tanta calma. Su rostro mostró su sorpresa y su mirada lo delató, dijo:

—Bueno. Señora, con todo respeto no sé si eso es una buena idea y en realidad, dadas las circunstancias y lo que ya usted conoce, me parece mal que usted la visite,

así de repente. Verá usted: esa joven es una persona muy especial y muy tranquila. Lo que sucedió fue algo que a mí me sorprendió mucho. No obstante, por muy mal que se vea lo que sucedió y entiendo su posición como la esposa del señor Valentino y lo mucho que esto le debe estar afectando, en estos momentos es mi deber proteger a mi amiga...

Sara lo escuchó atentamente y lo observó detenidamente mientras él hablaba y respondió a la preocupación de Augusto:

—Señor Augusto, yo apenas lo conozco, pero sé que es el hombre de confianza de mi esposo y al igual que él, le pido que me permita confiar en usted; además, le pido, por favor, que usted confíe en mí. Conozco la comunicación que mantiene con mi esposo, aunque casi no hablamos de eso. También es de mi conocimiento que usted conoce sobre su condición y ha sido un buen apoyo para él. Permita que vea a la joven y dialogue con ella. Es lo menos que merezco, ¿no cree usted?

Sara estaba muy afectada, pero se mantuvo calmada, aunque con sus ojos humedecidos y con la voz temblorosa. Su reacción fue causada por la noticia recibida, pero siendo una mujer sabia e inteligente, tomó una difícil decisión, pero, para su entender, era la correcta. Tomó fuerzas de algún lado de su alma y cual guerrera, decidió enfrentar a su acechante enemiga de frente. Con valentía tomó las armas necesarias para enfrentar al destino que en estos momentos la confrontaba tan duramente.

Augusto, con un gesto de conformidad, percibiendo la franqueza de Sara, accedió a llevarla para que se reuniera con Verónica.

La reunión se acordó y Augusto, presintiendo que sería lo mejor para Verónica, no le informó sobre ese encuentro. Para ella sería toda una sorpresa.

Sara se presentó a todos los empleados en una reunión laboral y tomó oficialmente las riendas de la compañía. Después de varias semanas de fuerte labor, comenzó a sentirse su presencia y sabiduría. Ella logró ajustar algunas cosas que no marchaban muy bien, incluyendo algunos descuadres en la caja. Inclusive viajó a China para resolver el problema referente al atraso en la apertura de varias sucursales que se suponía ya debían estar abiertas. Una vez terminó aquellos trabajos, decidió que antes de marcharse, visitaría a Verónica. Sus pensamientos estaban atrapados por un fuerte latido debido a lo que dolorosamente conocía.

En fin, el día llegó. Augusto recogió a Sara en el hotel donde se hospedaba y se marcharon. Un viaje de casi una hora les llevó a un complejo de apartamentos en los suburbios de la ciudad: un complejo sencillo y poco cuidado, Augusto detuvo el automóvil en una orilla de la carretera y le indicó a Sara que se bajara y lo siguiera. Mientras caminaban, unos jóvenes se acercaron a él para pedirle algo de dinero. Él, de inmediato, sacó unos dólares y los repartió entre ellos. Ellos hablaban y bromeaban y él sonreía. Al continuar caminando otras personas lo saludaron. Aquello hizo pensar a

Sara que Augusto era conocido por haber estado allí más de una vez. No estaba equivocada. Desde el momento cuando Augusto supo que Verónica se encontraba embarazada, no la dejó sola y durante los últimos meses, en secreto la ayudó. Por eso no era sorpresa el hecho de que tuviera amistades en aquel lugar, aunque no necesariamente amistades cercanas.

Caminaron por unos minutos hasta atravesar un sencillo portón peatonal. Llegaron a la escalera que los llevaba al tercer piso, donde vivía Victoria.

—¿Por qué no utilizamos el elevador? —preguntó Sara, mientras subían la escalera.

—Hace más de un mes que está dañado —contestó Augusto.

Sara observó su alrededor notando que el lugar no era el mejor, ni mucho menos el más cuidado. Finalmente llegaron al tercer piso donde se encontraba el apartamento donde Verónica pasó a vivir los últimos meses. A Sara le pareció que había subido diez pisos.

Ahí estaba Sara, parada frente a una puerta color marrón algo deteriorada y sencilla. Por unos segundos se produjo un suspenso. Las miradas se cruzaron entre Sara y Augusto, Ella entendió la pregunta que él le envió:

—¿Estás lista? Ella movió su cabeza de arriba abajo mientras con su mirada le transmitió una firmeza inquebrantable.

¿Cuántos pensamientos pasaron por la cabeza de Sara en esos momentos? No lo sabremos, pero ahí se encontraba ella de frente a su situación: firme, determinada y segura de ella misma.

Se escuchó el eco del sonido en el pasillo mientras Augusto tocó la puerta; luego, se escucharon los pasos de Verónica al acercarse a la puerta. Tardó unos segundos mientras miró por un pequeño mirador que atravesaba la puerta. Luego se escuchó: “Clic, clic, clic.” Fueron las cerraduras que la joven desaseguró para abrir la puerta, señalando que el lugar no era tan seguro.

Al abrir la puerta apareció aquella joven delgada, sencilla y no muy bien arreglada. Se veía frágil y con una barriguita que mostraba su embarazo. Al ver que era Augusto, lo abrazó, lo besó en la mejilla y seguidamente, al notar la presencia de Sara, le preguntó: —¿Quién es ella?

—Es una amiga, Verónica —contestó Augusto.

Augusto entró y se paró detrás de Verónica, quien con la sencillez que la caracterizaba, le extendió la mano a Sara, mientras la invitó a pasar. Sara se quedó quieta mientras miró a Augusto, que bajó la cabeza en tanto cerró sus ojos al mirar a Verónica.

Todos entraron cerrando la puerta. El apartamento era pequeño, pero acogedor a

diferencia de cómo se veían los edificios. El apartamento estaba muy bien arreglado y bonito, sencillo, nada de lujos ni detalles sorprendentes: un abanico de mesa refrescaba el ambiente donde ellos se encontraban sentados: un sofá algo gastado, pero limpio. Se notaban algunas fotos, al parecer de familiares, colocadas sobre una mesita que hacía esquina. Unas cortinas de plástico, las llamadas “lágrimas de colores”, separaban la sala de la cocina. Sara observó el lugar sentada junto a Augusto, Verónica les preparó café.

Transcurrido unos minutos, Verónica les llevó el café en una bandejita, se los sirvió a ambos y se sentó frente a ellos. Augusto conversó unos minutos con ella mientras Sara escuchó y la observó. De pronto sucedió lo que tenía que suceder de una u otra manera: Verónica se dirigió a Sara y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted? Se lo pregunto porque mi amigo aquí presente no ha tenido la cortesía de presentarnos.

Augusto bajó la cabeza mientras frotaba sus manos. Sara miró a Augusto y un silencio sepulcral se apoderó de aquel lugar. Podían dejar caer un alfiler y retumbaría como si una tormenta que se avecinara. Verónica notó cómo el semblante de Augusto cambió. Le preguntó, un tanto alarmada:

—Augusto, ¿qué sucede?, ¡Augusto, te estoy hablando!

El silencio se mantuvo mientras él la miró arrepentido. ¡Se le notó su extrema preocupación! Al parecer dudó de la decisión que tomó.

—¿Quién es usted? —enfaticó Verónica mirando a Sara.

Sara la miró fijamente. No estaba molesta. Los segundos parecieron eternos... Fue en ese momento cuando el silencio huyó, Sara lo rompió diciéndole:

—Mi nombre es Sara, soy la esposa del hombre con quien usted tuvo una aventura.

Verónica no pudo ocultar su sorpresa al escuchar lo que le dijo la recién llegada. Sus nervios le brotaron a flor de piel, la taza que sostenía comenzó a temblar como si un sismo estuviera ocurriendo. Ella miró a Augusto como preguntándole: “¿Qué hace ella aquí?” En seguida trató de ocultar sus nervios e intentó calmarse pensando que nada sucedía, que Sara desconocía lo que sucedió entre ella y José Gabriel. Dijo aparentando estar calmada: —¡Ya veo que estaba equivocada y que usted conoce lo que sucedió...! Entonces, ¿a qué se debe su visita?

Sara, mirándola fijamente, le contestó:

—Verónica, yo estoy al tanto de todo. No estoy aquí como tu amiga, pero tampoco como tu enemiga.

Verónica temblaba de arriba abajo y estaba al punto de descomponerse por completo.

Miró a Augusto y se dirigió a él levantándose de su asiento, muy alterada:

—¿Qué sucede Augusto? ¿Por qué me haces esto? —mostró sus ojos cristalizados, al borde del llanto—. ¡Quiero que ambos se vayan!

Sara permaneció sentada, mirándola...En ese momento sonó su teléfono. Ella lo atendió y seguidamente lo desconectó. Era el detective William Bernard quien la llamaba. Ese no era el momento propicio para hablar con Ella continuó mirando a Verónica.

Augusto se levantó para tratar de hablar con su amiga, Sara los miró a ambos y dijo:

—Augusto te voy a pedir de favor: Déjanos solos. Y a usted, Verónica, le digo con todo respeto que me encuentre en su apartamento y que no soy su enemiga. No tiene de qué preocuparse. Me parece que luego de lo sucedido con mi esposo y la evidencia que llevas en tu vientre, lo menos que me debes es una conversación.

Augusto miró a Sara, abrazó a Verónica y le dijo:

—Sé que no entiendes ahora, pero, aunque dudé, tengo la seguridad que al final de este día vas a sentirte mejor, sabes que siempre hago lo mejor por ti y nunca te he fallado. Regálale un poco de tu tiempo a esta señora. Yo estaré afuera y si me necesitas, solo llámame... Estarás bien, esta persona (señaló a Sara) es sincera. Habla con ella, sé que es lo mejor...

Victoria se convenció con las palabras de Augusto y accedió. Nuevamente tomó asiento mientras Augusto salió del apartamento.

Verónica dio un suspiro mientras se arregló su cabello y su ropa, intentando tranquilizarse. A continuación, dijo:

—Bueno, aquí me encuentro, dígame: ¿de qué quiere hablar?

Verónica tenía una actitud diferente. Al parecer se armó de valor y se notó más serena, aunque todavía se mostraba nerviosa.

El silencio se alargó durante varios segundos mientras Sara miró a una disimulada Verónica. El comportamiento de ella era paradójico, mientras se enfrentaban esposa y amante frente a frente, cara a cara, Sara observaba a la mujer que tendría un hijo de su esposo y trataba de permanecer controlada mientras se acercaba el momento crucial para la esperada confrontación. Dijo ella:

—He pensado tantas cosas sobre usted, cosas malas, muy malas, ¡créame, que nada buenas...! Imagínese, una mujer se acuesta con un hombre casado y para completar, se deja embarazar.

Verónica bajó la cabeza y se llevó la mano a su vientre. Sara continuó:

—Sí, sé que esto es doloroso, pero es la verdad y yo debo sacármelo del alma. Así debe de ser y así será.

Sara se levantó furiosa y alzó la voz cuando habló. Verónica comenzó a llorar y se llevó las manos a su cara. Sara no se detuvo:

—¿Qué acabo de decir: ¡doloroso...!? Sí, eso dije... —se contestó mientras levantó sus manos al cielo mirando el techo, antes de continuar—. Doloroso... ¡Sí, claro; doloroso! Dolor fue el que sentiste cuando él te despidió y te diste cuenta de que solo te usó... ¡Dolor sentí yo y aun lo siento cuando pienso en las cosas que hicieron a mis espaldas, pero más dolor siento al saber que vas a tener un hijo de mi esposo; claro, el hombre que tú sabías que era casado...

Sara caminaba de un lado al otro y ocasionalmente miraba a Verónica quien seguía llorando. De pronto, se detuvo frente a ella y se quedó fijamente mirándola, fue entonces cuando las lágrimas salieron de sus ojos, suspiró y continuó mientras se dirigió a ella ahí detenida, parada frente a ella:

—¿Sabes algo, jovencita? Mi esposo lleva meses enfermo y ya sé que él no recuerda nada de lo que sucedió. Él padece de un trastorno de personalidad y por eso estoy aquí. Levántate, muchachita...

Verónica se levantó temblorosa y la miró mientras se limpió la cara.

—Te diré una cosa y te va a doler, —le dijo Sara— él jamás se hubiera acostado contigo, y no es que te menosprecie ¡no! ¡no es eso! Tú eres una mujer igual que yo y tienes tus encantos, es solo que conozco demasiado bien a mi esposo y él es, cómo te digo, una de esas rarezas que una mujer puede encontrar una vez en la vida.

Sara continuó llorando mientras observó a Verónica, quien la miró de nuevo.

—Sabes algo, —le dijo Verónica— yo llevo años enamorada en secreto de él, pero nunca se lo dije ni se lo diré. Lo que usted dice es verdad: fui una tonta, me dejé llevar por lo que sentía y ahora no puedo hacer nada más que pedirle perdón y luchar para el bien de mi hijo cuando nazca. Conseguiré trabajo y me haré cargo de él. ¡A ustedes no los molestaré para nada!

—Escucha, no te preocupes por eso, como te dije, no soy tu amiga, pero tampoco tu enemiga —repitió Sara mientras Verónica la miraba extrañada —¿El perdón...? No sé... ¡Solo Dios es el que perdona! Pero, por lo demás, no te preocupes, te vas a mudar de este lugar y yo te ayudaré hasta que nazca el niño. Una vez te hayas recuperado te conseguiré trabajo en otra sucursal y tendrás la pensión que el niño se merece. Al ser hijo de mi esposo, vivirá bien. ¿No te molestará que te hagan una prueba de ADN? No quiero sonar mal, pero así debe ser y lo sabes.

—No tengo problemas con eso. Yo era virgen hasta ese momento.

Sara la miró incrédula, pero ella dijo la verdad. Aunque Sara dudó, muy adentro en su corazón intuyó que ella dijo la verdad.

Sara no dijo más, dio la espalda y se marchó. Antes de salir y llegar a la puerta, Verónica la tocó por la espalda y la abrazó. Sara se quedó como piedra, con los brazos abajo... Luego levantó uno y con la mano tomó la mano de Verónica, la apretó con fuerza y lloró. Luego se separó y de espaldas a Verónica, dijo:

—La vida me cambió en un santiamén. Hoy las cosas son de una manera, mañana quien sabe cómo serán.

Verónica la observó prestando atención a sus palabras.

—Una cosa más —le dijo Sara—, piensa en esto: El hombre que te ama y quizás el hombre de tu vida, es el que miras casi todos los días, lo besas y abrazas... (refiriéndose a Augusto) Piensa en lo que acabo de decirte, muchachita...

Sara salió por la puerta y Augusto la esperaba.

—Gracias, Augusto, sácame de este suburbio. Tomaré un taxi para el hotel y tú ve con ella, te necesita y no pierdas más tiempo, dile lo que sientes por ella... —dijo Sara con una leve sonrisa.

Él la miró y afirmó con su cabeza. Luego, Augusto hizo lo que ella le pidió: fue a ver a Verónica y Sara se fue al hotel.

CAPÍTULO IX

EL DOCUMENTO

Otra noche de desvelo se ensañó contra Sara y la acompañó hasta el amanecer. Una vez más, el sol la recibió casi sin haber podido descansar en los brazos de Morfeo. Pero, tenía que continuar trabajando por el bien de la compañía y mantener un estándar económico elevado.

Levantar una compañía como lo logró su suegro, costó mucho sacrificio y José Gabriel tenía una gran responsabilidad.

Sara, como todas las mañanas y todas las tardes, llamó para verificar cómo se encontraba todo en su casa con su hijo y con su esposo. Hasta ese momento todo marchaba bien y, al parecer, José Gabriel mejoró considerablemente. Los momentos de locura no los tuvo por semanas, eso la reconfortó. En ocasiones habló por algunos minutos con José Gabriel quien no cesaba de preguntarle cómo marchaban las cosas en la empresa. Ella solo lo mantuvo al tanto de lo que entendía era lo apropiado para él. Ella temía una recaída, pero la paz no dudaba de que eso podía suceder. A veces hay sucesos que simplemente no pueden evitarse.

Mientras esa mañana, Sara se encontraba haciendo los preparativos para su viaje al viejo continente, algo sucedió entre Verónica y Augusto. Esa noche, Augusto le hizo caso a Sara y le abrió su corazón a Verónica, quien acababa de pasar un gran golpe con la visita de Sara. Augusto pensó que el mejor momento era “de inmediato” y aunque temía que ella lo despreciara, se armó de valor.

Verónica se sintió anonadada con lo que Augusto le confesó y aunque ella fue sincera al decirle que no lo amaba, ¡al menos no de esa manera!, no dudó de que podía llegar a amarlo algún día. Ella lo consideraba un hombre muy especial. Esa noche él le pidió que se quedara con él en su apartamento y no fue la primera vez que se lo pidió. Lo hizo con mucha insistencia. Finalmente, con mucho amor logró convencerla. Esa noche ella durmió en su apartamento, aunque no con él.

Mientras Sara continuó empacando, recibió otra llamada, era de nuevo el detective William Bernard quien le comunicó una noticia sorprendente; le dijo:

—Buenos días, Señora Valentino, perdone la molestia tan temprano, pero desde ayer he tratado de comunicarme con usted, sin conseguirlo.

—Sí, lo siento, recibí su llamada, pero me encontraba en una reunión muy importante y por eso no pude atenderle en ese momento. Dígame, ¿qué noticia me tiene? — preguntó Sara con gran curiosidad.

—Dígame una cosa, ¿dónde nació su esposo? —preguntó el detective.

—Él nació en el hospital que se encuentra en el pueblo donde vivían sus padres — contestó Sara.

— ¿Y si le digo que no fue ahí? —dijo el detective mientras Sara escuchaba muy atenta.

—Y entonces, ¿dónde fue?

—Resulta que, según lo que he podido investigar, él nació en un hospital que queda en las afueras del pueblo, y cuando digo “en las afuera”, es casi en el otro pueblo. Y eso no es todo: Se trata de un hospital parroquial y un orfanato que depende de donaciones y del gobierno. Mi pregunta es la siguiente: ¿por qué una persona como el Señor Valentino, de alta sociedad y de alta reputación, salió del pueblo, recorrió casi dos horas de camino para tener a su hijo en un hospital de medio nivel? ¿No le parece extraño?

—Pues, la verdad como usted lo menciona: ¡sí, es muy extraño! —comentó Sara.

—Señora Valentino, esto da la impresión de que en el asunto hay un secreto y un misterio, mi experiencia así me lo confirma.

Sara se quedó unos segundos pensativa, mientras al otro lado de la línea el detective

William Bernard preguntó:

—¿Está usted ahí?

—Sí claro, estoy aquí. Usted mencionó ¿un secreto? Recuerdo una noche antes de que el Señor Esteban y su esposa partieran al fatídico viaje, nos encontrábamos empacando cuando ella me pidió que la acompañara a la biblioteca de la mansión donde vivían; una biblioteca decorada a la antigua, con sillas victorianas y anaqueles antiguos, llena de todo tipo de libros.

El detective escuchó atentamente. Sara continuó:

—Ella fue a recoger los pasajes que se encontraban en una gaveta de un viejo escritorio. Se detuvo, me miró extrañamente, con una mirada sublime pero profunda y me dijo lo siguiente mientras nos mirábamos en un viejo espejo: “Algún día, Sara, te contaré algunos secretos, como los que encierra esta vieja biblioteca.” Luego sonrió, me tomó de la mano y salimos de aquel lugar, al cual, por cierto, nunca regresé. ¡Recuerdo muy bien sus palabras!

—Interesante, algo debe haber en ese lugar. Seguiré investigando y la mantendré al tanto, ¡Ah!, gracias por la información.

Al colgar el teléfono, tanto Sara como el detective William Bernard se quedaron pensando sobre la conversación que ambos acababan de sostener. Sara nada más puso hacer ya que un importante viaje le esperaba. Mientras eso ocurrió, el detective se comunicó con su amigo y compañero Santana, a quien le comunicó que debían reunirse para visitar el hospital donde nació José Gabriel.

Así lo acordaron y a la hora convenida partieron para el hospital en plan de profundizar la investigación.

El hospital quedaba a casi dos horas de camino en las afueras del pueblo, en un lugar llamado “Las Tres Colinas.” Al llegar al hospital por la carretera principal, vieron el pequeño pueblo a las faldas de tres hermosas colinas que decoraban con su belleza natural aquel acogedor lugar.

Aunque el sitio no era propiamente un pueblo, lo parecía, pero en miniatura. Tenía un supermercado, una ferretería y hasta una pequeña funeraria. El hospital era financiado por el gobierno y por donaciones. A su lado, en las mismas tierras, quedaba un orfanato el cual llevaba años en ese lugar, al igual que el hospital. Muchos años antes el Orfanato era parte del Hospital y el área donde ahora estaba era su área de hospitalización. Cuando una persona tenía que quedarse algunos días, los enviaban a ese lugar, al cual se llegaba cruzaban un pasillo como de algunos 50 metros de largo, construido en ladrillos con pequeñas ventanas altas a cada lado, casi a la altura del techo. El pasillo conectaba con lo que era la sala de urgencias.

Con el paso de los años, el lugar donde se ubicaba ese hospital se hizo menos

concurrido debido a la construcción de nuevas viviendas lejos de allí. El hospital era visitado por los vecinos más cercanos y mayormente por personas de bajos recursos y aunque no era un hospital de primera, seguía siendo un hospital. Para el detective era muy extraño que el Señor Valentino llevó a su esposa a ese lugar a dar a luz (aunque en el pasado era un mejor hospital). No tenía sentido. Antes de comenzar su empresa, él también era un muy buen doctor y poseía suficientes recursos...

Muy temprano en la mañana se encontraron en la comandancia para partir al pueblo. Al cabo de dos horas hicieron entrada en el pueblo y llegaron al orfanato. Se podía notar lo antiguo del lugar. Era como dar un viaje al pasado con tan solo pisar la grama del patio. Mientras William caminaba hasta la puerta, su compañero Santana se quedó detenido unos pasos atrás mirando el monumental y antiguo edificio. William al darse cuenta, volteó y le hizo una seña, indicándole que se apurara. Santana dio unos pasos de prisa y se le acercó.

En cuestión de segundos estaban rodeados de niños, pues la curiosidad de un niño no tiene fin. A ellos les resultaba extraño ver personas a esa hora del día y los visitantes no eran comunes en ese pueblo. Santana simpatizó mucho con los niños, pero cometió un grave error al sacar de su bolsillo una cajetilla de goma de mascar. Como abejas a la miel, los niños literalmente se abalanzaron sobre él. En ese momento, en medio de la algarabía de los niños, la puerta del Orfanato se abrió de repente y frente a ella se paró una monja de mediana edad. Ella se quedó mirando a los niños muy seriamente y ellos, como si aquella mirada les comunicó una instrucción, se alejaron de inmediato, dejando a Santana con una sola pieza de su dulce en su mano. William observó lo que sucedió y levantando sus cejas hizo un gesto con su cabeza como queriendo decir: "No puedo creer la tontería que acabas de hacer".

En ese preciso momento, una niña como de unos seis años se acercó con sus manos en los bolsillos mientras observaba a William. La monja, sin vacilar, le arrebató de las manos el único dulce que le quedaba y se marchó corriendo.

William, sorprendido, miro a la monja, pero ella no pudo contenerse y comenzó a reír ante el asombro de todos. No era para menos pues la escena así lo propiciaba. Ellos se contagiaron con la risa. La monja, una vez pasó el corto frenesí, les dijo: —Esa es Lucy, siempre es muy alegre y es la más ocurrente de todas; además ella es muy lista. ¡Ya lo habrán notado! Buenos días, bienvenidos, mi nombre es Sor Reina.

—¿Reina? — preguntó William por lo extraño de su nombre...

—Así es, soy Reina, no me pregunte por qué, pues yo me he hecho la misma pregunta toda la vida. Soy también huérfana y cuando me dejaron en la puerta de este orfanato eso decía una tarjeta que acompañaba el cesto donde yo estaba. Mi nombre es Reina... —repitió ella con voz apacible.

—Disculpe usted... —William pretendió disculparse por su pregunta, pero fue interrumpido por la monja que le dijo:

—No tiene que disculparse. ¿señor...? —preguntó mientras hacia una pequeña oficina.

—Soy el detective William Bernard y él es mi compañero, el Detective Santana.

—Bueno, es un placer. Creo que ya tuve una corta conversación con usted por teléfono (refiriéndose a William Bernard), pero, dígame el motivo de su visita.

—El caso es el siguiente: Estamos trabajando en una investigación sobre un cliente que nos trajo hasta este lugar. Pensamos que nuestro cliente nació en este hospital y queremos información, la que usted pueda suministrarlos.

—No tengo problemas con ayudarles y más por tratarse de la ley de este país, pero le aclaro que tenemos que ir a los archivos y para eso tendrán que reunirse con Sor María, Con gusto los llevaré donde ella, síganme.

Caminaron de vuelta por el pasillo, tomaron un viejo elevador hasta un segundo piso y llegaron a una puerta que se identificaba como el “cuarto de registros”. Sor Reina tocó la puerta y esperó unos segundos. La puerta fue abierta y se presentó una pequeña anciana que de inmediato saludó:

—Hola, soy Sor María. La bendición de Dios esté con ustedes.

Se saludaron y cumplieron con las presentaciones pertinentes. Luego, ella los invitó a pasar a la habitación, que era bastante amplia. Al parecer antes era una oficina, habilitada para ser también la habitación de Sor María. Entre una cosa y la otra, Sor Reina les explicó que Sor María llevaba casi toda su vida en ese lugar y pidió vivir ahí y hacer del cuarto de registro su habitación. La complacieron. Además, nadie conocía más que ella la historia de ese lugar. Luego de una agradable conversación y haberle explicado la razón de su visita, Sor Reina los dejó con ella y se marchó a cumplir con sus responsabilidades.

La anciana monja les explicó que, debido a la edad de José Gabriel, el archivo del parto estaría en unos de los estantes donde se ubican los que ya pasaron los veinte años de edad. Al parecer, aunque se trataba de un pueblo pequeño, el Señor Valentino no había sido la única persona en utilizar el hospital para traer sus hijos al mundo, así que eran muchos los archivos y las monjas del lugar no contaban con alta tecnología, computadoras ni nada de esas cosas que actualmente hacen la vida fácil. Ellas trabajaban a la antigua. Tanto William como Santana, se ofrecieron ayudar a la anciana a buscar en los archivos, que para suerte de ellos no eran muchos los que se apellidaban Valentino. Aun así, les tomó unas horas revisarlos.

Los archivos consistían en unos sobres sellados con dos simples papeles dentro: un documento reportando el parto con su fecha, hora y la firma tanto del padre como del médico. El segundo era el acta de nacimiento. Con seguridad esos documentos arrojarían algo de luz a la investigación. Por lo menos, eso pensó William.

Luego de varias horas y ya la tarde haciéndose presente, consiguieron el sobre

“Valentino. Luego de firmar una hoja de responsabilidad en la cual se registró la fecha y la hora en que ellos abrieron el sobre, los detectives se sentaron para conocer el tan añorado documento.

Así que, con una pequeña cuchilla William rasgó el sobre y sacó ambos documentos. Se quedó fijamente observando aquellos papeles mientras leía la información que en ellos estaba plasmada. De pronto, su semblante cambió con extrañeza y fijó su mirada en Santana.

—Él no es hijo de ella... —dijo William con gran asombro. Una sonrisa en su rostro le hizo compañía.

—William, no entiendo lo que dices, ¿a qué te refieres? —preguntó Santana.

—¡Él es hijo del Señor Valentino, pero no de la Señora Valentino! La mujer que él siempre creyó que era su madre en realidad no lo es. El nombre de su madre que señala este documento es Abigail Miranda.

En ese momento, la anciana los interrumpió mientras le quitó de las manos el documento a William, se colocó unos viejos espejuelos y mientras miraba el documento, lo tocó con su dedo índice y dijo que recordaba algo sobre ese día.

—¡Cómo olvidarlo! Sólo recuerdo algunos detalles. Ha pasado mucho tiempo, pero sí, recuerdo a esa joven y al caballero adinerado que esa tarde llegó acompañándola. En ese entonces había otra Superiora y aunque yo no estuve en el parto, recuerdo cierta discreción que se impuso con ese nacimiento, ¿Sabes a qué me refiero? —dijo la anciana con cierto sarcasmo.

—Le agradecería que fuera un poco más clara con nosotros, por favor —solicitó William.

La anciana lo miró y continuó: —A lo que me refiero es que hubo algo más, por no decir mucha privacidad en ese caso en específico. Como si se estuviera escondiendo algo. No sé, como escondiéndose un secreto, eso fue lo que se percibió esa tarde.

De pronto, William chasqueó sus dedos y con gran admiración y sorpresa, dijo:

—El secreto escondido en la biblioteca de la mansión abandonada de los Valentino! No me cabe ninguna duda: ¡ahí hay algo más...!

Santana lo miró con extrañeza. William le devolvió la mirada mientras le comentó de prisa:

—Luego te explico, gracias por su ayuda madre, Dios la bendiga.

De esa manera se despidieron de la anciana y de aquel lugar. De regreso William le explicó a Santana sobre el comentario que Sara le dijo en una conversación telefónica

que tuvo con ella...

Durante toda esa tarde William trató de comunicarse con Sara hasta que por fin lo logró entrando la noche. En esa conversación él le explicó lo que antes sucedió en el hospital y en el orfanato. Sara se sorprendió tanto como ellos, pero, aunque ella no entendió muy bien adonde quería llegar el detective, estuvo de acuerdo en continuar con la investigación por lo sorprendente del descubrimiento. Continuó confiando en el sentido de William y en su experiencia.

CAPÍTULO X

PESADILLA

Durante la noche de ese mismo día, cuando William descubrió que José Gabriel no era hijo de la Señora Valentino, algo muy extraño estaba por ocurrir.

Esa noche como de costumbre, a eso de las ocho y media, el niño Esteban se acostó no sin antes recibir la visita de su papá y, claro está, de Lupe, la encargada de los quehaceres de la casa y nana de Esteban. Estuvo también presente Cintia, la enfermera a cargo de velar por el bienestar de José Gabriel. Su trabajo se convirtió en el reloj que controlaba la toma de sus medicamentos.

José Gabriel se encontraba mucho mejor por los medicamentos y las continuas visitas de Victoria, su psiquiatra. Los eventos que le aquejaron por semanas al parecer desaparecieron por completo. Pasaron semanas sin que tuviera un evento. Al parecer todo marchaba muy bien en la casa. Sara se mantenía al tanto de todo, pues se comunicaba muy a menudo con su esposo, como también con Cintia y Victoria. Su comunicación era prácticamente continua.

—Llegó la hora de dormir, jovencito —le dijo Lupe mientras Esteban se cubrió la cara con una almohada tratando de escapar de las cosquillas que le hacía su papá en las costillas.

—Bueno, muchacho, es hora de dormir —le dijo José Gabriel

—¿Me cubres papá? —preguntó el niño.

José Gabriel lo suspendió en sus brazos, lo abrazó con tanto amor que casi se podía palpar. Lo acostó de nuevo, tomó la cobija y lo cubrió. En ese momento llegó Cintia y les dio las buenas noches a todos. Luego, Lupe se marchó a su habitación, José Gabriel besó a su hijo y encendiendo una pequeña lámpara de mesa y bendiciéndolo, citó un texto bíblico, así dijo:

—En paz me acostaré y así me dormiré porque tú, Dios mío, me haces descansar confiado.

Así lo dejó cobijado, casi dormido y se fue a su recámara.

La noche transcurrió tranquila en aquella hermosa casa. Podía percibirse cómo el silencio se paseaba por sus habitaciones.

Mientras todos dormían, el sonido de la noche cual sinfonía natural buscaba el más pequeño hueco por donde colarse en aquellos aposentos que albergaban los sueños de cada uno de ellos.

Al pasar las horas en medio de la madrugada aun oscura, de pronto, se cortó la energía eléctrica ocasionando que José Gabriel saltara de la cama para verificar qué pasó. Se movió en tinieblas hasta un mueble en una esquina de la habitación. De su primera gaveta extrajo una linterna que depositó estratégicamente para un caso como aquel.

Mientras José Gabriel actuó, pensó que era muy extraño que estuvieran nuevamente sin energía cuando ya él hizo los arreglos para que un generador supliera de energía en un caso de falla eléctrica. Se dispuso a verificar por qué sucedió ese apagón.

Esteban se despertó, se sentó en la cama asustado, esperando a que alguien fuera por él, cuando de pronto, la puerta se abrió y ahí en medio de la oscuridad estaba de pie su padre.

—¿Papá? —preguntó el niño.

No obtuvo respuesta.

—¿Papá? —insistió el niño.

Se repitió el mismo silencio. Esta vez, el padre se acercó a la cama y sí, era José Gabriel.

Esteban prácticamente saltó de la cama corriendo y abrazó a su papá, lo apretó tanto como pudo. Buscaba seguridad en una situación como aquella que se vivía en su casa.

En ese momento tomó la mano de su padre, pero al tomarla, sintió algo extraño en ellas que hizo que las mirara. Aunque estaba oscuro, José Gabriel se acercó lo suficiente para que la claridad de una pequeña lámpara para emergencias le permitiera a su hijo mirar las manos. El niño se asustó, soltó las manos y emitió un grito que le salió de lo más profundo de su pecho.

José Gabriel salió de prisa del cuarto mientras Esteban caminó detrás de él, pero al llegar a la escalera, José Gabriel la subía corriendo y al toparse con Esteban se le acercó. El niño retrocedió y se separó de él, acercándose a la nana que también llegó detrás de José Gabriel quien, a su vez, al ver que el niño se alejó de él, lo tomó en sus brazos y le preguntó:

—¿Qué te sucede Esteban?

El niño estaba muy asustado y mirando a su padre, se aferró a su nana.

Fue un momento muy doloroso para José Gabriel pues su hijito en estos momentos parecía estar aterrado ante su presencia. ¡Ni siquiera quería que se le acercara! Su mirada demostraba el pánico que sentía, mientras a su vez, sus ojos se cristalizaban al humedecerse con las lágrimas que aparecieron en ellos.

José Gabriel intentó nuevamente acercarse a su hijo, pero el niño no se lo permitió aferrándose a su nana aun más fuerte y recostando su cabeza sobre el hombro de ella. José Gabriel no salía de su asombro, pues al parecer no lograba entender qué sucedía. Volvió a preguntarle con insistencia.

—¿Qué sucede, Esteban? Cuéntame...

El niño, mirando a su padre con temor exclamó:

—¡Papá, tus manos están quemadas!

—¡No, hijo, no! Por Dios mira mis manos: ¡No están quemadas! — dijo José Gabriel mientras exponía sus manos a la vista del niño.

El pequeño observó las manos de su padre, se zafó de los brazos de la nana que lo sostenía y se acercó a su padre. Tomó sus manos y con detenimiento las miró mientras José Gabriel observó a Lupe y a la enfermera con extrañeza. El niño miró minuciosamente las manos de su padre por encima y por debajo. Insistió en mirar sus dedos y le dijo:

—Papá, ¡aquí! Tus manos estaban quemadas aquí...

José Gabriel se acercó a él y esta vez se dejó cargar. José Gabriel lo besó y lo apretó muy fuerte con gran amor y lo miró a los ojos mientras le dijo: —Nada tienes que temer, solo fue una pesadilla. Sabes que con papá estás seguro; recuerda que papá te protegerá siempre.

El niño le sonrió a su padre y se recostó de su hombro apretándolo todo lo que pudo. La escena fue digna de observar y capaz de sacar los sentimientos más íntimos de cualquier persona.

Dejando al niño un poco más tranquilo, los cuatro bajaron al comedor mientras José Gabriel salió a verificar por qué la energía volvió a fallar. Para su sorpresa, el pequeño cuarto que se preparó para colocar el generador de emergencia se encontraba con la puerta forzada y abierta. Tomando las precauciones que requería una situación como aquella, lentamente entró y encontró que el generador había sido sabotado. De inmediato corrió a verificar por qué estaban sin energía, ya que notó que a lo lejos una residencia vecina tenía energía. Luego de varios minutos, notó algo increíble: el cable que alimentaba su residencia desde el poste más cercano estaba caído en el suelo. Pensó que necesariamente alguien había entrado en su propiedad. Seguidamente se

preguntó: “¿Cómo alguien pudo burlar el sistema de alarma colocado en mi casa?” No podía entenderlo.

Durante el resto de la noche todo estuvo tranquilo, aunque tanto la enfermera como la nana no pudieron dormir por lo ocurrido. Mientras José Gabriel intentaba dormir con el niño en su habitación, mirando el techo pensó: “¿Quién estará haciendo esto...?”

Al amanecer, José Gabriel realizó una llamada al departamento de energía eléctrica para informar el daño realizado a sus líneas principales. Los especialistas no tardaron en llegar. Luego, él llamó al personal de mantenimiento del generador de emergencias para que fueran a repararlo. Además, tuvo una pequeña conversación tanto con la nana como con la enfermera, a las cuales les pidió que no le comunicaran a Sara lo sucedido esa noche.

Tanto Lupe como Cintia (la enfermera), no estuvieron de acuerdo con lo que José Gabriel les pidió, pero nada le dijeron. En la primera oportunidad que tuvieron mientras él acompañó al personal que durante la mañana trabajó en el generador, sin titubear, llamaron a Sara.

Sara se encontraba en China, gestionando la pronta apertura de las nuevas oficinas y sucursales que estaban por inaugurar. La llamada le tomó por sorpresa, pues en China era muy tarde en la noche. Luego de que le explicaron lo sucedido, Sara quedó un tanto perturbada e hizo dos llamadas: una a Victoria Lugo la psiquiatra de José Gabriel y otra al detective William Bernard, a quienes les pidió que visitaran a José Gabriel. Victoria se comprometió en visitarlo para evitar una recaída y el detective prometió investigar más a fondo lo que pasó.

Eso no fue todo, ya que Sara comenzó los preparativos para regresar a casa. Al parecer la noticia la perturbó más de lo esperado.

En la casa, una vez el servicio eléctrico fue restaurado, a José Gabriel se le ocurrió verificar las grabaciones de las cámaras. Sentado, mirando las grabaciones, ocurrió algo que le erizó la piel y como un viaje inesperado al pasado en todas las cámaras solo apareció él, junto a las otras personas que se encontraban en la casa esa noche. Eso lo perturbó ya que se vio de espaldas, parado en la puerta de la habitación de Esteban y vio como entraba y luego, unos minutos después, salía de la habitación a toda prisa para volver a entrar como si nunca hubiera estado en ella.

El retrocedió e inició de nuevo la grabación varias veces y no paró de hacerlo hasta que de un golpe quebró uno de los monitores gritando y maldiciendo:

—¡Ese no soy yo...; ese no soy yo...; ¡no soy yo...!

Sus gritos retumbaron en toda la casa causando un terrible sonido que le causó temor al más valiente. Cintia y Lupe corrieron hasta donde él estaba, para encontrar a un hombre totalmente descompuesto, con una mano bañada en sangre y repitiendo las mismas palabras una y otra vez.

Cintia, aunque asustada, logró calmarlo mientras observaba en sus manos temblorosas una profunda y abierta herida por donde brotaba mucha sangre. Eso la asustó. Lupe atendió a Esteban, pero mientras Cintia lo calmaba, ella observó las cámaras y se dio cuenta de lo mismo que él notó. Eso la asustó aun más, pero se mantuvo callada. Ella dijo que debían ir a un hospital, pero él se negó. A ella no le quedó otra alternativa que ella misma tomarle nueve puntadas en la parte superior de la mano y en la parte de los nudillos. Luego Cintia lo medicó y él se recostó en su cuarto. Una vez él se durmió, Cintia y Lupe le informaron tanto a Sandra como a la psiquiatra lo sucedido. En consecuencia, Sara tomó definitivamente la decisión de salir de emergencia para su casa.

Victoria se encontraba de camino esa tarde para visitar a José Gabriel, Sara se apresuraba en tomar el primer avión a los Estados Unidos, cuando el detective William Bernard decidió hacer una investigación necesaria. A veces las sorpresas se dan cuando menos se esperan...

CAPITULO XI

SANGRE EN LA MANSIÓN

Todos vivimos tan cautivos y afanados con nuestros trabajos y vidas que muy pocas veces pensamos en el momento en que la muerte nos puede sorprender. Pasan los años y cumplimos con tantas cosas, alcanzamos logros que nos llenan de satisfacción; pero a la vez, muchas veces dejamos cosas sin resolver, situaciones que se quedan en el pasado sin solución, que simplemente las pasamos por alto y continuamos con nuestra vida sin pensar en ellas. Tal vez en esos momentos sentimos que nuestra alma quiere huir, tomar las alas del viento, emprender el viaje con destino a lo desconocido, que nuestro corazón se dispone a dar sus últimos latidos y recordamos aquello que olvidamos durante toda nuestra vida, quizás algo tan sencillo como “un perdón” o un “te amo.”

Esa tarde mientras todo lo anterior acontecía, William y su compañero Santana, se apresuraron en visitar la mansión de los Valentino que se encontraba abandonada. Desde el accidente aéreo, ni José Gabriel, ni sus hermanas, quisieron vivir en la gran casa pues los recuerdos le causaban mucho dolor. Aunque la casa estaba vacía, el patio frontal no se encontraba abandonado. José Gabriel contrató un jardinero que se encargó de su mantenimiento.

Con un viejo llavero que consiguieron de manos del jardinero, los agentes abrieron el enmohecido portón. La vieja y gruesa puerta se dejó escuchar fuertemente con un sonido penetrante cuando empujaron cada hoja para poder pasar entre ellas y entrar en la gran mansión.

Era hermosa por dentro, como una mansión de fantasía, con una gran escalera con pasamanos tallados en madera, con una circunferencia que envolvía a una hermosa columna de granito. Su piso era de mármol. Todo parecía estar detenido en el tiempo, con la decoración de años pasados y los muebles cubiertos con grandes sábanas blancas. El conjunto era escalofriante y les pareció estar en una escena de una película de horror. Ambos visitantes estaban idiotizados observando el espectáculo que aquella arquitectura le presentó... William rompió el silencio, dijo:

—Bueno, vamos a lo que venimos. Necesitamos encontrar la biblioteca. Santana, yo buscaré arriba, tú busca abajo. Pasa por la cocina, allí debe estar el cajetín de la corriente para que enciendas las luces.

Ambos se dividieron como lo acordaron, Una vez pasaron varios minutos y la noche se apresuró a salir a escena, cuando efectivamente Santana encontró el cajetín de la luz, pasó el switch y las luces se encendieron en toda la casa. Al parecer, debido al tiempo sin uso, muchos de los focos estaban dañados, pero había suficiente luz para que ellos pudieran moverse con libertad.

Santana revisó las habitaciones cuando notó que al final del pasillo estaba la puerta de la biblioteca. De algún modo logró comprender que esa era la puerta. Corrió por el pasillo y llamó a William, quien casualmente se encontraba cerca de la escalera. Se disponía a bajarla porque la biblioteca no estaba en el piso de arriba. El detective se apresuró en bajar y se acercó a la puerta; verificó llave por llave hasta que consiguió la indicada. Abrió la puerta.

—Fascinante! —exclamó con gran asombro.

Al entrar todo estaba muy oscuro. Notaron el interruptor de la luz y al encenderlo, quedaron fascinados con lo que vieron. El lugar era hermoso, aunque estaba lleno de polvo y las arañas se encargaron de hacer sus obras de arte por todos lados. Era como dar un viaje en el tiempo, al pasado. En medio de la habitación había un púlpito de cristal que contenía una copia aumentada del conocido libro "Don Quijote De La Mancha". Se encontraron rodeados de grandes anaqueles llenos de libros de todas clases y ubicado en una de las columnas, exactamente en el centro del salón, había un antiguo espejo.

Mientras William buscó entre los libros y las reliquias que se encontraban por todas partes, Santana observó el gran espejo. William le preguntó:

—¿Qué sucede Santana?

Él notó la manera en que su compañero miraba el extraño y grande espejo, con figuras esculpidas en la madera del gran marco ovalado.

—¿No le parece curioso este espejo? —preguntó Santana.

Eso despertó la curiosidad en William; se acercó al espejo y comenzó a tocarlo y a

pasar sus manos sobre él, acariciándolo con mucha delicadeza para sentir su textura. Al acariciar la figura de un ángel que estaba un poco más alto que él, notó que entre sus alas había lo que parecía ser un trozo de papel. Lo agarró, lo abrió (estaba muy bien doblado), y luego de sacudir polvo que contenía, lo colocó frente a él para ver que decía. Leyó lo que estaba escrito: “¿Hacia dónde mira el querubín?”

—¿Hacia dónde mira el querubín? —dijeron ambos al unísono mientras se miraron con asombro.

William de inmediato tomó una silla y la rodó justo al lado del espejo, se trepó sobre ella y colocándose en paralelo a la figura, cerró un ojo mientras con el otro trató de ver hacia dónde la figura fijaba su mirada. Lo que pudo ver fue un área en donde se simulaba una pequeña chimenea adornando el lugar, hecha de adoquines y muy bien construida. El detective fijó su mirada en el centro de la estructura, se bajó de la silla, y la arrastró hasta colocarla frente a la chimenea. Se trepó nuevamente en ella, sacó de su correa (justo al lado de donde se encontraba su arma) una filosa navaja, comenzó a tocar los adoquines y a introducir la navaja entre ellos.

Santana se le acercó y observó con extrañeza lo que hacía, pero nada dijo. De pronto escuchó gritar a William con alegría:

—¡Eureka, es lo que pensé...!

Santana se acercó por detrás, mientras William sacó algo de uno de los adoquines. Al sacarlo, le hizo señas a Santana, quien lo entendió: tomó el adoquín mientras el suelo se llenó de partículas. Luego se retiró y se ubicó cerca de la entrada, justo al lado de la escalera.

De pronto, Santana se detuvo y puso su mano sobre su arma pues, al parecer, algo o alguien se acercó a la puerta. Se quedó observando unos segundos para verificar si era verdad lo que escuchó y si se repetía. William le silbó a Santana para que estuviera pendiente de lo que él hacía y continuó sacando los adoquines. En total sacó cuatro.

Qué sorpresa cuando notaron, en especial William, una caja de madera no muy grande con un candado muy oxidado. La madera de la caja se encontraba deteriorada, al parecer llevaba mucho tiempo oculta entre los adoquines. El detective apartó la silla mientras removió el polvo de la caja con el fin de limpiarla. Luego, caminó y la depositó en el púlpito que se encontraba en medio de la biblioteca. Sin dudar, con la navaja desajustó la base del candado. Cuando abrió la caja, encontró varios papeles escritos envueltos en un plástico.

—Señor, la noche cayó y me pareció escuchar pasos hace un rato. Quiero inspeccionar los alrededores para verificar que todo esté bien —dijo Santana.

William se encontraba tan sumergido en lo que hacía que apenas prestó atención a las palabras de su compañero. Santana insistió y William mirándolo, acentuó con la cabeza. Santana salió de la biblioteca. Mientras tanto, cuidadosamente William quitó el

plástico y agarró los papeles, que eran varios. De inmediato, leyó lo que estaba escrito:

“Esta es una noche muy especial, pero dolorosa. ¿Cómo se siente la alegría del dolor? Qué cosas tiene la vida esta noche que mi esposo me ha respondido a meses de hacerle las preguntas, a meses de discusiones casi a diario y a dudas llenas de temor de una mujer eternamente enamorada. ¿Cómo hace una mujer, esposa del hombre más respetado del pueblo, ante la noticia y la gran sorpresa que recibí...?”

“Siento tanto dolor y decepción que mi humanidad me impone que haga cosas horribles que jamás pensé podían pasar por mi mente, con relación al hombre que amo y padre de mis hijas.

“Pero a la vez sufro una interminable batalla interna con mi fe y mis valores, un conflicto tal que no ceso de ahogarme en mi lamento.

“Dios mío ayúdame a tomar decisiones sabias y saber si vale la pena salvar mi matrimonio. Nadie nunca debe saber esto que te escribo, pues sabes que siempre me expreso mejor cuando te escribo, aunque esto conmigo morirá... Mi esposo llegó hoy a media noche, lloroso como nunca lo vi antes, con el rostro pálido y su mirada perturbada. Traía entre sus brazos, envuelto en una sabanita, lo que mis ojos no podían creer, mojado por la noche lluviosa. Se desplomó de rodillas ante mí con un gemido indescriptible, que a su vez provocó que mis oídos confirmaran lo que mis ojos observaban, pero que mi mente no quería aceptar: el lloriqueo de un recién nacido...

“Ante tal escena, mi corazón quedó conmovido y agarré de entre sus brazos al pequeño, quitándole la tela que cubría su rostro. Lo observé y con tan solo mirar sus ojos supe que mi esposo era su padre. Una confusión de sentimientos recorrió mi cuerpo y comenzó mi bendito martirio, porque al cargar al pequeño entre mis brazos, sonrió inocentemente. Mantuve suficiente calma ante aquella tempestad que alteró mis entrañas y le pregunté: ¿Qué pasó? Casi sin poder hablar, me contestó: La madre murió y es mi hijo... Pero eso no es todo, hay algo más...

De pronto, se escuchó un fuerte ruido y unos quejidos que sugirieron que una contienda ocurría en el interior de la casa. William de inmediato tomó los papeles y se apresuró a salir de la biblioteca. Cuando salió al pasillo, caminó hasta la escalera y al detenerse frente a ella, en la entrada principal, vio a Santana en el piso sobre lo que parecía ser un charco de sangre.

William se paralizó cuando, de entre la entrada principal de un lugar que no pudo ver, salió un hombre con su cabeza cubierta con una gabardina negra, portando guantes negros y apuntándole con el arma de Santana. Con la mano donde llevaba el arma le hizo señas para que se acercara y como si el arma fuera un dedo de su mano, le hizo la señal de silencio. William se aproximó lentamente hasta que quedó cerca del misterioso personaje. Miró a Santana en el piso y en efecto, se desangraba. Tenía una herida en su cuello, más abajo de la oreja, hecha con algún objeto punzante.

De inmediato, William se quitó su camisa y trató de cubrir la herida de su compañero quien perdía sangre a borbotones.

—No sé quién eres ni qué quieres, pero lo que vayas a hacer, hazlo ya. Mi amigo se desangra y no pienso dejarlo morir como si fuera un animal mientras tú me miras, maldito... —le dijo William con voz desafiante.

En ese momento el sujeto se acercó lentamente a William y aprovechando que él se encontraba desesperado tratando de ayudar a su amigo, le propinó un golpe con la culata del arma en la cabeza. William perdió el balance y con su mano derecha se apoyó en el suelo que estaba teñido de sangre, dio un giro y con su mano izquierda tomó el arma. Mientras caía de espalda en el charco de sangre se escuchó una detonación que hizo eco en toda la mansión. El extraño disparó su arma, William ahora se encontraba en el piso sobre la sangre de su mejor amigo gravemente herido y mientras el líquido vital se escapaba de su cuerpo, su propia sangre se mezcló con la de su compañero aumentando aquel pantano escarlata sobre el mármol del suelo. Él, entre suspiros, profirió estas palabras:

—¿Quién eres, maldito? Muéstrame tu cara antes de morir (al parecer su muerte era inminente) ... No sé por qué haces esto...

El sujeto agarró los papeles que William encontró.

William lo miró y logró observarlo durante unos segundos. Fue cuando, molesto, el asesino le preguntó con voz burlona:

—¿Qué tanto miras, moribundo?

William continuó mirándolo fijamente como quien busca algo escondido... Lo penetró con su mirada.

—¿Por qué me miras así? —repitió el desconocido.

—Hay algo extraño en ti... —le contestó William casi sin fuerzas.

—No hay nada extraño en mí, ¡policía estúpido! —dijo el extraño gritando, iracundo, y sin decir nada más, le dio otro disparo que penetró por su costado. Seguidamente le escupió en la cara, dio media vuelta y lo dejó a su suerte en la solitaria mansión.

William mal herido casi sin fuerzas, pero aun consciente, sacó de su bolsillo un teléfono celular y repitió el último número marcado, que casualmente era el de Sara.

Sara contestó de inmediato.

—Sara, estoy en la mansión, me desangro, José...—estas palabras las dijo casi sin fuerzas y se cortó la comunicación.

—Hola, ¿William?, ¡William! —de inmediato, Sara supo que algo grave ocurría y rápidamente llamó a las autoridades.

En cuestión de minutos, las autoridades se presentaron en la mansión Valentino, para encontrarse con la trágica escena: Allí se encontraban dos amigos casi inseparables, uno al lado del otro, sobre una laguna de sangre. Los paramédicos intervinieron de inmediato.

—Este está muerto... —dijo un paramédico.

Tristemente se refirió a Santana. La ayuda no llegó a tiempo. Por otro lado, otro paramédico examinó a William y rápidamente dijo:

— ¡Este tiene pulso todavía, pero ha perdido demasiada sangre! Debemos auxiliarlo inmediatamente ya que está a punto de entrar en coma.

De inmediato y a toda velocidad lo llevaron en ambulancia al hospital más cercano.

—¡Se nos va, se nos va...! —se escuchó exclamar a uno de los paramédicos.

William se enfrascó en una lucha piel con piel contra la misma muerte, quien al parecer quería reclamar el derecho a lo que le correspondía. Pero no, ¡William no estaba dispuesto a otorgarle ese derecho! ¡por lo menos, no en ese momento!

William fue llevado al hospital, operado de emergencia y recluido en “cuidados intensivos”.

¿Qué secreto descubrió William? ¿Qué otra información contenía los papeles que se llevó el asesino? ¿Cuán importantes eran? El tiempo no perdona en su andar: los secretos tarde que temprano se descubren... El misterio de una vida se aproximó a ser revelado.

CAPITULO XII

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO

Sara llegó muy cansada luego de doce horas de vuelo, pero aun así, lo primero que hizo fue llamar a William y averiguar dónde se encontraba. Al enterarse de lo sucedido, se puso muy nerviosa y un gran temor la invadió de inmediato.

En seguida llamó a Victoria. Quería preguntarle si la noche anterior visitó a José Gabriel debido al arrebató que tuvo, y temiendo una recaída, acordó con ella que lo visitaría. En efecto ella lo visitó y le suministró una dosis fuerte de medicamentos que lo durmió toda la noche. Sara al llegar a su casa, se encontró con Cintia quien le salió al encuentro.

—¿Cómo está él?

—Sigue dormido, Señora.

—Dime una cosa Cintia, ¿durmió toda la noche? —Sara desconfiaba de él.

Cintia la tomó de un brazo la llevó a la cocina y de una gaveta sacó algo envuelto en un pedazo de papel.

—¡Mire, Señora! —mientras le mostró lo que estaba envuelto en el papel.

—¿De dónde lo sacaste, Cintia?

—Las encontré en el patio, justo detrás de una de las ventanas de la habitación de su esposo —contestó Cintia.

—¡No puede ser! Esto quiere decir que José Gabriel no se tomó los medicamentos que Victoria le dio en la noche.

—No solo eso, Señora, incluso creo que en la noche salió de la casa, venga para que vea...

Sara caminó detrás de ella hasta la entrada posterior de la casa donde encontraron unas sandalias medio mojadas y llenas de lodo; prueba irrefutable que, en efecto José Gabriel salió en la noche.

Eso provocó tal consternación de Sara que tuvo que sentarse para tomar un respiro. Luego, dijo:

—Cintia, estoy muy asustada y preocupada. Algo terrible ha pasado y me temo que mi esposo tenga que ver con eso

—Señora, ya todo el pueblo está enterado. Lo ocurrido en la mansión ha sido la gran noticia del día.

Mientras aun conversaban, se escuchó que alguien tocaba el timbre del portón principal.

“¿Quién será?” —pensó Sara. En seguida preguntó a través del sistema de seguridad.:

—¿Quién es?

—Señora, le habla el agente especial Medina y me acompaña el agente Esteves. Debemos hacerle unas preguntas.

Se incrementó el nerviosismo en Sara. Cintia le pidió que se calmara. Sara reconoció su estado, respiró profundamente y tomando una postura firme, se arregló su ropa y abrió la puerta. Los agentes entraron. A continuación, la historia se repitió: Allí se

encontraba Sara en medio de un interrogatorio. El agente Medina le solicitó que llamara a José Gabriel. Ella se negó: dijo:

—Señores, no saben cuánto lamento lo que les sucedió a sus compañeros y me entristece pues les tengo gran aprecio a ambos, en especial a William, a quien pronto visitaré, si me lo permiten. En cuanto a mi esposo le digo que acabo de hablar con su psiquiatra y me confirmó que él estuvo aquí, dormido, toda la noche y aun duerme bajo el fuerte efecto de los medicamentos que se le administraron. Aquí está la enfermera Cintia, encargada de atenderlo. Ella puede dar crédito a mis palabras...

—¿Es esto cierto, Señora? —le preguntó a Cintia el agente.

Ella miró a Sara unos segundos y algo preocupada contestó:

—Sí, es correcto.

— Señora, gracias por su tiempo, pero antes le digo lo siguiente: Debido a la investigación que realizaba el compañero Bernard y en el lugar donde el compañero Santana perdió la vida, una propiedad de ustedes, tanto usted como su esposo son sospechosos. Mientras nuestro compañero sale del intensivo y espero que sea pronto para investigar lo sucedido más a fondo, le pido tanto a usted como al Señor Valentino que no salgan del país.

Sara trató de explicarle que no podía garantizarle eso ya que ella estaba a cargo de la compañía y se le exigía estar constantemente viajando. El agente la amenazó con conseguir una orden del juez que le impidiera, incluso, salir de su casa por tiempo indefinido. Eso molestó a Sara, pero no le quedó otra alternativa que aceptar la petición del agente.

Una vez los agentes abandonaron la propiedad, Sara fue a donde dormía José Gabriel, lo sacudió y despertó muy molesta. Él se levantó de inmediato debido a la sacudida y le dijo: —¿Qué sucede, te volviste loca, Sara? ¿Cuándo llegaste? No sabía que venías...

—José Gabriel, dime una cosa: ¿Qué significa esto? —le mostró las pastillas y continuó preguntándole, muy desenfajada—:

— ¿Dónde estuviste anoche? ¿Porque sé que no estuviste aquí, en la casa? José Gabriel, el detective William Bernard está en hospital herido de bala, su compañero está muerto... ¿Sabes dónde sucedió todo eso?

—¿De qué estás hablando, Sara?, ¿Cómo puedo saberlo yo?

Ambos comenzaron una violenta discusión, como nunca la tuvieron. Sara perdió la compostura. Sus voces se escucharon en toda la casa y se dijeron cosas muy dolorosas, provocando heridas y recordando situaciones pasadas, hasta que Sara le gritó unas palabras que callaron por completo a José Gabriel.

—¡Estoy cansada...! Parece que no estás haciendo nada para salvar nuestro matrimonio. ¡No sé si notas que caemos por un despeñadero! ¡Ya no puedo más!

Ella se sintió ahogada. Se detuvo un instante, miró fijamente a su esposo y se le aproximó desafiante.

—¡Te pediré el divorcio! ¡Ni siquiera puedes tomarte tus medicamentos ni explicarme dónde estuviste anoche! Acabo de llegar de viaje, que realicé en favor de nuestra empresa ¡y tú ni siquiera puedes tomarte tus malditos medicamentos! Y eso que es por tu bien, por el nuestro y el de nuestro hijo. ¡Ya no tolero más esta situación!

José Gabriel permaneció perplejo. Guardó silencio ante las palabras de su esposa.

—Te amo tanto, eres el hombre de mi vida, pero ya no puedo más con esta situación...
—dijo ella muy dolorida. Le dio la espalda y procedió a marcharse.

—En el cementerio... —se escuchó decir a José Gabriel.

—¿Qué dijiste? —preguntó Sara aun más alarmada.

—En el cementerio... —repitió él— Anoche estuve en el cementerio. No quise tomarme los medicamentos y pido perdón por no haberlo hecho, pero ya estoy hastiado de tomar tantos medicamentos. No me siento bien, mira mi mano (sus manos temblaban) y reconozco que, al parecer, estoy peor de lo que creo... —dijo José Gabriel con tristeza.

Después de unos segundos continuó explicando:

—Pensé en el accidente y de pronto se me ocurrió la loca idea de visitar la tumba vacía de mis padres... Me escape anoche, después de que Victoria se marchó. Caminé casi una hora y llegué al cementerio, salte la cerca, y allí me quedé, hablando con una tumba vacía... Sé que fue algo de locos, pero fue lo que hice.

Sara lo miró con lastima, se le acercó y tomando sus manos, se arrodilló delante de él, que permanecía sentado al borde de su cama.

Ella, mirándolo a los ojos fijamente le preguntó: —¿Don Pablo, el cuidador del cementerio, te vio...?

—No, Sara, sabes que él es un hombre bastante mayor y era tarde en la noche. Además, me escondí, no quería que me vieran.

—José, te pregunto: ¿sabes lo que le sucedió a William y a Santana?

El asintió con la cabeza.

—Hace un momento vinieron dos agentes y se entrevistaron conmigo. Somos sospechosos del asesinato de Santana, y no podemos abandonar el país. José, si se enteran de que no estuviste aquí anoche, serás sin duda el primer sospechoso de esa

muerte.

—Y mi esposa, ¿qué piensa?

—He querido pensar que mi esposo no es capaz de semejante barbaridad, pero, como él está enfermo y, además, ha estado actuando sin que luego lo recuerde, estoy muy asustada... —le contestó Sara.

—No fui yo, Sara. Suspirando como quien se resigna, añadió: —Por lo menos eso es lo que pienso y recuerdo. No podemos hacer otra cosa que esperar y para estar seguros, te pido que por algunos días te vayas a un hotel, es sólo mientras se resuelve todo este lío. Llévate a Esteban contigo. Además, que Cintia y Lupe también se marchen. Yo me quedaré solo y pídele a Victoria que me visite dos días en la semana o como ella lo decida. Me parece que lo que acabo de decirte es lo mejor para todos.

A Sara le dolió mucho lo que ocurría, pero le pareció que era lo mejor. Estaba muy asustada.

El caso fue que José Gabriel no podía confiar en su persona, la duda lo abordaba debido a lo ocurrido y en ese momento solo pensó en la seguridad de su esposa y de su hijo. Con su decisión intentó protegerlos de él. Sin embargo, no dejó de pensar en las palabras de Sara, pues se convirtieron en una tortura que martilló su cabeza a cada minuto.

CAPITULO XIII

CRISIS EN LA OSCURIDAD

Pasaron varios días y todo trascurrió como lo acordaron. Sara se mudó a un hotel cerca, en el pueblo y de vez en vez durante la semana, visitó a su esposo en la casa. Victoria se negó a visitar a José Gabriel en la casa por temor. Se acordó que él iría al consultorio una vez a la semana.

Victoria habló con Sara y le sugirió internar a José Gabriel, pero a pesar de los últimos acontecimientos, ella se negó, Victoria pudo internarlo sin que la esposa interviniera, diagnosticando que él era un peligro tanto para él mismo como para la sociedad, pero debido a su amistad con Sara, no lo hizo. Eso sí, amenazó a José Gabriel, le dijo que, si no cumplía con sus visitas y el tratamiento al pie de la letra, no dudaría en internarlo y ella misma llamaría a la policía para que lo buscaran en su casa.

Todo aquello mantuvo estresado a José Gabriel y, tanto Sara como Victoria lo sabían; pero, en fin, no quedaba otra alternativa. Tenían que tomar medidas extremas para proteger la familia. José Gabriel no era ajeno a eso y aceptó que era lo mejor para

todos, sin importar lo difícil que fuera.

Bajo esa misma rutina pasaron los días y el detective William, aunque se encontraba estable, no salía del coma. Se mantenía en sala de intensivos.

Cierta tarde, Sara regresó de visitar a su esposo acompañada de Esteban. Ella llevaba a su hijo un día a la semana para que compartiera con su padre. Cuando ellos se desplazaban en automóvil por un paraje algo solitario, comenzó a caer la noche. La brisa fría del otoño acarició su vehículo acompañada de un cielo gris y algunas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el parabrisas de su auto. Era la señal indudable de que la naturaleza estaba a punto de derramar su lienzo líquido sobre toda aquella zona.

Siendo ellos testigos de tal belleza natural, de pronto, una camioneta bastante deteriorada y con los cristales oscurecidos se les cruzó en el camino.

Eso provocó que Sara repentinamente frenara su vehículo el cual, estando húmeda la carretera, se deslizó sobre el asfalto hasta chocar de costado contra un árbol. Por suerte ella no transitaba a alta velocidad así que ambos salieron ilesos. No obstante, un poco aturdida, Sara zafó su cinturón de seguridad y se apresuró a verificar que el niño estaba bien.

En efecto estaba bien, pero asustado y llorando. Ella bajó del vehículo de prisa, abrió la puerta para sacar al niño, lo tomó en sus brazos y él se abrazó a ella. En ese momento la lluvia arreció. Mientras ellos eran víctimas de la naturaleza y pasaban el susto que les ocasionó el choque, ella sintió algo frío que tocó su cabeza por atrás a la vez que le susurraron al oído: —Por el bien de tu hijo y el tuyo, harás todo lo que yo te diga. Lo que sientes en tu cabeza es un arma de fuego y créeme está cargada. No me temblará la mano para dispararles, a ti y a tu hijo, si no sigues mis instrucciones.

Sara se sintió morir e inevitablemente comenzó a llorar. El palpar de su corazón se escuchó a la distancia.

El hombre que la amenazaba estaba enmascarado. Sara le dijo a Esteban que el recién llegado era como un súper héroe que llegó para ayudarlos y que irían con él porque su vehículo se encontraba averiado. Esteban miró con extrañeza a su madre pues no podía entender por qué, si el sujeto era un súper héroe como le dijo, ella continuaba llorando...

La camioneta color gris oscuro se encontraba bastante deteriorada, pero tenía una caja cerrada en la parte posterior muy bien asegurada. Fue ahí donde el asaltante metió a Sara y al niño. Esta parte del vehículo no tenía nada de luz así que prácticamente quedaron a oscuras, Sara abrazó fuertemente a Esteban quien estaba muy asustado.

La camioneta comenzó a moverse para luego detenerse más adelante, al parecer, el conductor se bajó, de inmediato volvió a ella, la movió corta distancia y repitió la misma operación una vez más. Eso hizo pensar a Sara que se detuvo para abrir un portón o algo parecido. No estaba lejos de la verdad: se trataba de un tipo de portón de madera

alto, ocultado con arbustos a la orilla de la carretera solitaria.

Esteban, se preguntó en su inocencia: “¿Qué tipo de súper héroe es este?”

Sara insistió en decirle que todo estaba bien y que el enmascarado quería ayudarlos. Las palabras de su madre lo ayudaron a permanecer tranquilo.

El vehículo comenzó de nuevo con la marcha, pero esta vez Sara sintió movimientos bruscos del vehículo, al parecer se salieron de la carretera para tomar alguna vía pedregosa. Pasaron algunos minutos antes de que el vehículo se detuvo.

Continuaba lloviendo cuando la puerta de la camioneta se abrió. Ahí estaba el enmascarado, bajo la lluvia.

—Quiero que recuerdes las palabras que te dije antes, por el bien de tu hijo —le dijo el enmascarado a Sara.

Sara acentuó con su cabeza. Tomándola por la mano el hombre la hizo bajar de la camioneta. Ella cargó a su hijo. Sara notó que estaban sobre un camino sin salida, dentro de una zona boscosa.

El enmascarado la haló por la mano y comenzaron a caminar en la noche lluviosa bosque adentro. Con el paso aligerado, sus zapatos se llenaron de lodo y de hojas secas mojadas. Sólo se escuchaba el sonido de la lluvia al caer sobre las hojas y las ramas del bosque. Las aguas comenzaron a buscar su camino y ellos, alumbrados por una linterna y casi arrastrados, llegaron hasta una casa; al parecer, por su parte posterior. Esteban comenzó a llorar hacia varios minutos y el misterioso secuestrador le gritó a Sara que lo callara. Ella intentó calmarlo y lo apretó entre sus brazos tratando de consolarlo. Caminaron hasta la casa y él abrió la puerta. Todo estaba muy oscuro, pero a Sara le pareció familiar el ambiente, aunque nada veía por la oscuridad y porque tenía la cara y el cabello mojados.

Para entrar en la casa el sujeto les vendó los ojos. Mientras Sara era vendada, Esteban se aferró a su cintura. En esa situación tan tensa y atemorizante ambos se encontraban, aunque Sara mantenía control sobre su persona. Se encontraba muy asustada y le temblaban las manos, más por los nervios que por el frío que hacía.

El hombre los empujó forzándolos a caminar a oscuras hasta que llegaron a un área donde comenzaron a bajar unos escalones agarrados de un pasamano. Era obvio que bajaban por una escalera. De pronto se detuvieron en un punto donde el sujeto pareció abrir una puerta y los empujó para que entraran. Sara y el pequeño continuaban con sus ojos vendados.

Mientras Sara y el niño continuaron parados, inmóviles, a oscuras y en medio de la nada debido a las vendas que tenían sobre sus ojos. Sara escuchó con atención lo que sucedía a su alrededor

De pronto, se escuchó como si el sujeto movió algo muy pesado, luego rodó algo más pequeño y se escuchó el sonido de un chirrido, algo parecido a cuando se abre una puerta que lleva cerrada mucho tiempo y las bisagras están enmohecidas u obstruidas por falta de lubricación. El secuestrador agarró al niño, que trató de aferrarse a su madre. Con fuerza se lo arrebató, lo que provocó que ella entrara en pánico y comenzara a gritar mientras se quitaba la venda de los ojos. Antes de poder ver lo que sucedía, recibió un fuerte golpe que la tiró al suelo, casi inconsciente. Mientras se encontraba en el suelo, mareada por el golpe, escuchó muy lejos al niño que gritando la llamaba desesperado. Ella trató de levantarse, pero, muy mareada para permanecer de pie, volvió a caer y perdió el conocimiento.

Pasaron algunos minutos cuando el hombre regresó. Al ver que ella estaba desplomada y sin conocimiento, le propinó un ligero golpe en una mejilla. Ella reaccionó emitiendo un leve quejido. Al parecer, él quiso verificar si estaba viva. Cargándola, la subió sobre sus hombros y desapareció con ella en la oscura habitación.

La oscuridad, el estar privado de la luz, las sombras, la penumbra y la tenebrosidad, cualquiera que fuera la manera de definir lo primero, dio como resultado lo segundo: el temor.

Cualquiera que fuera la expresión, es incapaz de definir lo que Sara y el niño Esteban vivieron en esos momentos.

Al parecer el hombre enmascarado se marchó; pero, ¿dónde estaban ellos? ¿Cuál era su destino en adelante?

El niño se quitó las vendas al notar que el hombre ya no se encontraba en el lugar. Apenas podía ver lo que estaba frente a él ya que la oscuridad era casi total. Él comenzó a llamar a su madre. Ella no respondió. Cuando no la escuchó responder, comenzó a moverse a tientas entre la oscuridad. Por suerte, no había muchos objetos en el lugar. Él continuó moviéndose hasta que tropezó con algo en el suelo, perdió el equilibrio y cayó sobre él. Al caer se dio cuenta de que sus manos se hundieron en algún tipo de colchón. Intentó caminar a gatas. De pronto palpó algo: Era su madre que se encontraba acostada sobre el colchón, aun sin conocimiento.

—¡Mamá! —gritó el niño. —¡Mamá! —insistió, mientras le dio palmadas en el rostro y comenzó a llorar hasta que Sara reaccionó. En su reacción ella se separó del niño por instinto defensivo, pero cuando escuchó que el niño la llamaba, se dio cuenta de que era Esteban. Se le acercó, lo abrazó y ambos lloraron en medio de la oscura y fría noche. Luego de varios minutos, Sara ya un poco más consciente, le dijo a Esteban: — Permanece aquí mientras yo me muevo para ver si encuentro algo que nos pueda dar luz.

Sara comenzó a caminar lentamente por todo aquel lugar, palpando las paredes, pero nada encontró, solo ubicó una puerta, que abrió y palpando se dio cuenta de que era un pequeño cuarto de baño. De pronto, no muy lejos, vio una luz azul y se acercó a

ella. ¡Qué sorpresa, era el niño que tenía su teléfono celular y con él alumbraba! Esteban supo esconder muy bien su teléfono.

—Mamá, mira lo que tengo, ¿te sirve esto? —preguntó el niño.

Sara comenzó a reír mientras lo abrazó y besó. Tomó el celular y miró la hora, eran las dos y quince minutos de la madrugada. Al teléfono apenas le quedaba carga para una sola llamada, así que ella pensó a quién llamar. Hizo la llamada, pero no tuvo suerte. Sin embargo, aunque no pudo hacerla, logró dejar un mensaje: “Soy yo, Sara, estamos secuestrados, mi hijo y yo. No sé dónde estamos, pero escuché roncadores como los que se encuentran en casa de...”

La carga del teléfono se acabó y no pudo terminar el mensaje.

Sin el teléfono celular no había luz hasta el amanecer. Sara cargó a Esteban, lo acostó en su falda y comenzó a acariciarle la cabeza. El niño le preguntó:

—Mamá, ¿dónde estamos?

—No lo sé, mi amor, pero lo importante es que estamos juntos y verás que vamos a salir muy bien de todo esto. Por ahora, duerme.

A los pocos minutos Esteban se quedó dormido. Sara solo pensaba si la persona a quien le envió el mensaje lo recibió. Además, pensó que, aunque le dijo a su hijo que no sabía dónde se encontraban, ella tenía una idea remota.

La crisis para aquella familia estaba comenzando y era cuestión de tiempo para que el misterio de una vida fuera revelado.

CAPÍTULO XIV

ALTA TENSION

Pasaron cuatro días y José Gabriel se percató de que, ni Sara ni su hijo fueron a visitarlo. Él hizo varios esfuerzos por comunicarse con ella, pero no respondió sus llamadas. Temiendo que algo les ocurrió, decidió salir una mañana hacia el hotel donde ella con el niño se hospedaron.

Al llegar, se presentó en el lobby y de inmediato tuvo acceso a una llave de la habitación, No le fue difícil obtenerla ya que Sara lo autorizó en la lista de visitantes. Además, todos en el pueblo conocían a José Gabriel. De inmediato, él procedió a subir al cuarto catorce, donde se hospedaban ellos. Cuando abrió la puerta de la habitación encontró que todo estaba en orden, pero no estaban Sara ni su hijo. De inmediato llamó a Victoria, su psiquiatra y amiga. Le explicó lo que sucedía y de inmediato ella

salió para el hotel.

Al llegar, Victoria no llegó sola, la acompañaban los dos agentes que tenían el caso de José Gabriel. Ellos encontraron a José Gabriel llorando y sentado en la cama, con una foto familiar que agarró de la mesa de noche.

—¿Qué sucede José? —preguntó Victoria. —Ya le expliqué lo que me dijiste a los agentes y están aquí para ayudar.

Él nada dijo.

—¿José Gabriel has tomado los medicamentos? —le preguntó Victoria.

Mientras Victoria trataba de hablar con él, los agentes, en silencio, estaban pendiente de lo que sucedía. Ella les explicó sobre la condición mental de José Gabriel como medida de precaución. A Victoria le preocupaba mucho que él no tomara sus medicinas.

José Gabriel no quiso contestar lo que Victoria le preguntó, así que uno de los agentes tomó la palabra y le explicó cuán importante era que les contara sobre lo sucedido.

Mientras uno de los agentes hablaba con José Gabriel, el otro bajó al lobby y entrevistó a los empleados referente a Sara y su hijo, Nada sabían desde la tarde que partieron rumbo a su casa. ¡Era como si la tierra se los hubiera tragado! ¡Ni siquiera el auto apareció!

José Gabriel por fin se decidió contestar las preguntas que le hizo el agente. El problema era que la última vez que se supo de Sara y Esteban, fue la tarde cuando visitaron a José Gabriel. Por consiguiente, el agente le pidió que lo acompañara a la Oficina Central para allí seguir dialogando. José Gabriel lo miró muy serio y le preguntó:

—¿Necesito un abogado?

—Sí, sería lo mejor para usted —contestó el agente Johnson.

De inmediato él agarró su teléfono, llamó a su abogado y le contó lo que sucedía. Junto a los agentes y Victoria, partieron hacia la Oficina Central. Al llegar, el abogado los esperaba en la puerta. Todos entraron y comenzó un interrogatorio que duró varias horas hasta que Victoria intervino y dijo:

—Se acabó el interrogatorio, lo siento, pero ya no pueden ayudarlo más. ¡Voy a internarlo!

Eso provocó una discusión entre Victoria, los agentes y el abogado. Ellos insistieron que él era el primer sospechoso de la muerte de Santana, de la condición de William y, además, de la desaparición de Sara y el niño Esteban. Pero no podían ir por encima de la decisión de su psiquiatra. Victoria, notó lo complicado del asunto y trató de defender

a José Gabriel. Ella pensó que no importaba donde se encontrara Sara, con seguridad eso era lo que ella quería. Las dudas corrieron por su mente y pensó seriamente en la posibilidad de que José Gabriel fuera el culpable de su desaparición y la de su hijo.

Según estaban las cosas, cada minuto que pasó con la familia desaparecida, más se le complicaron las cosas a José Gabriel. El tiempo era determinante ya que, donde estaban Sara y Esteban, corrían mucho más peligro.

Victoria realizó una llamada telefónica y entre una cosa y la otra, la tarde llegó y con ella llegaron los enfermeros en busca de José Gabriel. Victoria, sin embargo, no permitió que ninguno de ellos tratara con él, sino que ella misma lo tomó del brazo y lo acompañó a la ambulancia.

En el preciso momento en que subía al vehículo él miró fijamente a Victoria y le dijo: — Quiero que sepas que yo no he hecho nada de lo que se me imputa, pero te pido por favor que busques a Sara y a mi hijo, sé que algo no anda bien.

Victoria lo tomó de la mano fuertemente y le dijo:

—Sabes que he querido creerte, mis conocimientos me dictan que estas enfermo pero mi corazón, por alguna razón, me dice que dices la verdad, y aunque te parezca otra cosa, solo trato de ayudarte. Si, amigo, haré todo lo posible por encontrar a Sara y a tu hijo, ya los detectives están trabajando en eso.

José Gabriel haciendo un gesto de conformidad, subió a la ambulancia y partieron rumbo al internado. Victoria fue también al internado después de tener una última conversación con los agentes.

Mientras todo eso sucedía, en un hospital no muy lejano, una dama muy bella, de hermosos cabellos oscuros rizados, alta, delgada, sus ojos cual finas esmeraldas brillando ante el toque de la luz, conversaba con un hombre sin tener respuesta. Ella llora y sonríe a la vez, señal de estar esperando lo peor, pero sin perder la esperanza de recibir lo mejor. Ante las paredes de un cuarto frío, testigos silentes de lo allí dicho, ¡día tras día el silencio escuchó tal conversación!

—Mi amor, otro día más que paso contigo. Quiero repetirte lo dichoso que eres por tener esos amigos, que a diario preguntan por ti. Aunque están ausentes en este lugar, pero sin culpa, pues la fatiga diaria nos ahoga a todos. No sé si me has escuchado todos estos días, pero te repito una vez más lo que todos los días te digo sin descansar: te amo y eres parte fundamental de mi vida. Tus hijos te extrañan y esperan por ti en nuestro hogar, lamento mucho los momentos difíciles que tuvimos antes de esta tragedia por no entender lo complicado de tu trabajo y el tiempo que te exigía. Hoy volví a leerte el periódico local, el que siempre buscabas, el que te gusta leer y, además, lo olvidaba, hace algunos días recibiste una llamada telefónica y con tanto apuro no escuché el mensaje. Te lo pongo en alta voz para que escuches lo que dice...

En ese momento se escuchó el mensaje que Sara le envió la noche del secuestro. Al

terminar la grabación, William, que desde muchos días antes estaba en coma, milagrosamente reaccionó. En ese preciso momento ¡abrió los ojos! Su esposa se quedó muda y perpleja por la reacción de William. Ella corrió en busca de los médicos y las enfermeras. Ellos, de inmediato, se trasladaron a la habitación para certificar que todo estaba bien. La esposa de William se quedó en una esquina de la habitación con sus manos juntas sobre su pecho, dando gracias a Dios ante lo que pareció ser un acto milagroso. Si lo fue o no, lo que ella creía en su corazón era lo importante.

No muy lejos de aquel lugar, José Gabriel era llevado camino al internado por la ruta en que hacía días fueron secuestrados Sara y Esteban. Era la una de una tarde fría y lluviosa. Cuando llegaron al lugar exacto del incidente que tuvo Sara, la misma camioneta se ubicó paralela a la ambulancia y en cuestión de segundos: ¡pum!, la camioneta golpeó la ambulancia tan fuerte que el chofer perdió el control, salió del camino y fue a golpear con fuerza un árbol, adentro entre la maleza y los arbustos del lugar.

La camioneta fue estacionada a la orilla del camino. De inmediato se bajó de ella el mismo misterioso secuestrador. Corriendo a toda prisa, se topó de frente con uno de los enfermeros que estaba de pie, aturdido y sangrando de la cabeza. Sin mediar palabras, sacó un arma y le disparó.

De inmediato, se puso una máscara, le dio un disparo a la cerradura de la ambulancia y apuntando a José Gabriel lo hizo bajar del vehículo, le colocó un tipo de costal de tela sobre su cabeza y le obligó internarse con él en el bosque. Desaparecieron entre la arbolada.

Minutos más tarde, Victoria pasando por el área se topó con la escena, estacionó su vehículo y llamó al Sistema de Emergencias. En cuestión de minutos, toda el área estaba llena de policías y ambulancias. Uno de los enfermeros estaba muerto y el otro estaba herido en el vehículo. No había rastro de José Gabriel, así que la conclusión más lógica e inmediata comenzó a comunicarse por todo el pueblo: José Gabriel era el culpable de lo sucedido y alguien le ayudó a escapar. El levantamiento de la escena tardó varias horas y llegó la noche. Las emisoras de noticias, tanto los radios como las televisoras, estaban preparadas para, en la hora del noticiero nocturno, transmitir la importante noticia, según lo que cada uno le pareció que había ocurrido. La verdad es importante, pero los puntajes también lo son. Todas las noticias comenzaron diciendo: *“Al parecer la tragedia volvió a caer sobre la familia Valentino. Un escándalo silenciado sale a la luz esta noche...”*

Y mientras el caso corría de casa en casa, de emisora en emisora, y se hacía todo lo que estaba al alcance para dar con el paradero de José Gabriel, él se encontraba prisionero, atado en un lugar oscuro.

De pronto, él escuchó una voz en medio de la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —preguntaron con voz baja y débil.

—¿Sara eres tú? —preguntó él al reconocer la voz de su esposa.

— Sí soy yo...

—¿Papá? — también se escuchó.

En efecto era Sara y Esteban. José Gabriel fue llevado al mismo lugar donde ellos estaban, pero él fue atado de pies y manos. Sara al darse cuenta de que era su esposo, se movió entre la oscuridad hasta que se encontró con él en el suelo.

—Mi amor, escuchamos abrir la puerta y el secuestrador te tiró aquí, en este lugar. Casi no pudimos ver lo que sucedía por el tiempo que llevamos en esta oscuridad, apenas podemos ver algo. ¡Estamos muy asustados! —dijo Sara con la voz quebrada y casi sin fuerzas.

El encuentro fue muy emotivo y especial, aunque se produjo bajo aquellas negativas circunstancias en las que se encontraban. Esteban se abrazó a su padre quien lo besó con gran amor y afecto. Ni siquiera la oscuridad del lugar fue capaz de apagar el amor de esta familia, sacudida por la tragedia y la “enfermedad” de José Gabriel.

Durante varias horas hablaron de cómo fueron a dar a ese lugar; que Sara y el niño solo comían una vez al día; que Sara se encontraba más débil debido a que la mitad de su porción se la daba a Esteban para que no pasara hambre, o al menos, no tanta hambre... De pronto la puerta se abrió dejando entrar la luz externa, Parado frente a la puerta, estaba la silueta de un hombre, una figura atemorizante y amenazante con un arma de fuego en su mano.

La tensión en todos se hizo sentir. El corazón de Sara y del niño comenzaron a latir muy acelerados, mientras José Gabriel trató de soltarse de las amarras. Sara trató de ayudarlo a librarse de ellas, pero como se encontraba tan débil, muy poco logró. Entre toda aquella tensión se escuchó una voz que procedía de la puerta. Por primera vez en días el secuestrador habló y dijo:

—José Gabriel Valentino, usted y yo tenemos que hablar...

CAPITULO XV

EL MISTERIO DE UNA VIDA

Los años nos pasan por encima sin darnos cuenta. Un día simplemente te levantas al amanecer y te enfrentas a la realidad sintiendo que no eres el mismo. Es cuando caes en cuenta de lo que has hecho con tu vida. Quizás viviste intensamente o tal vez pasaste desapercibido y piensas que, lo que lograste, por mucho o por poco, era tuyo y el fruto de tu esfuerzo era la recompensa que hoy tienes. ¡Y eso nos pesa! Para unos, con satisfacción y para otros, con gran insatisfacción. Pero, cuando meditas en lo que

sea que hiciste y lo piensas bien, te das cuenta de que eres una pieza más dentro de esta gran maquinaria llamada humanidad. ¡Y no todos podemos ser grandes piezas! No obstante, si te tocó ser una de las piezas pequeñas, recuerda: que sin las piezas pequeñas no pueden desenvolverse las piezas grandes... ¡De nada sirven! No olvides que la realidad demuestra que una pieza pequeña es más difícil de substituir que una grande.

Ante este panorama lo más difícil es tener que enfrentar los errores que otros cometieron en el pasado y aun permanecen sin corregirse, guardados en los estantes de la conciencia de alguien más y que de pronto aparecen en manos de un desconocido que busca pasarte factura por algo que ni siquiera estás enterado.

Lentamente, golpe a golpe, se dejó escuchar el rechinar de una vieja madera que con cada sonido anunciaba la cercanía de un destino marcado para todos los que ocupaban aquella oscura habitación. El momento de enfrentar una dolorosa verdad se presentó ante el desconocimiento sin culpa de cada uno de ellos. Un descubrimiento se acercaba, proporcionado por alguien que dé pie, fortificado, casi imbatible, con apariencia de roble de muchos años, se plantó frente a ellos.

Sara trató de mirar sin explicarse el por qué estaba sufriendo aquel castigo. Abrazaba fuertemente a Esteban que casi se hundía en su pecho. De repente José Gabriel le preguntó molesto al recién llegado:

—¿Quién es usted? ¿Por qué nos hace esto?

—¿Quién soy yo, preguntas? —contestó mofándose el enmascarado.

—Sí, eso pregunté —insistió José Gabriel.

Sara solo observaba mientras se realizaba aquella conversación.

—Sabes, creo que es meritorio que conozcas quien se esconde detrás de este antifaz... Claro, ¿por qué no? —expresó el hombre.

Caminó de lado a lado y encendió una pequeña lámpara antigua de gas. Su fuerte olor se expandió por toda la habitación. Con la luz llegó la claridad, aunque no del todo, pues no fue lo suficiente para alumbrar toda el área. El sujeto se sentó sobre un pequeño asiento de madera que estaba en una esquina, se rascó la cabeza mientras jugó con el arma de fuego que tenía en sus manos. No se veía bien, se notaba perturbado, pero de algo estaban seguros Sara y José Gabriel, el hombre conocía bien aquel lugar. José Gabriel miró a Sara mientras trató de soltarse de las amarras que al parecer estaban cediendo. De pronto, el hombre comenzó a hablar, rompiendo así el silencio que duró pocos minutos y dijo:

—Sabes: una tarde estaba en mi casucha cerca del lago oscuro..., ¿Dónde?... ¡Ah, claro! Como a unas treinta y cinco millas de este pueblillo, cuando en mi viejo y desgastado televisor, una noticia me llamó la atención: Un rico y conocido magnate

desapareció en el océano cuando viajaba para disfrutar sus vacaciones...

José Gabriel notando a quién se refería, lo interrumpió con rabia exigiéndole que se callara (pensó: “con qué derecho este sujeto se atreve a hablar de la muerte de mi padre). El hombre se levantó y con el arma le dio un golpe en el rostro que le hizo sangrar la boca. Sara se estremeció y le cubrió los ojos a Esteban. El secuestrador, como si nada hubiera ocurrido, caminó de regreso hasta el pequeño asiento y se sentó de nuevo.

El hombre exigió que nadie más le interrumpiera y continuó hablando: —Por cierto, entre una cosa y la otra, las cartas que desaparecieron, señora, fui yo... ¡Qué increíble, jamás dudaron! Bueno, no los culpo...

—¿De qué habla? ¿A qué se refieres? ¡Explíquenos ya! ¿Por qué estamos aquí? — cargada de aflicción gritó Sara desesperada.

El hombre con burla le advirtió mientras la señalaba con el arma:

—Dije que no hablaran y no lo repetiré...

Sara comenzó a llorar y él continuó:

—Como dije... —habló con una expresión llena de maldad y sonrió mostrando una extraña mezcla de ira, burla y prepotencia, sintiendo que tenía todo bajo control. — Nunca utilice ropa de tal calidad y ahora... ¡Si me vieran mis amigos...!

Se detuvo y por unos minutos hizo silencio. En ese momento, mientras él miraba el suelo, José Gabriel le hizo señas a Sara de que estaba casi suelto de sus amarras. Sara le contestó con un muy lento: “no”, meneando su cabeza de lado a lado.

—Amigos... ¿Qué amigos? Si siempre fui un fracasado o por lo menos eso decía mi madre —se llevó sus manos a su rostro en un gesto de confusión, pero continuó: —De pronto, tú (señalando a José Gabriel) eras multimillonario y yo pensaba: ¿por qué él lo es y yo no? ¿Por qué a mí me tocó una vida de tanto dolor? No te imaginas cuánto me golpearon, casi a diario, me encerraban en un cuarto y tenía que hacer mis necesidades en el suelo... Además, pasaba hambre... Mi madre murió siendo una alcohólica...

Se levantó y tomó a José Gabriel del cuello y en voz baja, mientras se acercó a su rostro, tanto que José Gabriel pudo sentir el respirar de su nariz, y dijo:

—Fui abusado día tras día, noche tras noche por mi padrastro, ¡Claro, era más doloroso pensar que él era mi verdadero padre! Hasta que ya no pude más... ¿Sabes qué? Cuando pude defenderme lo maté con mis propias manos... Lo amarré y lo tiré al lago. Desde entonces, viví solo en aquel lugar... Sobreviví como pude hasta que un día alguien me encontró en un invierno recogiendo comida de un zafacón. Me llevaron a un orfanato y ahí viví hasta que cumplí la mayoría de edad, luego regresé a mi casucha

hasta que te vi en la televisión.

En ese momento lo soltó del cuello. Continuó caminando y hablando, mientras Sara lo observaba y Esteban se aferraba a su madre.

—El viejo... No sé qué sucedió con él, ni me importó... Nunca apareció... Yo retiré veinte y cinco mil dólares de tu cuenta y esos estúpidos no se percataron que no eras tú quien lo hizo... Bueno no los culpo, en realidad, soy muy bueno en lo que hago... ¡Ha! Uno de mis favoritos fue el hombre detrás del cristal... Eso fue muy bueno — señaló a José Gabriel y se rió disfrutando lo que recordaba...— ¡Pero nada como lo que pasó con tu secretaria! ¡Nada se compara con eso! ¡Eso fue fuego, fuego de verdad! No sé cómo no te diste cuenta de lo enamorada que estaba de ti...

Mientras él continuó con su monólogo, Sara y José Gabriel escucharon con atención lo que él decía y retrocediendo al pasado, pasaron por sus mentes esos recuerdos. ¡Aquél hombre era el culpable de todo el martirio que habían sufrido!

—Así que fuiste tú el que ha estado haciendo todas esas locuras...—le dijo José Gabriel sobresaltado.

El sujeto le contestó inmediatamente: —Dije que no me interrumpieran, por interrumpir es que tienes esa herida en la boca... Te observé durante días, te seguí, copié cada uno de tus movimientos y planifiqué lo que quería hacer contigo. Pensé tomar tu lugar y quedarme con tu familia y con tu riqueza; pero no, eso no era suficiente: quería hacerte pagar puesto que eres el culpable de todo lo que me pasó... —dijo iracundo.

—¿Culpable de qué? ¿De qué demonios hablas? —preguntó José Gabriel.

—¡Cállate! ¡Ya verás de qué hablo antes de matarlos! —gritó el misterioso hombre.

Sara entró en pánico. El secuestrador se acercó a ella y agarrándola por el cabello la levantó. Sara apartó a Esteban para protegerlo. José Gabriel se levantó aun amarrado, corrió y con sus hombros derribó al hombre que a su vez derribó a Sara. Con el golpe, el arma se cayó de sus manos y no se supo dónde fue a parar debido a la falta de luz. José Gabriel intentó defenderse, pero no lo logró... Aunque estaba casi zafado de sus amarras, no fue suficiente para golpearlo. Fue víctima de los golpes del enmascarado que se detuvo cuando el niño llorando le gritó:

—¡Basta, por favor, para ya...!

El individuo se detuvo, miró a Esteban y se descompuso. Se rascó la cabeza, se miró las manos, miró arriba, miró hacia abajo y le preguntó al niño dónde estaba el arma.

Esteban le contestó que no lo sabía.

Totalmente descompuesto y como loco, subió las escaleras y la cerró por dentro con una llave que luego, frente a ellos, se tragó.

—Bueno, familia... —dijo mostrando una risa burlona— Este es nuestro final. Ya no hay vuelta atrás... Acabo de cerrar la puerta... —se sentó en un escalón de la escalera y encendió un cigarrillo.

Se escuchó una voz baja de entre la oscuridad:

—No somos tu familia.

Fue José Gabriel quien, aunque estaba golpeado y herido, se zafó de las amarras, corrió y se le tiró encima. Ambos se involucraron en una fiera lucha. José Gabriel lo llevó contra la pared agarrándolo por su ropa y lo golpeó varias veces. Solamente se escuchó el forcejeo y entre la media luz que había, apenas se distinguía lo que sucedía. Se escucharon objetos cayendo al suelo. Sin embargo, en un momento el misterioso hombre logró agarrar a José por el brazo y lo tiró al suelo, lo envolvió con sus piernas hasta que casi lo dejó sin respiración. Luego lo soltó, lo pateó y dijo:

—Eres fuerte y resistente, pero no eres rival para mí... —y continuó pateándolo.

—¡Déjalo en paz! ¡No lo lastimes más...! —se escuchó un grito envuelto en llanto.

Cuando el misterioso hombre giró, Sara estaba junto a su hijo que yacía en el suelo: ella estaba de rodillas con su rostro ensangrentado y temblorosa. Tenía el arma en sus manos y apuntaba al malhechor. Él la miró e intentó aproximarse. Ella, asustada, bajó el arma mientras lloraba. El niño se le acercó por detrás y puso sus manos junto a las de su madre. Sara apretó el arma mientras, sorprendida, observó a Esteban, quien le hizo un gesto con su cabeza indicándole que disparara. Ella volvió a apuntar al enmascarado con sus manos temblorosas mientras hizo gestos de dolor por sus heridas. Ahí se encontraban madre e hijo, mirando a su enemigo cuando se escuchó un disparo como un estruendo que retumbo en aquel cuarto cerrado. El disparo no solo fue una advertencia. El instinto del niño era proteger a su padre y a madre. El misterioso hombre arrastró a José Gabriel en la oscuridad hasta un punto donde podía ver claramente al niño. Sin embargo, Esteban no podía verlo a él. De inmediato, le quitó la camisa a José Gabriel y comenzó a hablar nuevamente: —No fue hasta que maté al detective y le quité las cartas que tuve todo claro...

En ese momento, Sara se sintió mareada, aturdida y aunque trató de levantarse, se desplomó, mientras el hombre continuó hablando:

—Yo soy el bastardo, el desdichado, el menospreciado... Tú fuiste el dichoso, pero ya no más...

Agarró a José por el brazo, lo levantó y en ese momento se quitó la máscara. Ambos salieron lentamente de entre la oscuridad. Qué sorpresa para Esteban y Sara: ¡ellos eran idénticos! Sara no podía creer lo que veía...

—Sí, soy su hermano gemelo —dijo el secuestrador— Cuando descubrí que él era mi hermano quise conocerlo, saber más de él, pero el odio siempre fue mi buen amigo y

una vez más me fortaleció.

Agarró fuertemente a José y arrastrándolo volvió a esconderse en la oscuridad mientras continuó hablando:

—¿No sé cómo? ¿No tenía explicación? Cuando hicieron las pruebas de ADN fuiste tú el culpable de lo que sucedió en tu casa. ¿Sabes? Compartimos el mismo ADN. ¿Cómo es posible eso? ¡Pues sí es posible! Somos hermanos monocigóticos... Qué raro, ¿no? Eso es lo que somos, compartimos todo, hasta el ADN, excepto las huellas dactilares. Somos una extrañeza: ¡uno en un millón! Eso es lo que somos, pero nuestro padre decidió llevarse solo uno y abandonar al otro... Eso fue lo que nos trajo hasta aquí.

De pronto se escuchó un golpe y ambos cayeron al suelo, a unos seis pies de Esteban. Él agarró el arma cuando Sara se desplomó. Ambos sangraban de la boca y ambos estaban sin camisa. La escena era muy confusa: el parecido era tan grande que el niño no podía saber quién era quién. Él solo tenía ocho años. Uno de los dos le pidió el arma estirando la mano con su parte superior hacia arriba. El niño con suspicacia miró a ambos y dijo: —Papá, muéstrame las manos —el niño recordó la pesadilla que tuvo.

De inmediato, uno de ellos le mostró sus manos. Se miraron entre ellos y Esteban se le acercó tembloroso y apuntando con el arma a ambos.

—Tus manos están quemadas —dijo.

De inmediato, uno de ellos, con una mirada de asombro dibujada en su rostro, intentó agarrar al niño quien cerró sus ojos y apretó el gatillo hiriendo mortalmente al hombre en el pecho.

José Gabriel herido y sangrando se acercó, caminó sobre un charco de sangre, la misma sangre que desde su pasado llegó a reclamarle la injusticia de los hombres. Agarró a Esteban y se separaron del cuerpo caído. Se abrazaron y respiraron aliviados el final de aquel tormento.

Pasaron varias horas cuando la puerta cerrada por dentro fue abierta de un golpe. Ya casi no quedaba luz en la habitación, cuando llegó una silueta que bajó por las escaleras ayudado con un bastón...

¡Qué sorpresa, era William!

—¡William nos encontraste! — exclamó Sara con una débil sonrisa.

—Sí, señora. Los roncadores son un tipo de arbusto que solo se dan en esta parte del pueblo y su suegro sembró muchos en los alrededores de su casa — dijo William quien afortunadamente conocía ese dato referente al padre de José Gabriel.

El fin llegó: William descubrió que José Gabriel tenía un hermano gemelo, que eran

monocigóticos y que compartían todo excepto las huellas dactilares. En su locura, el hermano de José Gabriel quemó las puntas de sus dedos para borrarlas.

Al salir de allí, José Gabriel y Sara se percataron que se encontraban en un sótano oculto, ubicado en la biblioteca de la mansión de los Valentino, lugar que hasta ese momento era desconocido para ellos. Era el mismo sótano donde William encontró los papeles.

Mientras salieron del escondrijo y eran atendidos, Sara, con su rostro ensangrentado, recordó las palabras que su suegra le dijo sobre los secretos que guardaba aquella biblioteca: “La sangre del pasado, el misterio de una vida...”

En ocasiones los secretos del pasado, sus errores y fracasos, persiguen injustamente a quienes no tienen culpa.

FIN

SOBRE EL AUTOR



José Alberto Gutiérrez nació el 19 de diciembre de 1971 en Rio Piedras, Puerto Rico. De familia humilde y hermano mayor de cuatro varones. Siendo apenas un niño de cinco años la familia se mudó al pueblo de Arecibo, en Puerto Rico, donde ha residido desde entonces.

Desde niño presentó interés por diferentes formas de arte como; el dibujo, la pintura, la escritura y el canto, talentos que ejerció durante su adolescencia y juventud dentro de la iglesia cristiana, donde participó como primer vocalista y compositor. Dio sus primeros pasos como escritor dentro de la iglesia cristiana, escribiendo sermones, pensamientos positivos y obras teatrales (dramas). Además, sirvió como líder en diferentes ramas en la iglesia donde asistía.

Al cumplir mayoría de edad contrajo matrimonio con Noelia González con la cual concibieron tres hermosos hijos, Thiana Ivelisse, José Gabriel y Joel. Para mediados del 2010 retomo la escritura como hobby. En su tiempo libre escribió su primera novela corta, Sangre Del Pasado (El Misterio De Una Vida), pero nunca pensó en publicarla, mucho menos dedicarse a la escritura.

En 2019, decidió publicarla como parte de una trilogía. La escritura se ha convertido en su gran pasión. Actualmente, se ha dedicado de lleno a la escritura.

“He encontrado en la escritura un gran aliciente y una pasión que no puedo contener, nunca es tarde para comenzar a realizar aquello que te apasione.” José Alberto Gutiérrez.

Índice

DERECHOS RESERVADOS	3
Dedicatoria	4
CONTENIDO	4
CAPÍTULO I	6
LA RUEDA DE LA FORTUNA	6
CAPÍTULO II	12
CAPÍTULO III	19
CAPÍTULO IV	28
CAPÍTULO V	35
CAPÍTULO VI	40
CAPÍTULO VII	47
CAPÍTULO VIII	53
CAPÍTULO IX	62
CAPÍTULO X	68
CAPITULO XI	72
CAPITULO XII	77
CAPITULO XIII	81
CAPÍTULO XIV	85
CAPITULO XV	89
SOBRE EL AUTOR	95